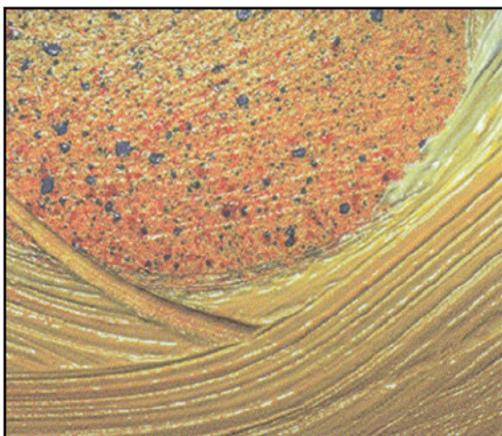


La libertad cristiana



Cristo nos hace libres

Enseñanzas de la Biblia Popular

LA LIBERTAD CRISTIANA

Cristo nos hace libres

William E. Fischer

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin

Todas las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de la SANTA BIBLIA, REINA VALERA 1995, EDICIÓN DE ESTUDIO. Copyright © 1995, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso de las SBU. Todos los derechos reservados.

La marca “Reina Valera 1995, Edición de Estudio” está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas de los Estados Unidos por las Sociedades Bíblicas Unidas. El uso de cualquier marca requiere el permiso de las Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser: reproducida, guardada en algún sistema de recuperación, o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, o de otro modo excepto para una breve cita, sin permiso previo del publicador.

Este libro fue traducido por el señor Gustavo Leal de Bogotá, Colombia. La revisión teológica fue hecha por el pastor Andrew C. Schroer de Edna, Texas, EE UU.

Editorial Northwestern
© 1999 por Editorial Northwestern Publicado
en 1999
Impreso en los Estados Unidos de América
<http://www.nph.net>
Traducción por Producciones Multilingües
wels.net/mlp
2009
Impreso en los Estados Unidos de América

Tabla de contenido

Prefacio del Editor	5
Introducción	7
1. La libertad revelada	9
2. La libertad declarada	21
3. La libertad de la ley	33
4. La libertad del pecado	47
5. La libertad de la muerte	61
6. La libertad de Satanás	73
7. La libertad para el servicio	87
8. La libertad en la iglesia	99
9. La libertad para la vida diaria	113
10. La libertad disfrutada	125
Notas finales	137
Para lectura adicional	139
Índice de textos bíblicos	141
Índice temático	145

Prefacio del editor

Enseñanzas de la Biblia Popular es una serie de libros sobre todas las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo la pauta establecida por la serie La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para laicos. Por consecuencia, los términos teológicos, cuando son usados, se explican en un lenguaje cotidiano para su mayor comprensión. Los autores muestran cómo la doctrina cristiana se ha tomado directamente de los pasajes de la Escritura y cómo esas doctrinas se aplican a nuestra vida y fe. Más importante aun, estos libros muestran que cada enseñanza de la Escritura señala a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores y profesores que han tenido años de experiencia enseñando la Biblia. Son hombres de erudición y conocimiento práctico.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestra gratitud al Profesor Leroy Dobberstein del Seminario Luterano de Wisconsin, ubicado en Mequon, Wisconsin, EEUU, y al Profesor Thomas Nass del Martin Luther College en New Ulm, Minnesota, EEUU, por servir como consultores para esta serie de libros; sus ideas y ayuda han sido inestimables.

Oramos que el Señor utilice estos volúmenes para ayudar a su pueblo a crecer en su: fe, conocimiento y comprensión de las enseñanzas de salvación, que nos ha revelado en la Biblia. A Dios sea toda la gloria.

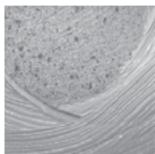
Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Introducción

Después de haber recibido la tarea de escribir un libro sobre la libertad cristiana, pregunté a un número de colegas: ¿qué pensaban cuando escucharon la expresión *libertad cristiana*? Invariablemente ellos mencionaron la palabra *adiáfora*, es decir, las cosas que Dios ni ordena ni prohíbe en las Escrituras. Ellos tenían razón. Pero hay mucho más que la Biblia enseña acerca de libertad aparte de la adiáfora.

La libertad cristiana no sólo se refiere a nuestra santificación, es decir, nuestra vida como cristianos, sino, aún más importante, se refiere en primer lugar a nuestra justificación, es decir, el perdón de nuestros pecados por medio de la fe en Cristo. Un vistazo rápido a la tabla de contenido le indicará a usted la verdad bíblica que nuestra santificación proviene de nuestra justificación.

En las Sagradas Escrituras, Dios nos enseña sobre la libertad cristiana para nuestro temporal y eterno bien. Esa libertad es el premio que sólo poseen los cristianos. Tomo por sentado que ésta ya pertenece a usted, aun antes de leer este pequeño libro. Sin embargo, ruego que, por su lectura y meditación de las verdades expuestas aquí, usted aprenda a apreciar aún más: al Dios que le ha creado, a su Hijo que le ha librado y a su Espíritu que ha hecho de la libertad cristiana su posesión personal.



1

La libertad revelada

La libertad es un lema popular de todos los pueblos de todas las edades. Cuando tenemos nuestra libertad, parece que lo tenemos todo. Privados de nuestra libertad, la vida se vuelve más difícil.

La letra de la canción “Born Free” (“Nacido libre”), escrita por Don Black, dice:

Nacido libre, tan libre como sopla el viento,
Tan libre como la hierba crece,
Nacido libre para seguir su corazón...

Nacido libre, y vale la pena vivir,
Pero sólo vale la pena vivir
Porque usted es nacido libre.¹

Esta filosofía es bastante atractiva. En los Estados Unidos, por ejemplo, abrigamos las libertades garantizadas por la Constitución. Somos libres de elegir a nuestros líderes y legisladores. Somos libres para protestar contra las cosas que no estamos de acuerdo. Somos libres de vivir donde queremos y realizar el tipo de trabajo que nos gusta. Somos libres de adorar a Dios según los dictados de nuestras conciencias. A través de nuestro gobierno el Señor nos ha dado muchas libertades que pocas naciones han disfrutado.

Sin embargo este libro no se enfocará en las libertades temporales que gozamos, sino en la libertad espiritual que por la gracia de Dios tenemos. Aunque vamos a hablar un poco, sobre la esclavitud y la libertad temporal, basándonos en la Biblia, nos enfocaremos en la libertad de la esclavitud espiritual, libertad que tenemos a través de Cristo. Tal libertad será el enfoque de nuestra discusión sobre la libertad cristiana.

Creados libres

Sólo una persona nació verdaderamente libre: Jesucristo. Y las únicas dos personas que vivieron libres, aunque sólo por un corto período de tiempo, fueron Adán y Eva.

Entre todos los que Dios ha creado, nuestros primeros padres han sido los únicos. Fueron creados a la imagen de Dios, es decir, que no tenían pecado. Cada una de sus acciones estaba en armonía con la santa voluntad de Dios; cada palabra glorificaba a su Creador; cada uno de sus pensamientos era puro. Eran perfectos, creados por Dios para vivir en su mundo perfecto y cuidar de él.

Dios no tenía que explicarles la diferencia entre el bien y el mal, ya que tenían la santa voluntad de Dios escrita en sus corazones. Los mandamientos de Dios formaron parte de su ser. En otras palabras, ellos perfectamente conocían a Dios y su santa voluntad.

Adán y Eva creados a la imagen de Dios eran libres de pecado. Ni siquiera la más mínima mancha del pecado podría estropear su vida feliz mientras disfrutaban a: Dios, su creación y el uno con el otro. Eran, por tanto, libres de todas las consecuencias del pecado que experimentamos hoy enfermedad, dolor, y muerte. También eran libres del poder de los pecados como el odio y lujuria, que caracterizan la vida de hoy.

Pero no sólo eran libres *de* algo, sino también *para* algo. Eran libres para servir a Dios. Toda su vida estaba centrada en él. Encontraron alegría al obedecer cada uno de sus mandamientos. De una u otra manera, toda su vida era de adoración a Dios. Ellos no consideraron el trabajo una tarea difícil, sino un servicio alegre al Señor. Cuidar el huerto de Edén y dar nombre a los animales, era una tarea enorme, pero fue hecha con entusiasmo porque esta era la voluntad de Dios. Y cuando él les mandó no comer del “árbol del conocimiento del bien y del mal”, Dios no estaba imponiendo alguna restricción onerosa sobre ellos, sino dándoles oportunidad especial de demostrar su amor por él de una manera única.

La vida de ellos demostró que su única fuente de poder para hacer el bien era su Creador. Adán tenía perfecta relación de amor con Eva, tratándola con respeto y honor, y ella amorosa y voluntariamente se sometió a su liderazgo. Con el transcurso del tiempo, ellos hubieran tenido relación perfecta con sus hijos. No hubieran tenido ninguna necesidad de corregirlos ni los hubieran echado a perder. Y cuando el número de personas creciera, todos ellos hubieran vivido en perfecta armonía. Esto, sin duda, fue la intención de Dios.

La libertad perdida

Dado que al principio Dios creó a las personas con tal libertad, ¿por qué hoy no podemos vivir en esa perfecta y

alegre libertad? La diferencia entre entonces y ahora, es el cambio radical que tuvo lugar cuando Satanás y sus cohortes se rebelaron contra Dios en el cielo, una revuelta que ocurrió en algún momento entre la finalización de la creación y los acontecimientos que se registran en Génesis 3. Una parte importante de la creación de Dios fue la formación de ángeles. Pero algunos de los “ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propio hogar [se rebelaron contra Dios], los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Judas 6). La limitación de los ángeles caídos no significa que Dios los despojó de todo su poder. Por ejemplo, Satanás era capaz de tomar la forma de una serpiente, entrar en el huerto de Edén y seducir a Eva con las palabras: “¿Conque Dios os ha dicho?” Y la Biblia nos advierte sobre las “asechanzas del diablo” (Efesios 6:11) que están destinadas a llevarnos al pecado y a la incredulidad.

En la esposa de Adán, Satanás encontró un participante complaciente. La fruta pareció seductora, no tanto para satisfacer el apetito, sino como algo que la haría ser “como Dios, conocedores del bien y del mal” (Génesis 3:5). Más tarde, primero Adán y luego Eva, hicieron coartadas. Adán trató de culpar a Eva por su pecado y Eva trató de culpar a la serpiente (Génesis 3:12,13). Pero Dios no los dejaría echar la culpa a otros. Él los declaró totalmente culpables de lo que habían hecho. Nuestros primeros padres se habían corrompido por el pecado y habían perdido la imagen santa de Dios. Habían perdido su libertad.

Una lectura de Génesis 3 muestra claramente que ellos perdieron la perfecta relación que habían disfrutado con Dios. Ahora temían al Dios a quien previamente habían amado con todo su corazón. Trataron de esconderse de Dios cuando se les acercó. ¡Qué pronto habían olvidado que Dios lo sabe todo! No recordaban a su amado Creador. En otras palabras, quienes habían sido creados a la imagen de Dios ahora se habían

convertido en criaturas totalmente depravadas. Dicho de otro modo, quienes habían sido perfectamente libres perdieron completamente su libertad. Ya no sirvieron más a Dios, sino que ahora Satanás y su naturaleza pecaminosa controlaban completamente sus pensamientos y acciones.

Dios les dejó en claro que su pecado había cambiado todo. Como consecuencia de su pecado, Adán tendría que trabajar para ganarse la vida con el sudor de su frente. Eva experimentaría un gran dolor en lo que Dios había tenido la intención de ser el momento más feliz, el nacimiento de sus hijos.

Como consecuencia de su pecado, Dios se aseguró de que no vivieran más en el paraíso, expulsándolos del huerto para evitar que comiesen del árbol de la vida. La muerte ya había entrado en el mundo. Todo esto estaba de acuerdo con las propias palabras de Dios: “Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas ciertamente morirás” (Génesis 2:17). Su libertad estaba realmente perdida.

Por este acto de desobediencia, nuestros primeros padres no sólo se corrompieron a ellos mismos, sino también a toda la raza humana. Sus hijos no nacieron a la imagen santa de Dios, sino a la imagen pecaminosa de sus padres. “Adán... engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen” (Génesis 5:3). Esto es evidente en la vida de sus dos primeros hijos, Caín y Abel. Caín dio evidencias de su naturaleza pecaminosa al ser celoso de su hermano Abel, al odiarlo y, cuando se presentó la oportunidad, al asesinarlo. Imagínese, ¡la primera muerte registrada en el mundo fue un fratricidio!

Caín y sus descendientes, pueden haber pensado que estaban viviendo libres, pero no fue así. Por el contrario, eran esclavos de sus pecaminosos deseos y pasiones. Uno de ellos se burló de Dios, al jactarse ante sus esposas de haber matado un hombre. “A un hombre maté por haberme herido y a un

joven por haberme golpeado. Si siete veces será vengado Caín, Lamec lo será setenta veces siete” (Génesis 4:23,24).

La libertad prometida

¡Que trágica historia habría sido si todo hubiera terminado con la caída del hombre en pecado! La vida de cada ser humano sería el desesperado preludio para el juicio eterno. La verdadera libertad estaría perdida para siempre.

Pero nuestro Dios misericordioso ya tenía un plan para rescatar a sus criaturas caídas. Aquel fatídico día él entró en el huerto no solamente para confrontar personalmente a Adán y a Eva con su pecado, sino para anunciarles las nefastas consecuencias de su desobediencia, y lo que es más importante, para asegurarles que había el plan de rescate para su trágico dilema. Los libertaría del poder de Satanás y del castigo eterno, que ellos justamente merecieron. Les ofreció esperanza cuando hizo la promesa mientras hablaba a la serpiente: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza y tú la herirás en el talón” (Génesis 3:15). Con estas palabras Dios hizo su primera promesa del Salvador quien vendría y destruiría el poder de Satanás.

Dios estaba diciéndoles que ellos ya no estaban bajo la *condenación* del pecado. Prometió librarlos del *poder* del pecado, de modo que ya no serían constantemente influenciados por su naturaleza pecaminosa. El Salvador los haría libres de sus pasiones pecaminosas. Nuestros primeros padres escucharon la promesa del Salvador y fueron hechos creyentes en la promesa.

¿Pero qué tal la muerte que Dios les había advertido si le desobedecían? ¿No murieron? Sí, si murieron. Sin embargo, el constante miedo a la muerte y a la condenación, habían sido removidos porque ellos ahora sabían y eran creyentes que a través de la muerte física, el Señor los llevaría a la vida eterna

con indecible gozo. Una vez más conocieron a Dios como su amado Padre celestial.

La libertad revelada

Las promesas de Dios de la verdadera y eterna libertad espiritual, se encuentran en un solo lugar: la Santa Biblia. Este no es simplemente otro documento histórico que debe ser analizado para probar su exactitud. Lo que ha sido escrito en las páginas de las Sagradas Escrituras es verdaderamente santo e inspirado por Dios; es su verdadero mensaje para todas las generaciones. “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16). Desde la primera página hasta la última, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios. Cuando Dios nos dice en la Biblia que somos libres, somos verdaderamente libres.

Esta promesa y todas las que Dios hace en las páginas de la Biblia, están ahí para nuestro aprendizaje. Lo más trágico que le puede ocurrir a cualquier ser humano es negar que Dios lo ama verdaderamente; pues él prometió: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). En otras palabras, por naturaleza todas las personas hemos perdido nuestra libertad, pero ahora, a través de Cristo y su obra redentora, gratuitamente hemos sido hechos libres.

Entonces uno se puede preguntar: “¿por qué no siempre me siento libre?” El problema es que aún no hemos sido completamente librados de nuestra corrupta naturaleza pecadora que nos esclaviza. Permanece con nosotros constantemente, estropeando nuestra relación con Dios y con nuestro prójimo. Cada hijo de Dios experimenta lucha diaria entre su viejo Adán y su nuevo hombre. No obstante alegrémonos que tenemos esa lucha, porque el día en cuando no batallamos más será el día en que hemos perdido nuestra verdadera libertad.

Dos tipos de libertad

Cuando escudriñamos las Escrituras para buscar la palabra *libertad* o buscar acontecimientos que hacen referencia a cómo fue liberada una persona o nación, nos encontramos con dos tipos de libertades a que se hace referencia en la Biblia las libertades física y espiritual.

La libertad física es la que la mayoría de las personas anhelan. Los israelitas son buen ejemplo de ésta. Bajo la dirección del Señor, un pequeño grupo de los descendientes de Abraham se fueron a vivir a Egipto durante una hambruna, evitando la aniquilación del pueblo elegido de Dios. Después de vivir 400 años en la tierra de Gosén, los israelitas habían crecido hasta convertirse en una poderosa nación, tan grande que el faraón comenzó a temerla, por lo cual la esclavizó. Tuvieron que trabajar bajo capataces crueles; sus hijos varones fueron asesinados para debilitarlos aún más. Por último, el pueblo de Dios clamó por misericordia. Dios lo escuchó y ejecutó su plan para rescatarlos. Los libró de su esclavitud física y, bajo el liderazgo de Moisés, inició su viaje a la tierra prometida.

El lector ocasional de la Biblia puede imaginar que la liberación de Israel fue la mejor clase de libertad. De hecho, León Uris, en su libro *Exodus (Éxodo)*, dice: “¿Por qué es esta noche [la Pascua] diferente de todas las demás noches del año? Esta noche es diferente porque se celebra el momento más importante en la historia de nuestro pueblo. En esta noche celebramos la salida triunfante de la esclavitud a la libertad.”² En su misericordia, Dios libró a Israel de su esclavitud en Egipto al matar a los hijos primogénitos de los egipcios, y pasar por alto las puertas manchadas de sangre de los israelitas. Pero para los verdaderos israelitas, la celebración de la Pascua significa mucho más. Dios les dio esta celebración con el fin de recordarles el Cordero que los iba a librar de la eterna esclavitud espiritual.

La Biblia contiene otras referencias a la libertad física. En una de las leyes de Dios a Israel, Dios ordena: “Si se vende a ti tu hermano hebreo o hebrea, te servirá seis años y al séptimo lo dejarás libre” (Deuteronomio 15:12). El Señor dio instrucciones al rey Sedequías por medio del profeta Jeremías para que “cada uno dejara libre a su esclavo hebreo y a su esclava hebrea, y que nadie los usara más como esclavos” (Jeremías 34:9).

En la Biblia, por lo general, es fácil determinar si la palabra *libertad* se utiliza en sentido físico o en sentido espiritual. El contexto lo deja en claro.

A menudo la historia secular relata eventos de esclavitud y libertad. La guerra más sangrienta en la historia de los Estados Unidos fue causada por la disputa de esclavitud y libertad. La primera enmienda de la constitución americana habla de las libertades que se garantizan a todos los ciudadanos de los Estados Unidos la libertad de expresión, la libertad de religión, y la libertad de prensa. Aunque nosotros como cristianos apreciamos estas libertades y las consideramos como regalos de Dios, no son nada en comparación con la libertad que tenemos en Cristo. Una es física; la otra es espiritual. Una es temporal; la otra es eterna.

Sí, sólo la Biblia revela la única clase de libertad que realmente importa. Sólo en la Biblia podemos aprender que nuestros pecados están perdonados, y ¿por qué Dios nos ha aceptado como sus hijos? Sólo la Biblia despliega el plan de la gracia salvadora de Dios, para dar cumplimiento a la promesa. El hombre más sabio del mundo podría utilizar todo su conocimiento, y aún no responder correctamente la pregunta: ¿Cómo puedo ser verdaderamente libre? “Como está escrito: ‘Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman’. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Corintios 2:9,10). Y fue el Espíritu Santo quien

inspiró a los hombres a escribir los libros de la Biblia. “Las Sagradas Escrituras... te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:15,16). Las Escrituras son útiles para enseñar de qué se trata la verdadera libertad.

El libre albedrío

La Biblia también tiene algo que decir acerca de lo que ya no es libre: la voluntad del hombre.

Dios había creado a nuestros primeros padres con libre albedrío en todas las áreas de la vida. Su libre voluntad estaba en perfecta armonía con la voluntad de su Creador. Tenían la opción de elegir entre obedecer a Dios y quebrantar sus mandamientos. Pero esto cambió después de la caída. Ya no podrían elegir ser creyentes en Dios y seguir sus mandamientos, en una forma agradable a él. Murieron espiritualmente y, por consecuencia, ya no podrían por su propia voluntad tomar decisiones que agradaran a Dios. Cual fue el caso de Adán y Eva, después de su pecado, es el caso hoy en día de todo el mundo, antes de ser convertidos (ver Efesios 2:1).

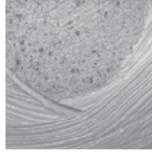
Muchos sostienen que todas las personas tienen por naturaleza por lo menos una chispa de vida espiritual dentro de ellas. Se imaginan que pueden conscientemente llegar a ser cristianos o al menos aportar algo a su conversión. Para aquellos que creen que por su propia voluntad han tomado la decisión por Cristo, Jesús les recuerda: “Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió, no lo atrae” (Juan 6:44).

Es cierto que en cuestiones terrenales la gente tiene libre albedrío hasta cierto punto: qué comer y vestir, dónde vivir, qué tipo de trabajo realizar. Pero debido a la naturaleza pecaminosa, nadie tiene la libre voluntad de hacerse creyente en Cristo. En asuntos espirituales, Dios hace la elección y el

llamado. Es por eso que confesamos en la explicación de Lutero al Tercer Artículo del Credo Apostólico: “Creo que por mi propia razón o elección no puedo creer en Jesucristo, mi Señor, ni acercarme a él. Sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio.”

Una vez que la conversión se ha producido, Dios le da al cristiano la voluntad, es decir, el deseo de obedecer las enseñanzas que él ha revelado en la Biblia. Las Escrituras dicen: “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

Si alguien se imagina que tiene libertad espiritual y no es creyente en la palabra de Dios, se engaña a él mismo. Si alguien está buscando la libertad que libera de verdad, la hallará en las páginas de las Sagradas Escrituras. Sólo ahí ha sido revelada la verdadera libertad.



2

La libertad declarada

El 1 de enero de 1863, el Presidente Abraham Lincoln declaró libres a todos los esclavos que residían en el territorio en rebeldía contra el gobierno federal de los Estados Unidos. Esta proclamación de emancipación en realidad libró a pocas personas. No se aplicaba a los esclavos en los estados fronterizos que luchaban por el norte, ni afectaba a los esclavos en el sur que estaban bajo control del mismo gobierno federal. Aunque esa proclamación no libró a muchos esclavos, hubo una declaración que sí lo logró.

Mucho antes de que los Estados Unidos fuera fundado, el Dios todopoderoso declaró a toda la humanidad libre de la culpa de sus pecados. La Biblia llama a su declaración “justificación”. “[Cristo] fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25).

El significado de la justificación

La palabra *justificar* se encuentra por todas las Escrituras. En el Antiguo Testamento el profeta Isaías escribió: “Muy cerca de mí está el que me salva [justifica]: ¿quién contendrá conmigo? ¡Juntémonos! ¿Quién es el adversario de mi causa? ¡Acérquese a mí! (Isaías 50:8).

En el Nuevo Testamento el apóstol Pablo escribió a los Romanos: “[Todos] son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:24).

Pero, ¿qué significa que Dios justifica? La palabra *justificar* es un término judicial que significa declarar justo. Dado que se usa como un término jurídico en la Biblia, la mejor forma de visualizarla es como una corte. El acusado es llevado ante el juez, la evidencia se presenta y el veredicto es inocente.

En los tribunales humanos, el veredicto se basa en la mejor evidencia disponible. Si una persona ha cometido un delito y si el fiscal ha presentado pruebas irrefutables, la persona es declarada culpable, ya sea por un jurado o por un juez. Después se da la sentencia, basada en la severidad del delito. Si no hay pruebas suficientes o el acusado puede demostrar que él no cometió el delito, es liberado de la acusación que fue interpuesta contra él. Esta es la justicia como la entendemos comúnmente.

La Biblia describe a Dios como el Juez del cielo y la tierra. “El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?”(Génesis 18:25). Pero, ¿qué tipo de sentencia pronuncia él sobre el mundo? El sexto día cuando examinó todo lo que había creado: “vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera” (Génesis 1:31), sentencia que incluye a nuestros primeros padres. Pero su pecado cambió todo eso. Cuando comieron del fruto prohibido no sólo se corrompieron a ellos mismos, sino a toda la raza humana. “Por

la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres” (Romanos 5:18). ¡Qué terrible destino nos esperaba a todos hasta que intervino Dios quien es a la vez justo y misericordioso! “Por la justicia de uno vino a todo los hombres la justificación que produce vida” (Romanos 5:18).

Esa “justicia” se llevó a cabo bajo la dirección del Padre y de su Hijo unigénito. Según el plan eterno de Dios y por causa de todo lo que Cristo hizo, el Dios justo pudo hacer la declaración de libertad y perdón al mundo bajo la maldición del pecado y condenado al infierno. Y la proclamación del santo Juez fue simplemente: “Usted es inocente, libre de la condenación de sus pecados.” En el sentido bíblico, entonces, la justificación es que Dios declara al pecador perdonado, es decir, que el Juez lo declara inocente.

Personas justificadas

Y, ¿para quién fue destinada esa proclamación misericordiosa de Dios? ¿Era para quienes parecían vivir de manera respetable? ¿Era sólo para los creyentes y adoradores del Dios vivo y verdadero? Pablo nos da la respuesta clara cuando escribe: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo *al mundo*, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19).

Al usar la palabra *mundo* en este pasaje bíblico, ¿quiere decir Pablo que Dios reconcilió consigo a *todos*? ¿Incluyendo a Caín, o a Judas, o a los que hoy en día son como ellos? ¿Incluyendo a aquellos que blasfeman contra Dios con sus palabras y acciones toda su vida? ¿Dios les ha justificado a *ellos*? Sí. Ellos sin duda están incluidos en el mundo de la humanidad que ha sido declarado justificado por Dios. Cuando Jesús dijo a Nicodemo: “De tal manera amó Dios al mundo”, no usó ninguna restricción sobre el número o el tipo de personas en el mundo que son amadas por Dios.

Una vez en el día de reposo, cuando Jesús se encontraba de

visita en Nazaret su ciudad natal, asistió al servicio en la sinagoga local. Cuando fue invitado a leer la lección de la Escritura para el día y decir unas pocas palabras, leyó lo que más de 700 años antes Isaías había dicho acerca de él. “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos” (Lucas 4:18). En otras palabras, su Padre celestial le había llamado a su ministerio especial de “pregonar libertad a los cautivos”.

Uno se puede preguntar: ¿cuándo y cómo libertó Jesús a los cautivos, es decir, a los presos? Cuando leemos la historia de la iglesia primitiva, nos enteramos de que muchas personas fueron puestas en prisión por ser seguidores de Cristo. Incluso Juan el Bautista, predecesor de Cristo, terminó en la cárcel y fue ejecutado. Pero él murió libre en el sentido espiritual de la palabra. Por ello Jesús declara la libertad a aquellos que son prisioneros del pecado y de Satanás.

Aunque Jesús aún no había ni padecido, ni muerto, ni resucitado, cuando él declaró libertad a los cautivos espirituales, él pudo hacer la declaración de libertad como si su obra redentora ya se hubiera llevado a cabo. Los “cautivos” son todos los que sirven al pecado, y eso describe a todas las personas por naturaleza. La buena nueva es que Dios ha perdonado a todas las personas sus transgresiones por lo que Jesús es, es decir, Dios y hombre; y por lo que hizo, es decir, que él vivió de manera perfecta, y sufrió la muerte que merecen todos los condenados.

El acto de reconciliar al mundo con él mismo, fue completamente unilateral por parte de Dios. No esperó que primero la humanidad demostrara su propio interés, porque sabía que esto es imposible. El pecado por completo había alejado a la raza humana de Dios.

Como Dios misericordioso, no puso ninguna condición sobre su justificación al mundo perdido. No dijo: “Si cumples mis mandamientos, entonces te justificaré”. Tampoco dijo: “Te perdonaré si eres creyente en mí”. Su justificación universal es un hecho, sin importar si la gente lo cree o no.

Algunos quieren hacernos creer que Dios justifica sólo a aquellos quienes son creyentes en él. Pero esto nos robaría la gracia de Dios y la bendita verdad de la justificación nuestra, la cual sí es para todos. Esa enseñanza empezaría a crear duda de si somos suficientemente dignos para ser incluidos en esa declaración hecha por Dios de amor, libertad, y perdón. Por consecuencia sería excluidas algunas personas del “mundo”, a las que se refirió Jesús en Juan 3:16.

La justificación no fue un pronunciamiento arbitrario del perdón de Dios. No cerró sus ojos a todo el pecado que ha llenado al mundo desde la caída y que continuará hasta el fin de los tiempos. Tampoco dijo a él mismo: “Yo jamás podría enviar a alguien al infierno”. Eso contradeciría su amenaza: “Pero el que no crea será condenado” (Marcos 16:16). Dios es justo, y su justicia tenía que ser satisfecha completamente. Sabía que ninguno de nosotros podría justificarse delante de él por nosotros mismos. Sabía que había solamente un veredicto que él podía dar y aún ser el juez justo: “Culpable”.

Pero Dios tenía el plan que satisfaría sus justas demandas y también demostraría su amor por la humanidad caída. Desde la eternidad, la sabiduría divina decretó que la segunda persona de la Trinidad se volvería hombre y haría lo que ningún ser humano podía hacer por él mismo, vivir de manera perfecta en armonía con la santa voluntad de Dios y morir como el sacrificio expiatorio por el pecado. Sólo entonces todos los pecadores pudimos ser redimidos. Es por eso que Cristo tomó nuestro lugar bajo la ley, la obedeció perfectamente, y se hizo pecado por nosotros. Y es por eso que el Juez justo declara a todas las personas justas.

¡Qué gran consuelo es esta bendita verdad! Tenemos momentos de duda, momentos en que nos preguntamos: ¿realmente nos ama Dios? Podemos incluso preguntarnos: “¿Está castigándome Dios por algún pecado? ¿Soy lo suficientemente bueno? ¿Es mi fe en él lo suficientemente fuerte?” Pero estas son preguntas que no es necesario que respondamos nosotros mismos, porque nuestro amoroso Dios nos ha declarado perdonados por la redención y el amor de su Hijo. ¡Qué buena noticia para los corazones atribulados!

Este es el mensaje de salvación que Dios quiere que todos escuchemos. Aquellos a quienes el Espíritu nos ha llamado a la fe también hemos sido llamados a ser testigos de Cristo. Siempre debemos tener presente la bendita verdad: que todos aquellos con quienes tenemos contacto ya han sido redimidos por Cristo y declarados perdonados. Esa verdad es una tremenda motivación para realizar la obra misionera. No importa a quién nuestros misioneros hablen, no importa el pasado de las personas, no importa lo desesperado que parezca el caso, el misionero proclama el evangelio a esa persona, diciéndole al pecador que a pesar de que sus pecados sean tan rojos como el carmesí, a través de Cristo serán tan blancos como la nieve (Isaías 1:18). Al dar su testimonio, tenga por seguro que Dios quiere que todas las personas en el mundo escuchen la noticia: de que Cristo les ama, de que les ha perdonado, y de que les ha hecho plenamente libre de sus pecados.

Solamente por fe

¿Pero significa que todas las personas están bien con Dios, que han recibido su gracia del perdón, y que irán al cielo? Claro que no. Entonces, ¿cómo somos personalmente justificados? ¿Cómo llegan a ser personalmente nuestros la gracia, el perdón, y la absolución, de Dios?

Muchas personas se imaginan, que si van a “reconciliarse”

con Dios, ellos van a tener que hacerlo por su propia cuenta. Así ha sido desde los primeros tiempos. Pablo describió a los israelitas incrédulos de la siguiente forma: “Ignorando la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Romanos 10:3).

Israel fue el pueblo escogido de Dios, escogido para ser el portador de sus promesas que incluía la promesa del Salvador. Dios estableció su ley entre ellos. Una función primordial de su ley era la de recordarles su pecaminosa depravación para que anhelaran su gran misericordia. Pero se imaginaron que su “obediencia” superficial los hacía justos. Al tratar de establecer su propia justicia delante de Dios, ellos rechazaron la justicia que Dios misericordiosamente les ofreció a través del Mesías prometido. En otras palabras, ellos, como muchas personas, trataron de salvarse a ellos mismos, y por consecuencia, no fueron justificados personalmente.

Los fariseos, de los tiempos de Jesús, fueron buenos ejemplos de personas cuyo orgullo pecaminoso los llevó a pensar que ellos podían justificarse a ellos mismos. No satisfechos con las ordenanzas de Dios del Antiguo Testamento, ellos se enorgullecían en cumplir las muchas tradiciones que habían desarrollado a lo largo de los años. No sentían la necesidad del Salvador del pecado, y se convirtieron en algunos de los más amargos oponentes de Cristo.

No hay mayor tentación para los que profesamos ser cristianos que ese tipo de orgullo pecaminoso. Tan fácilmente podemos engañarnos, equivocadamente pensando qué tan buenos somos en comparación con otras personas en este mundo impío. Tan fácilmente podemos confesar nuestra fe en Cristo, y a la vez aferrarnos a la idea de que lo que somos y lo que estamos haciendo, al menos en parte, nos está haciendo bien con Dios. Pero la Biblia habla de la “bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras” (Romanos 4:6).

Algunos siempre torcerán las Escrituras para que concuerden con sus propias creencias personales, a fin de justificarse a ellos mismos y a sus acciones pecaminosas. Por ejemplo, cuando Greg Louganis reconoció públicamente que tenía SIDA, dijo que sentía como si una gran carga hubiera sido levantada de sus hombros. Louganis fue un campeón olímpico, uno de los mejores saltadores que jamás ha pisado un trampolín. Años después de haber sido diagnosticado con la enfermedad, le dijo a muy pocos que era VIH positivo, incluso contempló suicidarse. Luego él públicamente reveló que era homosexual y que había contraído esa espantosa enfermedad. Relatos dicen que a menudo citaba la siguiente frase bíblica: “La verdad os hará libres”.³ Sí, se imaginó que estaba libre de culpa y vergüenza simplemente diciéndole a la gente la verdad sobre él mismo. ¡Ojalá que aprenda, antes de que sea demasiado tarde, que Dios le ha perdonado y que solamente la fe en Cristo lo hará libre!

Antes de su encuentro con Cristo en su camino a Damasco, Saulo, quien fue convertido en el apóstol Pablo, estaba convencido de que era “libre” y justo, delante de Dios. Fue un fariseo de primer orden. Estaba convencido de que él mismo estaba ganando el cielo con sus propios esfuerzos y que persiguiendo a los cristianos estaba realizando un servicio especial para Dios. Pensaba que si otros podían salvarse obedeciendo la ley de Dios, también él podría. Pero cuando fue llevado a la fe en Cristo, él supo que había sido elegido para ser salvo sólo por la gracia de Dios. Esa es la razón por la que pudo confesar: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Corintios 15:10). Y por eso escribió: “No teniendo mi propia justicia, que se basa en la ley, sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que proviene de Dios y se basa en la fe” (Filipenses 3:9).

Nuestra justicia únicamente proviene de Dios quien rindió lo más íntimo de su corazón por nuestra salvación: su amado

Hijo. Lo envió al mundo; lo puso bajo la ley; y lo envió a la cruz. Y cuando él lo levantó de los muertos, declaró justos a todos los pecadores.

Sólo la fe justifica

Pero la gracia de Dios no había terminado; no dejó nada al azar. Él sabía que este maravilloso regalo llegaría solamente a los creyentes en Cristo, y sabía que ninguno de nosotros tiene el poder de obrar fe en nuestros propios corazones. Así que él nos envió su Espíritu Santo para convertirnos a través del evangelio. Y a través de esa fe, nosotros somos justificados; hemos sido verdaderamente librados: del pecado y de su maldición, de la muerte y su temor, de Satanás y su poder. Hemos sido reconciliados con Dios.

Algunos han batallado con esa idea de que somos salvados sólo por la fe, sin las obras de la ley. Algunos incluso han afirmado que la fe es algo que debemos obrar en nuestros propios corazones. ¿No tenemos que escoger a Cristo para que entre en nuestros corazones como muchos evangelistas de televisión invitan a sus oyentes a hacer? Jesús, sin embargo, recordó a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16). Y la Biblia también dice: “Nadie puede exclamar, ‘Jesús es el Señor’ sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3).

Después de su conversión, Lutero se aferró a la verdad bíblica que somos salvados por la sola gracia de Dios y por la sola fe. Y enfatizó la palabra *sola* para refutar a los que trataron de añadir obras a la fe y a la salvación. Hablando de que la fe sola salva a una persona, Lutero dijo: “Asegúrense de no añadir ningún comentario a estas palabras ni traten de hacerlas mejor de lo que Cristo las ha hecho. Ellos han dicho que uno debe entenderlas así: ‘El que creyere (entiéndase: y haga buenas obras) será salvo’. ¿Quién les ha ordenado añadir esto? ¿Creen que el Espíritu Santo es tan tonto que él no

podría haber añadido estas palabras? Así que ellos han obscurecido completamente, no, han pervertido este noble pasaje con esa adición. Asegúrense, por lo tanto, de que ustedes no permitan a nadie hacerle ninguna adición, sino que ustedes permanezcan con las palabras tal como son y que las entiendan de la siguiente manera: ‘El creyente será salvado’ sin añadir mérito u obra alguna.”⁴

La fe se ha descrito acertadamente como la mano que recibe el don divino de la salvación. Un mendigo que tiende la mano y recibe un regalo no alardea de que su bella mano motivó al dador. La compasión del dador habría sido la única razón por la que quiso ayudar a esa pobre persona.

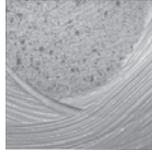
Otro ejemplo nos puede ayudar a entender ¿qué es la fe? y ¿cuál es su lugar en nuestra salvación? Si un amigo suyo de repente le da un cheque por un millón de dólares, usted probablemente pensaría que él le está haciendo una broma. Si usted no fuera consciente de que él había sido el beneficiario de una gran herencia, de inmediato usted rompería el cheque, y su falta de confianza le robaría la posibilidad de convertirse en millonario. Por otro lado, si usted tuviera total confianza en la integridad de este fiel amigo y depositara el cheque, su confianza se vería recompensada. Sí, Dios nos “recompensa” la fe que nos ha dado, al concedernos eternas paz y alegría. Entonces, su recompensa es recompensa de gracia.

Solamente por gracia

A solamente por fe, las Escrituras agregan *solamente por gracia*. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8). La *gracia* es sinónimo de amor. Pero cuando se utiliza en la Biblia, se refiere al amor que es totalmente inmerecido. Cuando confesamos que somos salvados solamente por gracia, estamos diciendo que no hay nada: en nuestro ser, o en nuestro carácter, o en lo que hacemos, que haya incitado a

Dios a amarnos y a declarar que nosotros somos suyos. Gracia significa que Dios tiene el amor puro e incondicional por nosotros.

La doctrina de la justificación es el fundamento de nuestra fe cristiana. Esto da el sentido verdadero a la palabra *gracia*. Y la justificación subraya la verdad que “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Romanos 5:20). Y todos aquellos que están convencidos de que han sido justificados solamente por la fe y por la gracia de Dios experimentan la verdadera libertad cristiana.



3

La libertad de la ley

El caso de la historia de un hombre llamado Juan, se discutió en una clase bíblica. Creció en una devota familia católica romana, practicando diligentemente los ritos de la misma, lo cuales creía le traerían la salvación. Pero él fue perturbado en su consciencia. Aunque vivía de manera respetable, él sabía en su corazón que había violado muchas veces la ley de Dios.

En su búsqueda de la paz, Juan entró en contacto con los mormones quienes fueron amables y amistosos y parecían estar en paz con ellos mismos a causa de su religión. Él pensó que la religión mormona tenía la respuesta que estaba buscando y se convirtió en mormón.

Unos meses más tarde se fue a Las Vegas en su primera misión de mormón. Se le había enseñado que este es uno de los pasos a la deidad. Fue a una segunda misión, y más tarde se casó en el templo Mormón.

Juan participó en algunos de los más importantes rituales en el templo de Salt Lake City. Fue bautizado muchas veces por los que ya estaban muertos, creyendo que los estaba ayudando a conducir a la divinidad.

Sin embargo, Juan tenía la conciencia perturbada, y la sensación de que haciendo estas prácticas no se ganaría el favor de Dios y que no estaba haciendo lo suficiente. Estudió la doctrina mormona más diligentemente, pero aun así no encontró la paz. ¿Por qué no?

Esclavizados por la ley

Sin darse cuenta, Juan fue esclavizado por la ley, tanto la de Dios como la del hombre. Él sufrió lo mismo que 500 años antes sufrió el Dr. Martín Lutero. Lutero había pasado los primeros 30 años de su vida esclavizado por la ley. Se le había enseñado a obedecer la ley de Dios y las leyes de la iglesia católica romana, para hallar gracia con Dios. Cuando estuvo en un monasterio hizo todo lo que le fue exigido y más. Luego llegó a ser sacerdote y profesor en la Universidad de Wittenberg. Todavía a pesar de que vivía de manera ejemplar, sus pecados le molestaban.

Tanto Juan (el mormón) como Lutero, experimentaron lo que San Pablo describe en el libro de Romanos: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerlo, sois esclavos de aquel a quien obedecéis?” (6:16). Si alguien está tratando de encontrar la paz con Dios por obedecer la ley, se convierte en esclavo de la ley.

Pablo sabía lo que significaba ser un esclavo de la ley, ya que había sido instruido en la ley del Antiguo Testamento y a las tradiciones judías, por parte de algunos de los mejores maestros de su época. Reconoció que “de acuerdo a la más estricta secta de nuestra religión, yo [Pablo] vivía como fariseo” (Hechos 26:5). Estaba convencido de que por sus tareas cotidianas y actos de obediencia él estaba ganando el

favor de Dios y asegurando su lugar en el cielo. Sin embargo, era un esclavo de la ley.

Y con muy pocas excepciones, así también eran todos los judíos en los tiempos del Nuevo Testamento. Los judíos en general y los fariseos en particular, eran los más amargos adversarios de Jesús. “Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: ‘Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres’. Le respondieron: ‘Descendientes de Abraham somos y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?’” (Juan 8:31-33). Los judíos imaginaban que eran libres, tanto política como espiritualmente.

A menudo, los que son esclavos de la ley ni siquiera se dan cuenta de que están en condiciones de servidumbre, sino que se imaginan que pueden justificarse a ellos mismos. Sin embargo, la Biblia dice: “Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios” (Romanos 3:19). Dado que todo el mundo está bajo la ley, todo el mundo es silenciado por la ley; nadie puede decir incluso una palabra en su defensa, alegando que ha guardado la ley de Dios.

Maldito por la ley

La tragedia es que aquellos que han sido esclavizados por la ley, que se imaginan que están bien con Dios por lo que son y lo que están haciendo, son silenciados cuando tienen que dar cuenta a Dios. La ley no sólo los ha esclavizado, sino que delante de Dios están condenados porque: “Todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: ‘Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para cumplirlas’” (Gálatas 3:10).

Esta maldición de Dios nos coloca a todos en la misma situación, porque ninguno de nosotros puede reclamar perfecta obediencia a la ley de Dios. El día apenas comienza: y tenemos un pensamiento pecaminoso, hablamos descuidadamente y violamos la santa voluntad de Dios. Diariamente confesamos junto con el apóstol Pablo: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero eso hago” (Romanos 7:18,19). Pablo está hablando como un cristiano que se da cuenta de que tiene la carne pecaminosa. También ese mismo tipo de carne pecaminosa se aferra a nosotros, y no podemos consolarnos con la ilusión que los pecados que cometemos son de alguna forma compensados por las buenas obras que hacemos. La justicia de Dios no se satisface de esa manera.

El plan de Dios para nuestra libertad

Entonces ¿cómo podemos nosotros, o cualquier persona, escapar de la esclavitud y la condenación de la ley? Sólo mirando a nuestro Dios misericordioso y conociendo lo que él ha planeado para nosotros y para toda la humanidad. No le tomó mucho tiempo a Dios hacerle saber a nuestros primeros padres lo que las consecuencias de su pecado significarían para ellos y para sus hijos. Tan pronto que ellos dieron sus excusas por el pecado, el Señor prometió que uno vendría y los redimiría. Y él siguió repitiendo y agregando a esta promesa, en toda la época del Antiguo Testamento a través de sus santos profetas, los cuales proclamaron las promesas de Dios por miles de años. “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4,5).

¿Qué significa que Jesús nació bajo la ley? Esto significa que cuando lo envió al mundo: el Padre colocó a su Hijo bajo la ley, la impuso sobre él y esperó que Jesús la obedeciera perfectamente.

Jesús siempre ha sido el Hijo de Dios. Cuando fue concebido por el Espíritu Santo en el vientre de la virgen María y nació, Jesús se hizo hombre en todo el sentido de la palabra, excepto que nació sin pecado. Y cuando el Padre envió a su Hijo al mundo, lo puso bajo la ley. Dios, en efecto, dijo a su Hijo: “Toda ley que he dado a mi pueblo, también te la estoy dando para que la obedezcas. Quiero que hagas algo que ellos no han hecho, es decir, obedecer perfectamente la ley. Y quiero que obedezcas mis mandamientos por cada pecador.” Cuando María dio a luz a Jesús, él “nació bajo la ley”. Esto significa que Jesús quiso guardar todos los mandamientos dados por Dios a su pueblo. Siempre Jesús vivió conforme a la voluntad de Dios, la misma que había impuesto a su pueblo Israel. Siendo un niño, Jesús fue presentado al Señor y circuncidado de acuerdo a la ley. En su juventud y siempre honró a su padre y a su madre de acuerdo con el Cuarto Mandamiento. También escuchó y aprendió la palabra de Dios de acuerdo con el Tercer Mandamiento. Siendo adulto, alivió el sufrimiento de mucha gente y se hizo cargo de sus necesidades corporales, en consonancia con el Quinto Mandamiento. En dos ocasiones, cuando fue ungido y cuando se transfiguró, su Padre claramente afirmó: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17; 17:5). Su Padre se complació porque Jesús Hijo hizo lo que nosotros no podemos hacer. Él obedeció perfectamente los mandamientos de Dios. No tuvo ninguna palabra negligente, ni un solo pensamiento malo, ni un solo acto pecaminoso.

Libertad asegurada

¿Por qué vivió Cristo de manera perfecta y sufrió muerte inocente? Lo hizo para redimir a los que estamos bajo la ley y la hemos quebrantado en repetidas ocasiones. Redimir significa pagar la libertad de alguien. Hoy en día usamos la palabra *rescate* para describir las exigencias de los terroristas cuando tienen a una persona como rehén. Sin Cristo, el pecador es rehén de la ley de Dios y de todas sus demandas. Para los israelitas, ésta incluía cada ordenanza que Dios había dado a su pueblo. Dios no sólo condenó al pueblo por la más leve infracción de sus normas, sino que los maldijo. “Pues escrito está: ‘Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas’” (Gálatas 3:10).

Cristo, por lo tanto, entró en el mundo para liberar a los pecadores de las exigencias y la maldición de la ley. Algunos experimentaron esa libertad durante su ministerio. El fariseo Nicodemo vino a Jesús porque sabía que había algo especial en este maestro, y quería saber lo que era. De los propios labios de Jesús oyó que se habían eliminado la maldición y la esclavitud de la ley: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Más tarde Nicodemo profesó su libertad con valentía, cuando colaboró en el entierro de Jesús.

La libertad impugnada

El llamado especial de Dios al apóstol Pablo fue el de proclamar las buenas nuevas a los gentiles. En su primer viaje misionero, él fue a Galacia, predicando el evangelio de Jesucristo, y muchos fueron convertidos.

Sin embargo, el mensajero de la luz fue seguido por los hombres de las tinieblas, que llegaron a aquellas congregaciones que había fundado Pablo y despreciaron su

ministerio. Se hicieron pasar por seguidores de Cristo, pero tenían un mensaje diferente. Dijeron: “Sí, ustedes tienen que ser creyentes en Cristo, pero eso no significa que no es necesario guardar las ordenanzas del Antiguo testamento que Dios dio a su pueblo. Si realmente quieren ser cristianos, deben ser circuncidados y deben realizar todas las ceremonias que Dios dio a los judíos.”

Estos falsos profetas, condujeron a los gálatas de vuelta a la esclavitud de la ley y a su maldición. Pues ellos, tanto como el catolicismo, después de ellos, enseñaron que son necesarias la fe y *las obras* para poder ganar entrada en el cielo.

Cuando Pablo oyó los errores que estaban siendo enseñados a los gálatas, la doctrina que les robaría su libertad cristiana, les escribió una carta, recordándoles: “Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición” (Gálatas 3:10) y “Los que por la Ley os justificáis, de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4). Una y otra vez les aseguró que los pecadores sólo son salvados por la gracia de Dios, a través de la fe en Cristo. Sólo por él fueron hechos hijos libres de Dios.

Así como los gálatas se infectaron con un error muy atractivo, nosotros también podemos sucumbir ante tal condenatoria enseñanza. Aunque fácilmente confesamos que somos cristianos y hacemos todas las confesiones correctas, al mismo tiempo, nuestra naturaleza pecaminosa y Satanás tratan de dirigirnos por el mal camino diciéndonos que confiemos en nosotros mismos en vez de aquel que nos redimió. Sólo Cristo, a través de su vida perfecta y su muerte inocente, nos ha librado de la maldición y la condenación de la ley.

El pecador liberado

¿Recuerda a Juan, aquél hombre, católico y mormón, que por mucho que trataba no podía encontrar la verdadera paz con Dios? A continuación el resto de su historia.

Él y su familia se trasladaron a la ciudad de Denver, donde un cristiano presentó a Juan y su pastor luterano. Una buena relación se desarrolló entre el pastor y esta joven familia. Ellos frecuentemente asistían a la iglesia luterana y el pastor realizaba un estudio bíblico en la casa de esta pareja. Oyeron las buenas nuevas que eran salvados solamente por la gracia de Dios sin ningún mérito de su parte. Aprendieron acerca de todo lo que Dios prometió y lo que Cristo hizo. A través de la palabra de Dios, el Espíritu Santo tocó sus corazones y ellos encontraron la paz con Dios. Por primera vez sus conciencias eran libres.

Juan no pudo contener esta buena noticia. Se convirtió en un evangelista activo y tomó interés especial en los mormones que están esclavizados por la ley.

La esclavitud de Lutero a la ley, terminó durante uno de sus estudios bíblicos. Luchó con la expresión: “la justicia de Dios” en el primer capítulo de Romanos. En estas palabras sólo podía ver a Dios como el juez justo, mostrando su ira y castigando el pecado, hasta que un día Lutero leyó y meditó en las palabras: “Mas el justo *por la fe* vivirá” (Romanos 1:17). Más tarde, en la descripción de su conversión él afirmó: “Este pasaje de Pablo me parecía como la puerta al paraíso.” Por primera vez en su vida fue librado de la ley y de su atribulada conciencia, sabiendo que solamente a través de la fe en Cristo, el pecador es convertido en justo.

Abusos de la libertad

Algunos han afirmado que la enseñanza de la salvación por la gracia mediante la fe sólo alentará a los oyentes a hacer caso omiso de la ley de Dios y vivir en pecado. ¿No estarán ellos tentados a una indiferencia completa por los Diez Mandamientos cuando se enteran de que son librados de la ley?

Esta afirmación no es nada nuevo. De hecho, Pablo expone esa falsa noción en su carta a los romanos: “La ley, pues, se introdujo para que el pecado abundara, pero cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia, porque así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reinará por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro. ¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 5:20 6:2).

Como se mencionó anteriormente, la ley fue escrita en el corazón de los hombres, pero a causa de la perversa naturaleza humana, la inmutable voluntad de Dios ya no era claramente conocida. Es por eso que Dios escribió los Diez Mandamientos en dos tablas de piedra para que Moisés las diera a su pueblo. Dios quería que todos tuvieran clara comprensión de lo que es su santa voluntad.

Pero, ¿cómo el dar la ley hace aumentar el pecado? La ley más claramente revela a la humanidad pecaminosa que está violando los mandamientos de Dios. Cuánto mejor conocemos la voluntad de Dios para nuestra vida, más conscientes somos de nuestros pecados. ¡Qué reconfortante saber que “cuando abundó el pecado, sobreabundó la gracia”!

Pero de nuevo, los que escuchan de la gracia de Dios, ¿no supondrían que siendo libres de las exigencias de la ley para su salvación pueden vivir libremente sin ningún tipo de restricción de la ley, incluso haciendo caso omiso de lo que Dios había escrito en sus corazones? ¿No creerían que sean libres de vivir como les place? Algunos hasta podrían llegar a pensar que por su pecado Dios les están dando una oportunidad mayor de demostrar su amor al pecador. Pablo responde enfáticamente: “¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado [cuando fuimos llevados a la fe en Cristo], ¿cómo viviremos aún en él?”

Sin embargo, la noción de que ahora el cristiano puede ignorar la ley de Dios aún puede existir en iglesias que proclaman claramente la gracia redentora de Cristo. Por ejemplo, hubo un niño en una clase de confirmación que había vivido en varios hogares de adopción porque era muy difícil de manejar. Una pareja le había recibido en su casa porque querían de manera especial servir a Cristo. Ellos se unieron a una congregación que tenía una escuela primaria luterana porque querían darle educación cristiana. El muchacho fue instruido con otros de séptimo y octavo grados.

Un día, sus padres adoptivos corrigieron al muchacho por una cierta ofensa, y él se defendió diciendo: “Todo está bien. El pastor dijo que Jesús fue castigado por todos mis pecados.” Los padres mencionaron el incidente al pastor, y él prometió hablarle. Él precisó al muchacho que lo que había confesado acerca de Jesús era verdad, Jesús había quitado la culpabilidad de todos sus pecados, pero también le recordó lo que él había aprendido de la Biblia.

Se resume en la explicación de Lutero en el Segundo Artículo del Credo Apostólico: “[Cristo] me ha redimido... todo esto lo hizo para que yo sea suyo y viva bajo él en su reino, y lo sirva en justicia, inocencia y bienaventuranza eternas”. Esta vida bajo Cristo se inicia en el momento que alguien es guiado a confiar en él como Salvador; el servirle comienza ahora y no en algún momento en el futuro.

Luego, los padres del niño adoptivo informaron que él llegó a la casa con una actitud diferente. Al parecer, se dio cuenta que la libertad que tenía a través de Cristo no era una excusa para continuar viviendo en pecado. Tal es el poder de la Palabra de verdad que nos libera de la ley, y nos guía para el servicio.

Podemos ser tentados, como algunos lo son, para utilizar nuestra libertad de la ley como encubrimiento para la maldad. Por ejemplo, algunos han afirmado que, dado que el aborto es

un pecado, tienen el derecho a emplear cualquier tipo de desobediencia civil para protestar la matanza de bebés no natos. Sin embargo, para obedecer la ley de Dios, nosotros no estamos obligados a quebrantar las leyes civiles, porque Dios nos ha puesto claramente en las Escrituras que hemos de obedecer a quienes él ha escogido para gobernar sobre nosotros. La única excepción a esta regla es cuando alguien con autoridad nos ordena hacer algo que Dios prohíbe claramente. En tal caso, nuestra respuesta sólo puede ser: “¡Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres!” (Hechos 5:29).

Dios verdaderamente quiere que disfrutemos de la libertad que hemos encontrado en Cristo y que la ejercitemos a plenitud. El apóstol Pedro nos anima a “vivir como hombres libres”. Pero también nos advierte: “Actuad como personas libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios” (1 Pedro 2:16). En el mismo sentido, el apóstol Pablo escribe: “Vosotros, hermanos, a la libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos en amor los unos a los otros” (Gálatas 5:13).

Hubo dos cristianos en la iglesia primitiva, que trataron de hacer un tipo de juego de encubrimiento. Dios no les dijo a los creyentes del Nuevo Testamento cuánto deberían dar en ofrenda a la iglesia. Sin embargo, los miembros de aquella congregación en Jerusalén estaban tan llenos de fe y amor, que compartían entre ellos todo lo que tenían. Ananías y su esposa Safira, anunciaron que estaban dando todo, cuando trajeron una generosa donación a los apóstoles. En realidad, estaban utilizando su libertad de administración cristiana para encubrir el hecho de que estaban reteniendo una porción de su dinero. Dios expuso su mentira e hipocresía, y los mató en ese mismo momento (Hechos 5).

Descanso para nuestras almas

Aunque el mismo Jesús advierte: “Temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28), él supo que ese temor de Dios nunca acercaría los pecadores a él. Esa es la razón por la que invitó: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mateo 11:28-30).

La carga de la que estaba hablando Jesús, fue la de ley que Dios había dado a Moisés y a los israelitas, la cual llegó a ser una carga muy pesada para ellos, porque se les estaba enseñando, y ellos estaban creyendo, que sólo obedeciendo la ley podían ser justos ante Dios. Pero ahora Jesús quiso que vinieran a él, porque él había quitado esa pesada carga de ellos. Él estaba guardando la ley en su lugar, y su obediencia finalmente lo llevaría a la cruz, con lo cual él les ofreció el verdadero descanso para sus almas.

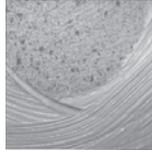
Tenemos paz y descanso, para nuestras almas porque somos creyentes en que Jesús no es otro legislador, sino nuestro sustituto. Sólo a través de él hemos sido puestos en el camino hacia nuestro amoroso Padre celestial. Sólo a través de él hemos recibido el perdón completo de todas nuestras transgresiones y la garantía de nuestro hogar eterno. Además, él nos asegura que su yugo es fácil y su carga es ligera.

Sí, a través de Cristo, vemos la ley de Dios de una manera diferente. Como hijos de Dios nos gozamos en hacer su voluntad. Ahora podemos decir con Pablo: “Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Romanos 7:22).

Tal es la experiencia de aquellos que hemos sido librados de la ley. La ley de Dios ya no es carga para los que vivimos en el arrepentimiento constante de nuestros pecados. Con la firme confianza en Jesucristo como nuestro Salvador,

hallamos gozo en la vida haciendo su voluntad. Su ley ha llegado a ser para nosotros la lámpara que ilumina el camino por el que andamos en esta vida.

Todo esto es nuestro, porque Cristo a su pueblo lo ha librado de la ley.



4

La libertad del pecado

“Vendido.”

El subastador era enérgico y serio, y la palabra que habló sin rodeos llegó claramente a la multitud reunida a unos pasos de la vieja taberna de Wetherburn. El lugar fue Williamsburg, Virginia; el año, 1994. Fue una reinterpretación de la venta de esclavos que se había producido en la Williamsburg colonial. Los manifestantes lo llamaron deshumanizante; sus defensores alegaron que estaban mostrando una cara de la historia para que la gente pudiera ver, oír, y sentir, lo que había sucedido en el pasado.

La Biblia registra incidentes cuando los creyentes poseyeron esclavos. Como hijos de Dios, sin embargo, no los trataron con crueldad, sino de acuerdo al principio general: Ama a tu prójimo como a ti mismo. El apóstol Pablo fue instrumento para la conversión al cristianismo de un esclavo

fugitivo llamado Onésimo y entonces lo instó a volver a su amo quien también era cristiano. En su carta a Filemón, Pablo amorosamente apela para que el esclavo sea tratado como creyente, porque todos ellos sabían que había una esclavitud mucho peor de la que habían sido liberados: la esclavitud del pecado. Sí, Onésimo, el esclavo, fue librado cuando oyó y fue hecho creyente en el evangelio de Jesucristo. Fue librado del pecado, de Satanás, y de la muerte.

Diferentes palabras para el pecado

¿Qué significa estar libre de pecado? Antes de que podamos responder esta pregunta, debemos tener una clara comprensión de lo que es pecado.

Estamos viviendo en un momento en que no existe clara distinción entre el bien y el mal. Como resultado, muchos están viviendo en pecado, y al mismo tiempo se imaginan que son libres para como les parezca. En la Biblia, Dios no tiene pelos en la lengua. Él nos dice claramente lo que quiere que la gente haga y lo que prohíbe. Además, él usa diferentes palabras en las Escrituras para describir la desobediencia contra él.

La palabra *pecado* en sí muy a menudo significa errar el tiro. Podemos apuntar en la dirección correcta de la voluntad de Dios, pero nunca daremos en el blanco. No importa lo mucho que lo intentemos, nunca daremos justo en el blanco. De hecho, nosotros perdemos el objetivo completamente con nuestro pecado.

La palabra *transgresión* también es utilizada para describir nuestra desobediencia a Dios. *Transgresión* significa cruzar la línea prohibida. En una descripción del sufrimiento del Salvador prometido, el profeta escribió: “Él fue herido por nuestras rebeliones [transgresiones]” (Isaías 53:5). Debido a nuestra naturaleza pecaminosa, siempre cruzamos la línea en

la que Dios ha colocado el letrero: MANTÉNGASE FUERA.

Otro sinónimo de pecado es *iniquidad*. “Él fue... molido por nuestras iniquidades” (Isaías 53:5 NVI), es una manera de explicar lo que Cristo ha hecho por nosotros. La palabra *iniquidad* significa fallar en llegar a la perfección. Estamos engañándonos a nosotros mismos cuando comparamos lo que somos y lo que estamos haciendo, con lo que hacen los demás, porque siempre seleccionamos a alguien que no está a la altura de nuestra manera de actuar o pensar. Pero la comparación que Dios quiere que hagamos no es con otros seres humanos pecaminosos, sino con él. Él es santo y nosotros no. Por lo tanto, la verdadera evaluación de nuestra persona nos hace llegar a la conclusión que hemos fallado y nunca alcanzaremos la perfección, porque nuestra vida está llena de maldad.

El origen del pecado

Pero, ¿de dónde provienen nuestros pecados? ¿Provienen de influencias externas durante nuestro crecimiento? Ciertamente hoy en día existen muchas de esas influencias. Incluso los mejores hogares cristianos se han visto expuestos a todo tipo de impiedad a través de la televisión. Aunque fácilmente el pecado se multiplica de muchas maneras, estas influencias malvadas no son el origen de nuestro pecado personal.

Más bien, el pecado ha sido tejido en nuestro propio ser a partir del momento en que fuimos concebidos. Cuando vemos a los recién nacidos, parecen tan inocentes que podemos fácilmente razonar que no han vivido el suficiente tiempo para poder pecar. Además podemos concluir que en el comienzo de nuestra vida nosotros también gozamos de esa inocencia. Sin embargo, nuestra razón e incluso nuestros ojos nos engañan fácilmente en asuntos espirituales. Es por eso que Dios se

complace en revelarnos no sólo la forma en que comenzó el mundo, sino también la manera como el pecado llegó a infectar a toda la raza humana.

Dios dio a nuestros primeros padres vida perfecta y hermoso hogar en donde vivir. Cuando Dios los creó, escribió su ley en los corazones de ellos de modo que tenían perfecto conocimiento de su voluntad. Además, les dio un mandato especial que les permitiría demostrar su amor a él. Dios les prohibió comer del “árbol del conocimiento del bien y del mal”. No obstante, ellos desobedecieron, y de inmediato todo su ser fue corrompido por el pecado. Desobedecer un solo mandamiento significa violar toda la ley.

Ese primer pecado no sólo corrompió completamente a Adán y a Eva, sino que también es el origen de todo el pecado en el mundo. “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12). David sabía el origen de su pecado. “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). Él había heredado su naturaleza pecaminosa de sus padres, y nosotros también, ya que “lo que nace de la carne, carne es” (Juan 3:6). Dado que somos carne pecaminosa, nosotros pasamos nuestros pecados a la próxima generación.

Las consecuencias del pecado

Nunca pensemos que nuestros pecados, por insignificantes que puedan parecernos a nosotros, no son importantes. Dios había dicho a Adán que si comía de la fruta prohibida, moriría. Adán sí murió, y un día también nosotros moriremos a menos que el día del juicio ocurra primero. La muerte es consecuencia del pecado.

El pecado trajo consigo la condenación de Dios. El pecado hace enojar a Dios tanto, que él ha reservado el lugar llamado el infierno para aquellos quienes son desobedientes. En otras

palabras, Dios amenaza a los pecadores con la condenación eterna, y multitudes oirán a Cristo decir en aquel último día: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Sí, nosotros también necesitamos oír estas palabras de los labios de nuestro Salvador, porque el pecado ha traído la maldición de Dios sobre nosotros.

La esclavitud del pecado

Para reforzar su advertencia contra el pecado, Jesús enseñó que el pecado mantiene en servilismo a la gente. “De cierto, de cierto os digo que todo aquel que practica el pecado, esclavo es del pecado” (Juan 8:34). ¿Qué quiere decir Jesús? ¿Está diciendo que somos esclavos del pecado? Lo somos si estamos viviendo apartados de Dios, si hemos rechazado a Jesús como nuestro Salvador. Jesús estaba hablando a aquellos que no eran creyentes en él, diciéndoles: “Ustedes piensan que son libres. Están orgullosos de ser descendientes de Abraham. Piensan que su nacimiento y sus buenas obras los justifican delante de Dios, pero están equivocados. En realidad son esclavos del pecado.”

Es una forma muy fuerte de expresarse. No es la forma de ganar amigos ni influir en la gente. Pero Jesús no estaba participando en un concurso de popularidad, sino que vino para buscar y salvar a los que se habían perdido. Él vino a llamar a pecadores al arrepentimiento.

El apóstol Pablo utiliza la expresión: “esclavos del pecado” (Romanos 6:6) en la descripción de cómo somos todas las personas por naturaleza. Ambos, Jesús y el apóstol, utilizaron la palabra *esclavo* para describir a alguien: que no tiene poder por su propia cuenta, que está completamente bajo el control de otra persona y que tiene que hacer constantemente lo que esa persona ordena. Esto describe acertadamente el poder que tiene el pecado sobre el individuo, y las Escrituras ofrecen

algunos ejemplos clásicos de la esclavitud del pecado.

Caín es la primera persona que demostró que el pecado tenía control completo de él. Era celoso de su hermano Abel y lo odiaba. A pesar de la advertencia de Dios, Caín invitó a su hermano Abel al campo y allá lo mató. Después de que lo asesinó, sintió lástima por él mismo, pero ningún remordimiento por su pecado. La Biblia dice: “Salió, pues, Caín de delante de Jehová” (Génesis 4:16). Esta es otra manera de decir que Caín permaneció siendo incrédulo y esclavo del pecado.

David es un buen ejemplo de cómo la pasión pecaminosa de un creyente puede aventajarlo fácilmente. Primero vio a Betsabé; luego la sedujo. Después, utilizó el asesinato para encubrir sus sucios hechos, y vivió en pecado al parecer por casi un año antes de que fuera guiado a arrepentirse y recibiera el perdón de Dios.

Un día un joven vino a Jesús para hacerle la pregunta más importante de su vida: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Jesús le señaló algunos de los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no mentirás; sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Con estas palabras Jesús no lo estaba dirigiendo al cielo, sino que quería llevarlo al conocimiento de su pecado. Pero el hombre estaba buscando algo que pudiera hacer, más allá que obedecer los Diez Mandamientos. Inclusive afirmó que los había obedecido todos. Pero Jesús lo desenmascaró cuando le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo... Cuando el joven oyó esto, se fue triste, porque tenía muchas riquezas” (Mateo 19:21,22). El pobre hombre rico fue esclavo de su codicioso corazón.

Los ejemplos citados nos llevan a realizar un poco de introspección. El hombre que siempre está mirando a las mujeres bellas puede estar coqueteando con un corazón lleno de lujuria. Si estamos constantemente preocupados por

asuntos de dinero, el materialismo puede fácilmente comenzar a dominar nuestra vida, y como resultado no estaremos satisfechos, a pesar de lo mucho que tengamos.

El mundo está lleno de personas que se imaginan que son tan libres como las aves, pero que en realidad son esclavos de algún pecado en particular. Lo que ellos necesitan oír es el llamado de Dios al arrepentimiento y el mensaje que proclama la libertad del pecado.

Cristo libera a los pecadores

Pero, ¿cómo puede uno ser libre del poder del pecado? Cristo, no sólo le da la respuesta, sino que él es la respuesta. “A los judíos que habían creído en él, les dijo, ‘Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres’. Le respondieron: ‘Descendientes de Abraham somos y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?’ Jesús les respondió: ‘De cierto, de cierto os digo que todo aquel que practica el pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo si queda para siempre. Así que, si el hijo os libera, seréis verdaderamente libres’” (Juan 8:31-36).

Sólo aquellos que permanecen en la palabra de Jesús conocen la verdad y son sus discípulos. Y, ¿cuál es la verdad que nos hace libres del poder y las consecuencias del pecado? Es la bendita verdad que Jesús mismo le dijo a Nicodemo: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga la vida eterna” (Juan 3:16). Es la verdad de: que Dios envió a su eterno Hijo al mundo, que él nació sin pecado y que a lo largo de toda su vida no cometió ningún pecado. Es cierto que era un hombre con sentimientos y que sufrió la agonía de ser rechazado por su propio pueblo, que sufrió la humillación y la maldición de la cruz, pero también es cierto

que nos amó tan profundamente que derramó su sangre y dio su vida, e incluso sufrió el infierno cuando fue abandonado por Dios. ¿Por qué? Para redimirnos del pecado y del poder que de otra manera tendría sobre nosotros. El Hijo nos ha hecho libres; somos verdaderamente libres.

Pero, ¿qué hay de la maldición que Dios amenaza imponer a todos los que quebrantan sus mandamientos? Ya no está sobre nosotros. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros (pues está escrito: ‘Maldito todo el que es colgado en un madero’)” (Gálatas 3:13). Maldijo Dios a su propio Hijo para salvarnos *del* fuego infernal y *para* la gloria del cielo. Sólo Cristo nos ha liberado de la maldición del pecado.

Muchos llevan con ellos la pesada carga de culpabilidad. Puede ser un terrible incidente en su vida o puede ser el estilo de vida que están llevando. Se encuentran tan sumergidos en su pecado que no saben cómo salir. Cristo es el único quien puede librarlos de la culpa y del cautiverio, de su pecado. Lo que ellos necesitan más que nada es su palabra de perdón, que es la única que puede eliminar la culpa, librar de la mala conciencia, y motivarlos a vivir santamente.

Jesús hizo libre a Zaqueo, un hombre rico. Al menos una parte de la riqueza de Zaqueo fue obtenida fraudulentamente. Cuando Jesús estaba pasando por su ciudad, Zaqueo fue a verlo. Como era un hombre pequeño de estatura, se subió a un árbol para ver al hombre de quien había escuchado tanto. Jesús lo vio y le ofreció posar en su casa. Jesús lo llamó a la fe, y por eso Zaqueo fue librado de la esclavitud del dinero. Esto fue evidente en su decisión: “Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado.” Jesús no dejó ninguna duda de que este hombre tenía un cambio completo de corazón cuando dijo: “Hoy ha venido la salvación a esta casa” (Lucas 19:8,9).

Zaqueo no fue obligado a tomar esa decisión. Lo hizo libremente porque había sido librado por Cristo de la esclavitud de su pecado.

En uno de sus viajes, en el pozo de Jacob, Jesús se encontró con una persona deshonrada, una mujer que tenía mala reputación (Juan 4). Ella nunca antes se había encontrado con Jesús y se sorprendió por lo mucho que sabía sobre ella. Ella había tenido cinco maridos y los había descartado a todos, y el hombre que vivía con ella cuando se encontró con Jesús ni siquiera era su marido. Pero la palabra de la gracia y salvación de Jesús la liberó del poder que su naturaleza pecaminosa ejercía sobre ella. Más tarde, su testimonio a la gente en la ciudad dejó en claro: “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” (Juan 4:29). Ella no dudó que Cristo la había perdonado y librado de su pecado.

John Newton sabía por experiencia propia, lo que significa ser liberado por Cristo de la esclavitud del pecado. Había nacido en Londres en 1725. Su padre era capitán y su madre una devota mujer cristiana. Ella enseñó a su hijo las verdades de la Biblia, resumidas en su catecismo. Cuando Newton tenía siete años, su madre murió. A los 17 años se unió a su padre en el mar. Por su propia decisión vivió impíamente. Se puede bien imaginar, lo que este joven hizo, cada vez que su buque llegaba a un puerto. Después de haber pasado un tiempo en el calabozo, él comenzó a leer la Biblia. Más tarde, fue marinero a bordo de un buque cuyo capitán era cristiano. El capitán instruyó a Newton en las verdades del pecado y la salvación, y por la palabra de Dios que él aprendió de este hombre, fue convertido. La verdad había hecho libre a John Newton.

Estudió para el ministerio y llegó a ser un predicador muy conocido en toda Inglaterra. Nunca olvidó la abundancia de amor que su Señor había vertido sobre él. Sabía lo que

significaba por gracia ser perdonado de todos sus pecados y librado del poder de aquella maldición. John Newton escribió muchos himnos, entre ellos el siguiente:

Sublime gracia del Señor
Que a un pecador salvó;
Perdido andaba; él me halló.
Su luz me rescató. (Cantad al Señor [CAS] 88:1)

La doble naturaleza del cristiano

Todavía usted puede estar confundido por la expresión “libertad del pecado”. Usted sabe muy bien que a pesar de que es creyente en Cristo, el pecado es un compañero cotidiano de la vida. La Biblia enseña dos verdades: a través de Cristo somos liberados del pecado, pero no somos libres de pecado. Al mismo tiempo, somos tanto perdonados hijos de Dios como también seres humanos pecadores. ¿Cómo puede ser esto? Es porque, de este lado de la tumba, nunca podremos arrojar por completo la naturaleza pecaminosa que hemos heredado de nuestros padres.

En la Biblia nuestra naturaleza pecaminosa se describe de varias formas: la carne, el viejo Adán, el viejo hombre, o el viejo ser. Pablo confiesa: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Romanos 7:18). El apóstol dice que su viejo Adán era todavía tan malo como el día en que nació. Incluso después de su conversión, aún estaba con él. Y Jesús está describiendo cómo somos todos por naturaleza, cuando dice: “De dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, el orgullo, y la insensatez” (Marcos 7:21,22). Jesús deja en claro que la desobediencia comienza en el corazón, sin importar si el acto se realiza o no. Por ejemplo, la Biblia nos dice que el odio es tanto un pecado

como el homicidio (1 Juan 3:15) y que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón (Mateo 5:28).

Desde la creación del mundo Dios sabía que la naturaleza de la gente estaba corrompida por el pecado y que siempre tienen naturaleza pecaminosa. “Todo designio de los pensamientos de su corazón sólo era de continuo el mal” (Génesis 6:5). En el momento que somos convertidos nuestro corazón corrupto no deja de pecar. A pesar de que hemos sido liberados de la culpa, de la maldición, y del poder del pecado, y hemos sido totalmente perdonados por Dios a través de Cristo, todavía tenemos la carne pecaminosa que se aferra a nosotros. Contantemente tenemos que confesar: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Romanos 7:18). Antes de que fuéramos traídos a la fe en Cristo, nuestro viejo Adán tenía el control completo. No podíamos hacer lo que complacía a Dios. Nuestro corazón y nuestra vida estaban llenos de pecado.

Pero ahora por las buenas nuevas, como cristianos tenemos otra naturaleza, la que recibimos el día cuando fuimos convertidos por el poder del Espíritu Santo. Por la gracia de Dios fuimos traídos al conocimiento de nuestros pecados, y hemos aprendido a confiar en Cristo como nuestro Salvador. Llegamos a ser nuevas criaturas. Ahora tenemos un “nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24).

Este nuevo ser es llamado por diferentes nombres: nuevo hombre, ser interior, espíritu. El apóstol Pablo describió esta nueva naturaleza que el Espíritu Santo ha creado en nosotros. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Corintios 5:17). Nuestra vieja naturaleza sólo es pecaminosa; nuestra nueva naturaleza sólo es santa. Cada cristiano tiene esta doble naturaleza, y nosotros los creyentes tenemos ambas

naturalezas. Dicho de otra manera, al mismo tiempo somos santos y pecadores.

La batalla

El hecho de que los cristianos tenemos esta doble naturaleza explica lo que sucede en nuestro corazón. Lucha constante se da entre nuestra naturaleza pecaminosa y nuestro nuevo ser. ¿Por qué esa guerra? “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre ellos, para que no hagáis lo que quisierais” (Gálatas 5:17). Nuestro viejo Adán, dice: “Está bien pecar. No deberías negarte ese placer.” El nuevo hombre responde: “El pecado es contrario a la santa voluntad de Dios, quien quiere que usted viva según su Palabra.” El uno quiere permitir sus pasiones pecaminosas, y el otro pelea contra ellas. El uno vive para él mismo y el otro para Dios. Esa es la batalla que cada cristiano peleamos cada instante.

Usted se puede haber preguntado: ¿Por qué es tan difícil ser cristiano si Dios me ha traído a la fe y me mantiene en ésta? ¿Por qué todavía tengo que luchar tanto para: tener pensamientos puros, hablar decentemente, y hacer lo que es correcto? Es porque somos cristianos. Si no fuéramos creyentes en Cristo, no habría en absoluto ninguna lucha espiritual. Nuestros corazones y vidas, estarían completamente dominados por el pecado. Pero para seguir a Cristo tenemos que crucificar nuestra carne pecaminosa cada día, porque nuestro viejo Adán no muere sin dar la batalla.

Así cada instante confesamos nuestros pecados, nos arrepentimos de ellos, nos volvemos a Jesucristo como nuestro único y suficiente Salvador. Su gracia es nuestra fuerza para llevar a cabo nuestra lucha con nuestra naturaleza pecaminosa, batalla que sólo terminará el día en que muramos.

En uno de nuestros retiros de jóvenes, el presentador explicó a los jóvenes que ellos tenían esta doble naturaleza. Aunque ellos habían sido hechos nuevas criaturas por Cristo, todavía tenían su viejo Adán con ellos, el cual constantemente trataba de conducirlos a cometer todo tipo de pecado. Les demostró en una forma vívida la batalla que tendrían que librar diariamente. Con un proyector de películas, mostró una escena de una película que representaba una lucha con espadas. Utilizando la camiseta blanca que vestía como una pantalla de proyección, mostró una batalla entre dos espadachines. Y mientras estaban viendo, les recordó de la feroz lucha que necesitan librar contra todo tipo de pecado y tentación.

En el caso de aquellos que hemos sido cristianos durante unos cuantos años, sabemos lo fácil que es para nuestra naturaleza pecaminosa obtener la ventaja. Después de todo, ha sucedido en nuestra vida muy a menudo. Por ejemplo, nos complace recibir crédito y elogio por algún logro, pero es una lucha recibirlo de tal manera que le demos toda la gloria a Dios.

Con toda la perversidad que se muestra en revistas, películas, y televisión, es una lucha vivir de manera digna y pura. Muy fácilmente puede tomar dominio la lujuria pecaminosa del corazón. Ninguna generación ha sido tan bendecida con posesiones materiales como lo somos nosotros hoy, pero las cosas materiales pueden fácilmente convertirse en una distracción. Peor aún, sabemos que el materialismo puede fácilmente tomar control de nuestro corazón y de nuestra vida. Es lucha constante, mantener a Cristo como nuestro apreciado tesoro.

Las dos naturalezas descritas anteriormente también explican la diferencia entre el creyente y el incrédulo. La persona impía sólo tiene la naturaleza pecaminosa la cual

controla completamente sus pensamientos, palabras, y acciones. El incrédulo simplemente no experimenta los conflictos espirituales que tenemos.

Pero nosotros, los que llamamos a Jesús nuestro Señor, somos una nueva creación de Dios. Nuestra fe en Cristo es la fuerza que domina en nuestra vida. Para nosotros, el nuevo hombre domina la situación. Cristo y su Palabra, están encargados de nuestra vida, y así ha sido desde el día de nuestra conversión. Nuestro bautismo ayuda en nuestra lucha para vivir cristianamente día a día.

Al explicar el significado del bautismo para nuestra vida cotidiana, el Doctor Martín Lutero escribió lo siguiente en su Catecismo Menor:

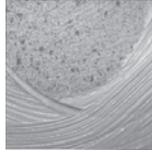
¿Qué significa este bautizar con agua?

Significa que el viejo Adán en nosotros, debe ser ahogado diariamente por el pesar y arrepentimiento, y que todas sus obras y deseos malos deben morir. También significa que cada día debe resucitar una persona nueva para vivir ante Dios en justicia y pureza por siempre.

¿Dónde está escrito esto?

San Pablo dice en Romanos, capítulo 6: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”.

Ahora estamos viviendo esa nueva vida en Cristo porque hemos sido liberados del pecado.



5

La libertad de la muerte

Todos hemos visto la muerte. Aún no la hemos experimentado nosotros mismos, pero sí hemos tenido un ser querido que ha muerto. Para algunos ha dejado un vacío que nunca puede ser llenado completamente. Pero para todos nosotros estar en una funeraria nos hace pausar y contemplar nuestra propia mortalidad.

También debe dirigir nuestra atención a la causa de la muerte. Mucho más importante, la partida de un ser amado debería incitarnos a volver a quien es la fuente de la vida, nuestro Dios. Y la verdad de quién es Dios y lo que él tiene que decirnos acerca de la muerte, nos son revelados en las Sagradas Escrituras.

El comienzo de la vida

Cuando Dios creó el cielo y la tierra, él los hizo de tal manera que la muerte no existiera en ellos. Cuando Dios creó

al hombre, lo creó para vivir no sólo por un número determinado de años, sino para siempre, en perfecta armonía y comunión con su Creador. Nuestro Dios nunca hace algo que no resulte bien. Al contrario, lo que él hace es perfecto en todo el sentido de la palabra. Tenía un gran y glorioso plan, para el mundo y la gente que había creado.

El logro supremo de la creación fue el hombre, hecho a la imagen de Dios, santo y justo. Al momento de ser creado, conoció al Dios verdadero y su santa voluntad. Tal conocimiento fue parte integral de su ser.

Dios dio a Adán y a Eva, el huerto del Edén como su hogar. Les proporcionó todo lo necesario para el cuerpo y la vida, y les dijo: “De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás” (Génesis 2:17). Con este mandato, no les estaba agobiando con una instrucción cruel, sino que les estaba dando una oportunidad especial para mostrar su amor y devoción a él. Dios los invitó a mostrar su amor por él, quien los había hecho y que les había dado todo lo que necesitaban para hacer de la vida una experiencia gozosa.

El origen de la muerte

Pero muy temprano en la historia del mundo, el pecado cambió todo. Sí, todo. “Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:22). Cada desastre natural tiene origen en lo que sucedió en el huerto del Edén. Los que habían sido santos ahora eran pecadores; los que se habían deleitado en su Señor ahora le temían. La imagen santa de Dios en la cual fueron creados se perdió totalmente. La vida se les había ido, ya no iban a seguir viviendo. El día que comieron del fruto prohibido, ellos murieron espiritualmente y comenzaron a morir físicamente.

El pecado ahora corrompería a toda la raza humana. Y el compañero constante del pecado siempre sería la muerte, ya que “el pecado entró al mundo por un hombre y por el pecado la muerte” (Romanos 5:12). Esa es la razón por la que hemos nacido para morir. No existen excepciones, ni siquiera el propio Hijo de Dios, porque murió a pesar de que no merecía morir.

Nosotros sí merecemos morir. Dado que nuestra vida está llena de pecado, nos hemos ganado la muerte. La Biblia claramente enseña: “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

La muerte y el infierno

La muerte no es simplemente dejar de existir. La muerte en sí no nos saca de una vida a otra, que es un poco mejor que la que tenemos ahora. Merecemos el mismo destino que Dios dio a sus ángeles rebeldes. Jesús lo llamó “castigo eterno” (Mateo 25:46) y el “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). En otras palabras, merecemos la muerte que nos lance a la condenación eterna. Originalmente, el infierno fue “preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Fueron los primeros en pecar, y ellos han sido “guardados bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Judas 6).

El infierno se describe en las Escrituras como un lugar de eterno dolor, sufrimiento y tormento, ni siquiera comparable a la más terrible agonía que nosotros tengamos que soportar en esta vida. El condenado será “lanzado en el lago de fuego” (Apocalipsis 20:15). El hombre rico en el infierno se describe en tanto tormento que imploró a Abraham que enviara a Lázaro a mojar la punta del dedo en el agua y refrescar su lengua, porque estaba en tanta angustia en el fuego del infierno (Lucas 16:19-31).

Una niña pequeña se quemó con una gota de grasa; su llanto indicó cuanto le dolió. El agua fría alivió su dolor, y en una hora ella lo había olvidado. Pero no habrá alivio para aquellos que están siendo quemados en el infierno. De hecho, según Dios, el dolor insoportable será su suerte por toda la eternidad. Cristo describe la angustia de una persona en el infierno cuando clamó en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46). Durante esas horas en la cruz, Cristo experimentó la agonía de los condenados. Él estaba completamente separado de la presencia amorosa de su Padre. Este también debería ser nuestro destino. Cristo, sin embargo, sufrió la terrible agonía del infierno en nuestro lugar. Ya no es necesario que tengamos miedo de Dios ni de la angustia de los condenados, la que la muerte de otro modo nos hubiera traído.

Temor a la muerte

Sin embargo, los temores son a menudo parte de nuestra vida. Piense en todas las cosas de las que usted ha tenido temor perder a un ser querido, caer enfermo, perder el empleo, no tener el suficiente dinero para subsistir, por no mencionar muchos otros. Pero Jesús dice que es más válido “ser temeroso de aquel que puede destruir el cuerpo y el alma en el infierno” (Mateo 10:28), que tener miedo de aquellos que amenazan con matarnos, cuando nosotros le confesamos abiertamente. Dios es el único que puede condenar a pecadores. Y si nosotros no somos creyentes en él, debemos tener miedo de él.

Pero, ¿no es el temor algo natural? ¿No todo el mundo tiene miedo de morir? Dado que todavía somos pecadores, el temor sigue siendo parte de nuestra vida. Cuando somos jóvenes, estamos demasiado ocupados viviendo para pensar en morir. Y cuando somos viejos, estamos tentados a poner la muerte fuera de nuestras mentes, hasta que nos enfrentamos a algunas

enfermedades que amenazan la vida. Pero independientemente de nuestra edad, debemos reflexionar regular y seriamente en el final de nuestra vida. Después de todo, en cualquier momento la muerte puede ocurrirnos a cualquiera de nosotros.

Cristo y la muerte

Los pensamientos de nuestra muerte no tienen que ser reflexiones mórbidas sobre: ¿a dónde vamos? y ¿qué va a pasar con los que dejamos atrás? Más bien, cuando consideramos la muerte, deberíamos enfocarnos en aquel que sabe todo acerca de ella y escuchar lo que tiene que decir. Necesitamos recurrir a la Biblia repetidamente y leer lo que Dios nos habla acerca de la muerte y la vida después de la muerte.

Aunque es cierto que “por la transgresión de uno solo reinó la muerte”, también es cierto que “reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia” (Romanos 5:17). Adán trajo la muerte; Cristo trae la vida.

Pero para traernos la vida Jesús tuvo que morir. Su muerte, sin embargo, no fue causada por su propio pecado. Él fue concebido por el Espíritu Santo y nacido de una madre virgen. José no era su padre de carne y hueso. Jesús, por lo tanto, no fue concebido y nacido en pecado como nosotros. Los evangelios cuentan la historia de una persona: que nunca habló una palabra despiadada, que nunca fue culpable de ningún delito, y que podría leer los pensamientos de maldad de otras personas, pero no tuvo sus propios malos pensamientos. Él voluntariamente vivió de la manera que nosotros no podemos, la vida perfecta en todos los aspectos. Además, él voluntariamente llevó nuestros pecados en su cuerpo a la cruz. Y allí sintió la plena furia de la ira de Dios contra todos los pecados y sufrió la agonía del mismo

infierno, cuando fue separado de su Padre. En nuestro lugar Cristo sufrió la muerte de los condenados. Y de acuerdo con el plan de salvación de Dios, lo hizo por su propia voluntad.

¡Qué amor el que tiene el Padre celestial por nosotros! ¡Él dio lo más cercano de su corazón, su único y amado Hijo, a la muerte por nosotros! ¡Qué amor tuvo el Hijo por nosotros que pacientemente y de buena voluntad, llevó la cruz que sólo él podía llevar, y sufrió la muerte que sólo él podía sufrir, pensando sólo en nosotros todo el tiempo! “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:13,14).⁵ No hay mayor amor en el mundo que el que Dios nos ha revelado en Cristo.

Cristo y la vida

¡Él ha resucitado! Estas tres palabras proclaman que Jesús hizo todo lo que su Padre quería que hiciera por nuestra redención. También nos dice que nuestra libertad ha sido asegurada. No sólo nos libera del pecado, sino también de sus consecuencias, es decir, de la muerte eterna y el infierno, a donde la muerte temporal de otra manera nos habría tomado.

La resurrección de Cristo es la piedra angular de nuestra fe cristiana, porque “si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados” (1 Corintios 15:17). No obstante, la doctrina de la resurrección ahora es atacada como nunca antes. Toda clase de teoría surge en una tentativa para desacreditar la resurrección corporal de Cristo que Jesús no estuvo realmente muerto en primer lugar; los discípulos sólo se imaginaron que vieron a Jesús vivo; Jesús experimentó una resurrección espiritual no corporal. Tales errores no son distintos a los de los saduceos del día de Jesús. Esta secta negó la resurrección de los muertos. No nos debe sorprender que los saduceos eran algunos de los más amargos oponentes de Jesús.

Sin la resurrección de Cristo, estaríamos sin esperanza; no tendríamos la esperanza de la vida gloriosa después de la muerte. Pero los escritores de los evangelios inspirados por Dios nos dan claro testimonio de que Jesús verdaderamente resucitó de entre los muertos. Además, el apóstol Pablo escribió a los de Corinto que fueron tentados a negar la resurrección: “Pero ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que murieron es hecho” (1 Corintios 15:20). No podemos vencer la muerte y la tumba, pero Cristo lo ha hecho por nosotros. Él tiene el poder de dar su vida y él tiene el poder para volverla a tomar. Ahora él quiere que recordemos su promesa: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). Jesús nos ha liberado de la muerte y de su terror.

Nuestra libertad de la muerte

Pero, ¿podemos decir que tenemos libertad de la muerte? Si el día del juicio final no precede a nuestra muerte, ¿no vamos a morir? Sí, moriremos. Pero Jesucristo y su obra redentora, confirmada por su resurrección de entre los muertos, nos ha dado la completamente nueva perspectiva de la vida y la muerte. Cuando Jesús se acercó a María y Marta, después de que su hermano Lázaro había muerto, Jesús les aseguró que su hermano resucitaría. Entonces Marta hizo la hermosa confesión acerca de la resurrección que tendrá lugar el último día. Jesús, por supuesto, sabía que habría la resurrección al fin del mundo. Pero él también sabía que estaba a punto de resucitar a Lázaro. Jesús habló las siguientes palabras para consolar a los dolientes de aquel día y también para volver a asegurar nuestra fe, cuando experimentemos la pérdida de un amado ser cristiano. “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25,26).

Note que Jesús dirige nuestra atención a él mismo, el YO SOY. Él no es simplemente uno a quien se le ha dado autoridad para levantar a alguien de entre los muertos. Jesús ya tenía el poder de hacerlo ya que es parte de su propio ser. Él es la vida y la resurrección personificada; es la antítesis de la muerte personificada.

Jesús promete: “El que cree en mí, aunque este muerto vivirá”. El centra nuestra atención en él como Salvador, como el único que dará vida a los muertos. Si el difunto ha muerto creyendo en Jesús y confesó que Jesús fue su única esperanza de salvación, aquel individuo tendrá la vida que nunca tuvo antes, la vida sin pecado y sin pena, sin dolor, y sin temor a la muerte.

Entonces Jesús hace una promesa aún más sorprendente: “Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.” Esto aplica a todos nosotros que leemos estas palabras y creemos en Cristo. ¿Quiere decir que nosotros nunca experimentaremos la muerte así como Elías y Enoc? Claro que no. Al contrario, la muerte nos transferirá de una vida a otra. El escritor del himno afirma que es de esta manera: “Y la tumba que nos encierra nos mostrará la puerta al cielo” (Christian Worship 452:3, traducción libre del inglés). Tenemos futuro brillante por delante.

Además ya es nuestra la vida eterna que Jesús nos promete, y cuando muramos vamos a entrar en el pleno disfrute de ella. A través de Cristo, “sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:54). Cristo: ha roto las cadenas de la tumba, nos ha soltado de la cruel muerte que nos asía, y nos ha dado vida. La resurrección de Cristo y sus promesas nos dan la confianza que nos ha liberado de la muerte.

Nuestra vida eterna

Es cierto, cuando muramos nuestros cuerpos volverán al polvo de la tierra. Pero luego, en la resurrección de los

muertos, en lo que parecerá poco tiempo, nuestras almas serán unidas con nuestros cuerpos. Paradójicamente, será el mismo cuerpo, y a la vez no será el mismo cuerpo. En la eternidad tendremos el mismo cuerpo que tenemos ahora, sólo será transformado para ser como el cuerpo glorioso de Cristo, un cuerpo sin pecado y libre de toda corrupción (Filipenses 3:21). Incluso si hemos sido ciegos toda nuestra vida, cara a cara veremos a Dios en toda su gloria. Y seremos glorificados en nuestros cuerpos como el cuerpo de Cristo es glorificado.

En un momento u otro, todos nosotros nos hemos preguntado: ¿realmente cómo será el cielo? Jesús nos dio un anticipo del cielo cuando él se transfiguró poco antes de su muerte. Su resplandor cegó a sus discípulos. Nosotros seremos reflejos de su gloria; nuestros cuerpos también serán glorificados. “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:4).

También la Biblia nos dice que en el cielo habrá “reposo para el pueblo de Dios, porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas” (Hebreos 4:9,10). No más sudor ni trabajo, nos aguarda sólo el descanso eterno, el descanso perfecto para el cuerpo y el alma. Podemos decir como David: “Me mostrarás [Dios] la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre” (Salmo 16:11). David no está hablando de las alegrías efímeras de esta vida, sino de la alegría duradera en la presencia de nuestro Dios.

Tal alegría nunca será estropeada, pues la visión de Juan nos asegura: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron” (Apocalipsis 21:4). No habrá más muerte, ya sea para nosotros o para nuestros seres queridos que murieron en el Señor. En el cielo vamos a llegar a la

realización plena y perfecta de lo que Jesús dijo, cuando nos aseguró: “Yo soy la resurrección y la vida”.

El fin de esta vida

¿Se ha preguntado usted, cómo será el final de su vida? ¿Se acabará en un instante? Es posible. Es por eso que Jesús nos ha dicho que siempre debemos estar preparados para nuestra última hora. ¿Tendremos que sufrir muerte lenta y dolorosa, pensando que podría llegar en cualquier momento, o aun implorando que el Señor nos tome? En su sabiduría y amor, él puede retardar ese día, enseñándonos paciencia y aumentando nuestro anhelo de estar con él en el hogar celestial, que Cristo ha preparado para nosotros por su obra redentora.

La Biblia nos dice cuán valientemente algunos de los santos de Dios murieron. Juan el Bautista fue decapitado a causa de su fiel testimonio en contra de los pecados de Herodes y porque Herodes rehusó renunciar a su pecaminoso juramento (Mateo 14:1-12). Esteban fue apedreado hasta la muerte porque él resueltamente proclamó la muerte y resurrección de Cristo. Pero antes de morir, oró que Dios perdonara a sus enemigos, y le encomendó su espíritu a Jesús (Hechos 7:54-60).

¿Tan valientes seremos nosotros? Esta es realmente la pregunta equivocada. ¿Estaremos confiados en Jesucristo como nuestro Salvador en nuestro último respiro? es una mejor pregunta. Los santos de cualquier época confesarán su propia debilidad y la fidelidad de Dios. El profesor de seminario, Siegbert Becker, fue un teólogo sobresaliente que tuvo el regalo de Lutero de poner la doctrina profunda en términos que los laicos podrían comprender fácilmente. Cuando se enteró de que tenía cáncer terminal y no había mucho tiempo para vivir, el confesó: “No tengo miedo de la muerte, pero tengo miedo de morir”. Cuando iba a morir, sabía que habría paz y gozo eterno con el Señor, pero

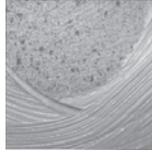
reconoció que todavía era pecador que tenía algunos temores que no le dejarían por completo hasta que el Señor lo llamara a su hogar celestial.

¿Cuál debería ser nuestra actitud a medida que envejecemos y estamos más enfermizos? ¿Querremos aferrarnos a la vida tanto como podamos? Eso es ciertamente un sentimiento muy natural. De hecho, si alguien nos preguntara hoy si nos gustaría seguir viviendo, quizás tendríamos dificultad en responder. Podríamos incluso tener miedo de dar una respuesta no apropiada para un cristiano. Sin embargo, el apóstol Pablo expresa la forma correcta de ver las cosas para el cristiano cuando escribe: “Para mí el vivir es Cristo y el morir, ganancia” (Filipenses 1:21).

Jesucristo es el centro de la vida de todo cristiano. Él es el único quien tiene palabras de vida eterna; el único quien es la vida misma. Sea cual sea la situación en que nos encontremos, deseamos nada más que glorificar al que nos ha salvado, es decir, vivir para Cristo y no para nosotros mismos.

Mientras nuestros seres queridos sentirán pérdida cuando nosotros muramos, habremos ganado la vida que está más allá de nuestras humanas comprensión y experiencia. Podemos sentir que ahora tenemos buena vida. Cada día agradecemos a Dios por todas las bendiciones espirituales y temporales que él ha derramado sobre nosotros. Y, sin embargo, sabemos que hay la vida mucho mejor que nos espera; y cuando muramos, la habremos ganado, porque “estar con Cristo... es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23).

A la lista de libertades que tenemos a través de Cristo, tenemos que añadir la libertad de la muerte. Tener tal libertad es tener la vida verdadera.



6

La libertad de Satanás

Satanás no fue siempre malo. Pero él sí ha existido casi desde el comienzo del mundo. Para encontrar el origen de Satanás, debemos volver a la creación del mundo.

La creación de los ángeles

En el primer capítulo de Génesis, Dios nos ha dado un registro de todas las cosas que en el mundo comenzaron su existencia. Mientras la Biblia nos dice que hay ángeles, no nos dice cuándo comenzó su existencia. Sabemos, sin embargo, que Dios creó todas las cosas en el cielo y en la tierra, en seis días normales. También sabemos que los ángeles no son pequeños dioses que son eternos, sino que son criaturas de Dios. “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y que hay en la tierra, visibles, e invisibles...

todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:16). Los ángeles están en el cielo y son invisibles.

Por las Escrituras nosotros sabemos otras cosas acerca de los ángeles. La palabra *ángel* significa mensajero, y así es como Dios a veces los utilizó. Dos ángeles, por ejemplo, vinieron a Lot y su familia para advertirles acerca de la destrucción de Sodoma y Gomorra (Génesis 19). Fueron ángeles que anunciaron el nacimiento de Cristo a los pastores (Lucas 2), y que estaban en la tumba vacía para proclamar: “Él ha resucitado” (Mateo 28; Lucas 24).

Las características de los ángeles

Aunque a veces Dios les da forma humana, los ángeles son espíritus, es decir, que no tienen cuerpo. Hablando acerca de los ángeles, el escritor a los Hebreos preguntó: “¿No son todos espíritus ministradores...? (Hebreos 1:14). Ellos tienen personalidades distintas y una gran cantidad de intelecto. Además, ellos sirven voluntariamente a su Creador y son llamados “poderosos en fortaleza, que [ejecutan] su palabra obedeciendo a la voz de su precepto” (Salmo 103:20). Aunque Dios los dotó con gran poder, ellos son limitados en su poder y no son omnipresentes como Dios. Además, su número fue fijado en su creación, ya que, como explicó Jesús, Dios no los había creado para casarse y procrear (Mateo 22:30). También todos ellos fueron creados santos.

El origen de Satanás

Hay ciertas cosas que no sabemos acerca de los ángeles. Por ejemplo, no sabemos exactamente cuándo fueron creados, pero sabemos que debe haber sido en uno de los seis días de aquella primera semana de la creación. Tampoco sabemos cuántos fueron creados, pero debe haber sido un gran número ya que la Biblia se refiere a ellos como huestes. Satanás y los demonios vienen de ese grupo de ángeles.

Dios creó todos los ángeles con libre albedrío, es decir, que eran capaces de obedecer o desobedecer a Dios. Algunos de los ángeles, junto con Satanás como su líder, optaron por desobedecer. No sabemos cuál fue su pecado original. Sólo sabemos que por su propia voluntad ellos “no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propio hogar” (Judas 6).

Aunque los ángeles caídos ciertamente perdieron su santidad, no perdieron muchas de las otras características que tenían como ángeles. Aún son espíritus con poderes extraordinarios.

El destino de Satanás

Dios no dio a estos malvados otra oportunidad, sino que reservó juicio e hizo para ellos un lugar llamado el infierno. “Y a estos [los demonios] los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Judas 6). Esto difícilmente puede significar que Dios los encadenó de tal forma que ya no poseen ningún poder, ya que la Biblia describe a Satanás como un león rugiente que anda en nuestro derredor buscando a quien devorar (1 Pedro 5:8).

Desde el momento en que Satanás y sus cohortes se rebelaron contra Dios, ellos han tenido un solo objetivo: llevar a toda la humanidad al mismo destino que los aguarda. Cuando Satanás apareció a Eva, no fue como un mensajero enviado por Dios, sino como el padre de la mentira y un asesino. Él tentó a Eva a desear el fruto que Dios le había prohibido comer, y como consecuencia entraron al mundo el pecado y la muerte. Además, él atacó la Semilla de la mujer quien Dios había prometido aplastaría la cabeza de la serpiente, para destruir el poder de Satanás y su control sobre la raza humana. El diablo tentó a Cristo en el desierto al comienzo de su ministerio, y al final de su misión terrenal, dirigió todas sus fuerzas del mal para tratar de destruirlo. Satanás siempre ha tenido un solo propósito: separar a las

personas del Dios vivo y verdadero. Sí, “el diablo peca desde el principio” (1 Juan 3:8) y desea que todos nosotros hagamos lo mismo.

Los aliados de Satanás

Satanás tiene dos grandes aliados que lo ayudan a llevar a cabo sus malas acciones: el mundo impío y nuestra naturaleza pecaminosa.

Hemos mencionado que hay más de un ángel malo. Varias veces la Biblia habla de los demonios como huestes, y dice que están por todo el mundo haciendo la voluntad de Satanás.

La mayor parte del mundo está bajo su control. Los incrédulos sirven solamente a un maestro, Satanás, aunque la mayor parte de ellos vehementemente lo niegue. Pablo recordó a los efesios que antes de su conversión al cristianismo ellos seguían “la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2). “El príncipe de la potestad... el espíritu” es Satanás, y él tiene bajo su control a todos los que son desobedientes. Eso no se refiere solamente a aquellos que visiblemente viven malvadamente, sino que el diablo trabaja en el corazón y dirige la vida de todos aquellos no creyentes en Cristo. Ellos hacen la voluntad de Satanás. Él forma una alianza con los incrédulos, para oponerse a los cristianos y dirigirlos al pecado e incredulidad. Observe cómo nosotros y nuestros niños somos confrontados constantemente con las tentaciones, los placeres, el razonamiento falso de la sabiduría mundana. De ahí la advertencia: “No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15).

Además del mundo impío, tenemos nuestro propio ser que es enemigo de Dios y amigo de Satanás. Se llama el viejo Adán o nuestra carne pecaminosa. Nuestra naturaleza

pecaminosa es nuestro compañero constante. Jesús estaba describiendo nuestro corazón pecaminoso cuando dijo: “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, el orgullo y la insensatez” (Marcos 7:21,22). El pecado ha corrompido tanto nuestro corazón que cada malvado tipo de pensamiento, palabra, y hecho, puede provenir de éste. ¿A veces se pregunta por qué peca usted? La tentación viene a nosotros no sólo desde fuera, de Satanás y del mundo pecaminoso, sino también desde dentro, desde nuestro ser interior, que no ha desechado completamente su naturaleza pecaminosa. Pablo tuvo que confesar que a pesar de su vocación de ser un cristiano y apóstol de Cristo, su carne pecaminosa aún vivía en él. “Y yo sé que en mí, esto es en mi carne, no habita el bien” (Romanos 7:18).

Esclavos de Satanás

Por naturaleza no somos hijos de Dios que le servimos a él, sino que somos esclavos de Satanás. “El que practica el pecado es del diablo, porque el diablo peca desde el principio” (1 Juan 3:8). El apóstol no está describiendo solamente a los incrédulos, sino también el estado natural de cada persona nacida en este mundo. Por naturaleza hemos nacido en pecado, vivimos en pecado, y somos sirvientes de Satanás.

Cuando los judíos se jactaron de que Abraham era su padre y que ellos nunca habían sido esclavos de nadie, Jesús les dijo: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla, pues es mentiroso y padre de mentira” (Juan 8:44). Jesús no sólo describe al diablo y sus caminos, sino también nos enseña que

los que no son creyentes en Cristo no tienen a Dios como su Padre. De hecho, su padre es el mismo Satanás, cuya palabra sólo escuchan y obedecen. Jesús está describiendo al mundo incrédulo, y nos está diciendo acerca de nuestra triste condición si no somos creyentes en él.

El vencedor de Satanás

Nosotros no tenemos la capacidad de desafiar y vencer a Satanás. Él nos ganará todas las veces, porque cuando nacimos en el mundo, no solamente teníamos un padre físico, sino también un padre espiritual, Satanás. No hemos escapado de sus garras por nuestros propios esfuerzos. Nuestro Dios misericordioso sabía que no podíamos escapar del poder de Satanás. Desde el principio él conocía nuestra condición desesperada e impotente. Esa es la razón por la que prometió enviar al Salvador que aplastaría la cabeza de la serpiente. “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8).

El Hijo de Dios nació en este mundo sin pecado, y fue verdadero ser humano con todas nuestras características. Él experimentó hambre y sed, sintió dolor y el odio de sus enemigos. Tuvo emociones como nosotros, y sintió los ataques de Satanás, especialmente cuando fue tentado en el desierto y durante su pasión. Pero a diferencia del primer Adán, Jesús nunca pecó. Él llevó vivió perfectamente como jamás se haya vivido en la tierra, y lo hizo porque nosotros no hemos guardado ningún mandamiento de Dios, y porque fue enviado a este mundo para salvarnos. Inocentemente Jesús sufrió y murió. Él fue no sólo inocente de los pecados de los cuales los judíos le acusaban, sino que era inocente de todo pecado. A lo largo de su vida terrenal al no pecar, estaba combatiendo y venciendo a Satanás. Él por nosotros vivió y murió. “Él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto

es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre (Hebreos 2:14,15).

Jesucristo vino para librarnos del dominio que Satanás tenía sobre nosotros. Él como ser humano hizo la voluntad de su Padre, nació, vivió, y fue tentado, con lo cual él destruyó el poder de Satanás.

La victoria de Cristo, es nuestra

Aunque Cristo ha ganado la libertad del poder de Satanás para toda la raza humana, no todas las personas están libres de su control. La victoria de Cristo sobre Satanás llega a ser nuestra sólo a través de la fe en él. En el momento en que fuimos hechos creyentes en Cristo, Satanás no tuvo más autoridad sobre nosotros; ya no puede controlar completamente nuestra vida. “El que crea y sea bautizado, será salvo” (Marcos 16:16) no es sólo una promesa para el futuro. Somos liberados del control completo de Satanás sobre nosotros tan pronto que somos llevados a la fe en Cristo como nuestro único y suficiente Salvador.

Los ataques de Satanás

Pero esto no significa que Satanás y sus demonios no nos busquen. Al contrario, nuestro “adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8). Él está trabajando día y noche para ponernos en su abominable reino.

El objetivo primario de Satanás es destruir nuestra confianza en el Dios verdadero y vivo. Él sabe que es la gracia de Dios y el poder de su Palabra lo que nos trajo a la fe. Además, sabe que es sólo el evangelio lo que nos mantiene en la verdadera fe y que la fe en Dios viene por oír su Palabra. Separe a un cristiano de la Palabra de verdad y usted lo ha separado de su Dios y lo ha traído al reino de Satanás. Y así él

nos tienta a razonar: “No es importante que yo asista a la iglesia cada vez que hay un servicio. Tengo que hacer algunas cosas importantes. Necesito descansar y relajarme. Puedo decir unas oraciones y esto será lo suficiente.” Una vez que empezamos a faltar los servicios en la iglesia, el diablo va a trabajar horas extras para mantenernos alejados de la Palabra de Dios. Y una vez que comience el retroceso, estamos en camino a la incredulidad y el infierno. No hay ninguna buena forma de describir lo que puede ocurrir tan fácilmente a cualquiera de nosotros.

Satanás conoce nuestros puntos débiles, que podrían incluir el materialismo. Podemos tener: buenos empleos, los mejores alimentos, cómodas casas, automóviles lujosos, y casi cualquier cosa que el trabajo y algunos ahorros nos puedan traer. Nosotros podemos tomar por sentado todas estas cosas y aun ser tentados a imaginar que las merecemos. Más y más fácilmente podemos olvidar que cada regalo bueno y perfecto viene de nuestro Dios misericordioso y que él es capaz de darnos todas estas cosas hoy y quitárnoslas mañana. Si fuésemos empobrecidos mañana, ¿estamos preparados para decir con Job: “Jehová dio y Jehová quitó: ¡Bendito sea el nombre de Jehová!” (Job 1:21)?

Vale la pena considerar La historia de Job mientras aprendemos acerca de Satanás y sus diabólicas estrategias. Job fue uno de los hombres más ricos de su época, pero él fue un hombre que no vivió para su riqueza. El Señor era su máspreciado tesoro. Un día el Señor confrontó a Satanás: “¿No te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado de mal?” (Job 1:8). Job fue justo a los ojos de Dios a través de la fe en el Redentor prometido. Se puede parafrasear la respuesta de Satanás a Dios de la siguiente manera: “Claro que Job cree en ti y te ama ya que le has dado todas las cosas. Quítaselas y él te maldecirá.” Entonces el Señor permitió a Satanás quitarle

todo lo que Job tenía, aun sus hijos, todo lo que él tenía excepto su vida. ¿Y cuál fue la respuesta de Job? Alabó a Dios. ¿Cuál sería nuestra respuesta si un desastre similar nos golpeará? Por gracia, nuestra respuesta probaría que nuestra fe, dada por Dios, verdaderamente ha vencido al mundo y a su príncipe, Satanás.

Otra debilidad puede ser un fuerte deseo sexual. Originalmente todo deseo sexual era sagrado. Nuestros primeros padres eran tan inocentes que anduvieron desnudos sin ninguna vergüenza. Pero el pecado que trajeron al mundo corrompió con deseos pecaminosos sus corazones y los nuestros. Y aunque hemos recibido el perdón de esos pecados en Jesús, la lujuria puede aun fácilmente atormentarnos. Hoy tenemos imágenes en: revistas, la televisión, y las películas que son enviadas por Satanás para despertar la lujuria en nuestro corazón. La forma en que alguien se viste nos puede incitar, o puede ser la manera cómo otro nos mira. Todos éstos son los instrumentos de Satanás para dirigirnos al pecado y mantenernos allí.

El odio también puede aventajarnos fácilmente. Las personalidades de algunos quizás nos molestan. Otros pueden tratarnos “como basura” y de muchas maneras mostrarnos que no nos quieren. Pueden hacernos mal, de modo que seamos tentados a decir en nuestro corazón (con el mismo Satanás susurrando en nuestro oído): “Nunca les perdonaré por lo que me han hecho.” En el Padrenuestro nosotros pedimos que Dios perdone nuestros pecados a causa de lo que Cristo ha hecho por nosotros, y somos movidos por tal amor que fluye diariamente de nuestro Dios para perdonar a los que pecan contra nosotros. Jesús nos recuerda que el perdón de Dios no tiene fin, tampoco se debe colocar un límite al número de veces que nosotros perdonaremos a otros sus pecados en contra de nosotros (Mateo 18:21-35).

Satanás también quiere llevarnos a falsas creencias. Él desea que hagamos lo mismo que él convenció a Eva a hacer, es decir, dudar de la palabra de Dios. Él plantea la misma pregunta que le hizo a Eva en el huerto: “¿Conque Dios os ha dicho?” (Es decir: “¿Realmente Dios le ha dicho?”). Cuando usted escucha un maestro y predicador fiel de la palabra de Dios, Satanás quiere que usted desafie cada verdad que oye, especialmente aquellas que están más allá de su razón. ¿Es Dios realmente trino? ¿Realmente sin ninguna buena obra de mi parte soy yo salvo? ¿Quiere Dios que el hombre sea la cabeza de la mujer? ¿Cree usted realmente que todas las religiones no adoran al mismo Dios? ¿No es cierto que haya muchos caminos al cielo? ¿Es realmente posible sólo adorar a Dios y ser salvados a través de Jesucristo? Satanás sabe que sólo necesita una semilla de duda para sembrar la incredulidad.

Satanás nos atacará dónde él sabe que somos más vulnerables. Y él es implacable en sus tentaciones. Ellas vienen cada momento de nuestra vida, y no terminarán hasta que muramos. Sólo hasta entonces seremos libres de sus feroces ataques.

Nuestra defensa

Pero mientras tanto ¿qué podemos hacer nosotros? ¿Cómo podemos evitar las mortíferas flechas de la tentación que el diablo nos está disparando? ¿Qué clase de defensa tenemos?

Jesús nos mostró el camino. Jesús cuando al comienzo de su ministerio en el desierto fue tentado por Satanás, él empleó el arma que ha colocado en las manos de cada uno de sus seguidores: la palabra de Dios. Tres veces lo atacó el diablo, y cada vez Jesús lo derrotó con las palabras: “Escrito está”. Jesús se estaba refiriendo a lo que había sido escrito en las Escrituras del Antiguo Testamento. Con la Palabra de verdad él venció el engaño y la mentira de Satanás. El padre de la

mentira no puede hacer frente a la verdad, pues ella lo vence cada vez.

El apóstol Pablo nos dirige a las armas de nuestra guerra, cuando escribe en Efesios 6:10-18:

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en su fuerza poderosa. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo, porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad, en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad, vestidos con la coraza de justicia y calzados los pies con el celo por anunciar el evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar los dardos de fuego del maligno. Tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Orad en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velad en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.

La imagen es la de un antiguo guerrero. Sin embargo, nuestra batalla no es física sino espiritual. En cualquier batalla, las armas adecuadas son necesarias para asegurar la victoria. Utilizamos toda la armadura que Dios ha puesto a nuestra disposición, de modo que podamos “permanecer firmes contra las acechanzas del diablo”. Note la lista: “El cinturón de la verdad” Cristo y su Palabra son la verdad; “la coraza de justicia” la justicia de Cristo, la justicia que es completamente aceptable para Dios y se ha convertido en la nuestra; “el evangelio de la paz” la paz de Dios es nuestra porque él ha perdonado libremente nuestros pecados por el amor de Jesús; “el escudo de la fe” nuestra confianza en Dios y sus promesas nos protegen de las mortíferas flechas del pecado y del error; “el yelmo de la salvación” esta

protección es nuestra como hijos amados de Dios y herederos del cielo; “la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” esta arma ofensiva nos permite: ser “fuertes en el Señor”, “permanecer firmes” y rechazar los ataques de Satanás.

Tenga por seguro que hay una palabra de nuestro Dios en las Sagradas Escrituras para cada una de las tentaciones de Satanás. Cuando somos tentados a dar demasiada importancia a nuestros bienes materiales, la advertencia viene siendo: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Cuando somos tentados a dudar del amor de Dios para nosotros, la Palabra viene a fortalecernos con la verdad de que “ninguna... cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 8:39). Cuando somos tentados a cometer algún pecado sexual, las palabras de José a la esposa de Potifar vienen a la mente: “¿Cómo, pues, haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?” (Génesis 39:9). Cuando somos tentados a guardar rencor, se nos recuerda de todo lo que Jesús ha hecho por nosotros al lavarnos de nuestros pecados. El amor redentor de Cristo se encuentra a través de toda la Biblia.

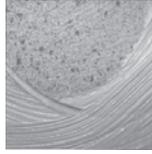
Algunos se han preguntado: ¿por qué nosotros, en nuestra predicación y enseñanza, hacemos tanto énfasis en la Biblia? y ¿por qué nosotros animamos nuestros hijos a memorizar pasajes pertinentes de la Biblia y a convertirse en estudiantes de la Biblia para toda su vida? La respuesta es simple: lo hacemos para mantenernos en la verdadera fe, porque la Palabra que uno puede recordar al instante será nuestra defensa cuando de repente nos encontramos cara a cara con una de las tentaciones de Satanás.

Cuando yo fui confirmado, mis padres me dieron una Biblia encuadernada en cuero. Mi padre prometió: “Cuando la gastes, te compraré otra”. Él sabía que me mantendría en la fe.

Y sabía, mucho mejor que yo, las tentaciones que tendría que enfrentar. Quiso que yo tuviera la palabra de Dios en mi corazón y la espada del Espíritu siempre a mano.

La siguiente palabra de ánimo es para todos nosotros: “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7). Cristo ha garantizado nuestra libertad de Satanás por su obra redentora. A través de la fe en él no vamos a perder esa libertad. Lutero lo expresó de la siguiente manera en su himno “Castillo fuerte es nuestro Dios”:

Aun si están demonios mil,
Prontos a devorarnos,
No temeremos, porque Dios
Sabrá aún prosperarnos.
Que muestre su vigor
Satán, y su furor
Dañarnos no podrá,
Pues condenado es ya
Por la Palabra santa. (CC 129:3)



7

La libertad para el servicio

El servicio es importante. Pregunte a cualquier empresario exitoso. Nuestras propias experiencias con una variedad de negocios nos dicen lo mismo. Quizás podemos obtener un buen precio, pero si el servicio es malo, lo pensaremos dos veces antes de regresar a esa tienda. Un buen servicio vale mucho para nosotros. Yo recuerdo cuando mi sillón favorito se rompió, la parte mecánica de ella aún estaba en garantía, de modo que llame a la tienda donde la había comprado y la persona con quien hablé dijo que su tienda lo solucionaría de forma gratuita. Sin embargo, le recordé que la compañía que fabricó la silla tenía garantía sobre la misma. Él contestó: “Nuestra tienda tiene una mejor garantía que cualquier fabricante. Estaremos encantados de solucionarlo por usted.” Ese es el tipo de tienda con el que me gusta hacer negocios; eso es servicio.

Llamados a servir

Jesús vino a servir. En una ocasión, él dijo a sus discípulos: “Estoy entre vosotros como el que sirve” (Lucas 22:27). Él sirvió: cuando obedeció a sus padres, cuando fue de ciudad en ciudad proclamando su evangelio de salvación, cuando suministró alimentos a las personas que tenían hambre, y cuando dio vista a los ciegos y oído a los sordos. Pero aún más importante, él sirvió a toda la raza humana cuando puso su vida para quitar la culpa de todos los pecados. Hoy Jesús nos está sirviendo al presentar nuestro caso delante del trono de nuestro Padre celestial, pidiendo a Dios perdonar nuestros pecados. Él nos está sirviendo al estar con nosotros en todo momento, tal como lo prometió.

Nosotros también estamos llamados a servir. El salmista nos alienta: “Servid a Jehová con temor” (Salmo 2:11). Él no está hablando de la clase de servicio que proviene del temor al castigo. Por el contrario, este temor acompaña la fe, y esa clase de temor tiene un alto respeto de Dios y de su Palabra. Aunque somos salvados solamente por fe, la fe en Cristo nunca está sola, sino que es siempre acompañada por el servicio amoroso.

Ansiosos de servir

Si hemos sido llamados a servir, ¿por qué no siempre ansiamos servir a nuestro Señor? Es porque a menudo nos estorba nuestra naturaleza perezosa y pecaminosa. Esa es la razón por la cual el esposo no siempre sirve a su esposa, de la manera como él debe, ni los hijos a sus padres, ni los empleados a su empleador.

En uno de sus sermones de navidad, Lutero dijo: “Hay muchos de ustedes en esta congregación que piensan: ‘¡Si sólo yo hubiera estado allí [en Belén cuando nació Jesús]! ¡Cuán rápido habría sido yo para atender al bebé! Yo habría lavado su ropa. ¡Lo feliz que habría estado, si hubiera podido

ir con los pastores para ver al Señor acostado en el pesebre!’ Sí, es cierto. Usted habría hecho esto porque sabe cuán grande es Cristo. Pero si usted hubiera estado allí en aquel momento, usted no habría hecho mucho mejor que las personas de Belén... ¿Por qué no lo hace usted ahora? Usted tiene a Cristo en su prójimo. Debería servirle a él, porque lo que usted hace por su prójimo que está en necesidad, lo hace por el mismo Señor Cristo.”⁶

Todos necesitamos escuchar dicha amonestación y ánimo. En esos momentos es necesario recordar especialmente la gracia de Dios en Cristo. El amor de Cristo por nosotros nos hace ansiosos de servirle a él y a nuestro prójimo, y Dios quiere que nuestro servicio sea voluntario.

Jesús anima a todos sus seguidores al servicio al invitarlos a tomar su cruz y seguirle. Él nos ha advertido que vamos a tener que sufrir el desprecio y el odio de este mundo a causa de nuestra confesión de fe en él. Pero él también nos ruega: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mateo 11:28-30). Jesús no quiere que luchemos bajo la carga de la ley y el pecado. En cuanto a nuestra salvación, Cristo ha eliminado las exigencias y maldiciones de la ley, y ha dado descanso a nuestras almas, perdonando nuestro pasado pecaminoso. Él desea que sepamos y sintamos que nuestro servicio para él es “fácil” y no una pesada carga.

Reglas humanas para el servicio

¿De qué clase de servicio estamos hablando? Nosotros quizás seamos tentados a esperar alguna instrucción de la iglesia y hacerlo simplemente porque la iglesia dice que es la forma correcta de hacerlo. Pero si los dirigentes de la iglesia no están completamente comprometidos con la palabra de

Dios, podemos ser desviados fácilmente a hacer el servicio que no complace a Dios.

Por ejemplo, hoy en día tiene mucha atracción el movimiento ecuménico, es decir, que algunos líderes eclesiásticos no toman en serio las diferencias doctrinales y promueven una especie de unidad con todo aquel que se llama a él mismo cristiano. Ellos dirían que no hay servicio más grande que podríamos hacer para Dios que unirnos con otros cristianos. Y podríamos fácilmente razonar que no importa con quiénes adoramos, pues todos nosotros honramos al mismo Dios. En otras palabras, nos podría parecer correcto tomar parte en un compañerismo que tolera la enseñanza falsa. Pero este no es el tipo de actividad al que Dios nos anima cuando nos advierte que tengamos cuidado con los falsos profetas y evitemos a aquellos que causan divisiones en la iglesia por los errores que enseñan (Mateo 7:15; Romanos 16:17). Este es un servicio humano y no dirigido por Dios.

Inventar su propio servicio puede llevar fácilmente al fariseísmo. Los fariseos de la época de Jesús son buenos ejemplos de lo que puede pasar a aquellos que no prestan atención a la advertencia de Dios: “No añadiréis a la palabra que yo os mando” (Deuteronomio 4:2). Ellos quisieron estar en un nivel un poco más alto que el judío común y corriente. Así que trataron de hacer más de lo que Dios había mandado en su ley. Con el tiempo sus tradiciones y normas orales se colocaron a la par con la ley de Dios. Aun peor, con el tiempo llegaron a considerar que sus tradiciones eran más importantes que los mandamientos de Dios. Jesús condenó esa forma de pensar cuando les dijo: “Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición” (Mateo 15:6).

Con el paso de los años, la iglesia católica romana ha hecho lo mismo. Sostiene que los edictos de los concilios de su iglesia y del papa, son tan válidos como cualquier cosa escrita

en la Biblia.⁷ Por ejemplo, han puesto sus propias reglas con respecto al matrimonio, el divorcio, y la anulación.

Los mormones también han establecido un complicado conjunto de reglas para aquellos que se unen a la iglesia mormona. Por ejemplo, han calificado como pecado la bebida de té, café, y bebidas alcohólicas.⁸

Podríamos citar muchas otras falsas iglesias que componen sus propias normas y reglamentos que sus miembros tienen que seguir, como si esas normas fueran el mandamiento y la voluntad de Dios. En cada caso, la falsa iglesia coloca a sus miembros bajo leyes humanas. Sus seguidores son llevados a creer que obedeciendo las reglas de la iglesia, estarán bien con Dios. Jesús condena tales iglesias diciendo que enseñan “como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mateo 15:9). Cristo nos ha librado de todas esas normas humanas, como el apóstol Pablo nos muestra: “Si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué como si vivierais en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: ‘No uses’, ‘No comas’, ‘No toques’? Todos estos preceptos son solo mandamientos y doctrinas de hombres, los cuales se destruyen con el uso” (Colosenses 2:20-22).

Pautas de Dios para el servicio

Entonces no es de extrañar, que muchos son fácilmente confundidos acerca de qué tipo de servicio es agradable a Dios. Aunque Dios no explica todo lo que tenemos que hacer en nuestra vida cristiana, ciertamente nos ha dado algunas pautas importantes. Llamamos el resumen de estas pautas, los Diez Mandamientos. De ellos se aprende qué tipo de servicio es agradable a Dios. A continuación algunos ejemplos.

Sabemos lo felices que estamos cuando nuestros hijos nos respetan a nosotros y a todos aquellos a quienes Dios ha puesto sobre ellos. Esta actitud y obediencia es agradable a

Dios. Los niños realizan un importante servicio para Dios cuando viven de acuerdo con el Cuarto Mandamiento.

Como Jesús nos recuerda, los pobres están siempre con nosotros (Marcos 14:7). Estamos al servicio de ellos y de nuestro Dios, cada vez que estamos dispuestos a aliviar sus necesidades físicas. Esta es una parte vital de obedecer el Quinto Mandamiento.

Nosotros no sólo nos reunimos en los servicios de nuestra iglesia para escuchar la palabra de Dios y cantar sus alabanzas, sino también para glorificar su nombre al dar testimonio a otros acerca de Jesús. Los Segundo y Tercero Mandamientos nos guían en este servicio. Cuanto más se leen los Diez Mandamientos de la Biblia junto con las explicaciones de Lutero en el catecismo, uno más se da cuenta de lo mucho que éstos son capaces de guiarnos en nuestra vida diaria. En su Palabra, Dios nos ha declarado libres, de modo que podamos vivir para él y para nuestro prójimo. Y en ésa misma Palabra, él nos da las pautas para poder vivir piadosamente.

Necesitamos estas normas que Dios nos ha dado en los Diez Mandamientos. A pesar de que ha escrito su ley en nuestro corazón, no siempre podemos distinguir el bien del mal, porque tenemos la naturaleza pecaminosa. Como resultado, algo que pensamos que estaría bien, realmente está mal. E incluso algunas cosas que nosotros consideraríamos mal, realmente no son contrarias a la voluntad de Dios.

A un pastor que había vuelto al ministerio parroquial después de muchos años de enseñar en una universidad sinódica le preguntaron: ¿qué encontró diferente en el ministerio en una congregación de hoy? Sin vacilar él respondió: “Los jóvenes que cohabitan fuera del matrimonio”. Dado que se ha convertido en una práctica tan común en el mundo, e incluso se considera simplemente otro estilo de vida, estos jóvenes cristianos no creyeron que fuera un pecado

contra el Sexto Mandamiento. Habían olvidado, o mejor dicho, no querían recordar lo que habían aprendido de la Biblia acerca de llevar una vida “casta y decente en palabras y obras”. Ellos estaban en gran peligro porque estaban abandonando las cristianas fe y vida.

Es demasiado fácil tomar decisiones morales basándonos en la razón humana, en vez de preguntarnos: “¿Qué dice la palabra de Dios?” Por ejemplo, muchas comunidades en los Estados Unidos tienen ciertas regulaciones, especialmente si se planea construir. Los códigos de construcción existen para nuestro bien, pero en ciertos casos pueden parecer poco razonables. Algunos de ellos podrían ser fácilmente ignorados, y nadie sabría la diferencia. No respetar los códigos puede parecer una infracción menor, pero es una violación de las leyes del hombre y de Dios, quien nos ha instruido a someternos “a las autoridades superiores” (Romanos 13:1).

La decadencia moral del mundo nos rodea. A los impíos y a los incrédulos, no les importan lo que la Biblia dice. El mundo tiene la intención de hacer lo que le plazca. Y el estilo pecaminoso de la gente del mundo puede fácilmente comenzar a influir a nosotros. Lo que escuchamos a otras personas decir tiende a embotar nuestras conciencias. Por ejemplo, existe tanta blasfemia en nuestro alrededor, que difícilmente nos molesta que tales palabras sean un pecado en contra del Segundo Mandamiento. Lo que en un tiempo parecía ser vergonzoso ya no nos molesta. Por esa razón necesitamos la ley de Dios, como un espejo para nuestros pecados y como guía para nuestra vida. Sólo entonces nuestra vida de servicio será agradable a Dios quien nos ha liberado.

Servicio en la iglesia

¿Qué tipo de servicio podemos realizar para nuestro misericordioso Señor? Nuestra fe en Cristo nos ha impulsado

a buscar a otras personas que compartan nuestra fe. Nos unimos a una congregación para adorar y servir a Dios. En la iglesia tenemos pastores, maestros, y misioneros, que se han dedicado tiempo completo a servir al Señor. Pero la iglesia se compone de muchos miembros, todos contribuyendo para el bienestar del reino de Dios. La congregación elige una diversidad de personas para asumir ciertas responsabilidades, o sea, deberes que le permite a la iglesia funcionar eficientemente. Si usted elaborara una lista de cada persona que sirve en alguna actividad en la iglesia, se sorprendería de cuántos miembros se encuentran voluntariamente dedicando horas de servicio al Señor.

Por ejemplo, la mesa directiva de la iglesia está compuesta por lo general de algunos de los hombres más dedicados de la congregación. Pasan muchas horas de su tiempo en reuniones y tareas asignadas. El tesorero probablemente dedica más tiempo que muchos, pero su trabajo pasa inadvertido por la mayoría de los miembros. Pero él ejecuta un valioso servicio a la congregación, pagando las cuentas y presentando los informes de la situación financiera a la congregación.

Otro ejemplo, los maestros de la escuela dominical, desempeñan un importante ministerio en la congregación. Domingo tras domingo, instruyen a los corderos de Cristo en las verdades salvadoras de su Palabra. Pasan muchas horas preparando sus clases y asistiendo reuniones, de modo que puedan alimentar las almas confiadas a su cuidado.

Además, los grupos de damas pueden estar dedicados a alguna de las necesidades físicas de la iglesia. Una vez más, la mayoría de nosotros no somos conscientes de todo lo que están haciendo y damos sus servicios por sentado. Ellas a menudo son tan dedicadas como las mujeres que se apresuraron a la tumba de Jesús en la mañana de Pascua para cuidar el cuerpo de su Señor.

Una de las más importantes y difíciles tareas en la congregación, es tratar de alcanzar a los que retroceden. Ellos son personas que están muriendo de hambre espiritual. Rara vez asisten a los servicios de adoración para oír la palabra de Dios. Han despreciado la celebración de la Santa Cena durante un periodo prolongado de tiempo, y necesitan desesperadamente amonestación y aliento. Muy a menudo, cuando el pastor les habla acerca de su abandono de los medios de gracia, dirán: “Sí, lo sé, pastor. Voy a tratar de estar allí”, y tal vez estarán durante un tiempo, pero luego muchos de ellos vuelven a su mala costumbre de olvidarse de oír la palabra de Dios. En tales casos, algunos líderes en la iglesia desempeñan un papel vital en ayudar al pastor. Ellos pasan muchas tardes visitando a los miembros inconstantes. A veces ellos pueden alcanzar personas con amonestación evangélica cuando el pastor ha tenido poco éxito. Jesús dijo: “Hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente” (Lucas 15:10). Aquellos que han sido liberados por Cristo, son instrumentos de Dios para librar a otros de sus pecados.

La vida de servicio

Pero no debemos imaginar que el servicio a Dios se realice sólo al desempeñar alguna actividad en la iglesia. Dios quiere que toda nuestra vida sea a su servicio. Lutero nos recuerda en su explicación del Segundo Artículo del Credo Apostólico, que Cristo nos redimió cuando estábamos perdidos y condenados “para que yo sea suyo y viva bajo él en su reino, y lo sirva en justicia, inocencia y bienaventuranza eternas”.

Como cristianos, nosotros servimos a nuestro Señor en las formas más comunes: una persona que es fiel en su trabajo a su empleador, y un empleador que es considerado de sus empleados; un padre que lleva a cabo sus responsabilidades como un padre cristiano: guiando apropiadamente,

disciplinando a sus hijos, y mostrando consideración por su esposa; una madre que: prepara las comidas, limpia la casa y lava la ropa. Cuando los cristianos llevan a cabo todos estos actos por amor a su Salvador, están realmente al servicio de Dios.

La motivación para el servicio

La motivación tiene mucho que ver con el tipo de servicio que realizamos. Hacer lo correcto por la razón correcta agrada a Dios. Hacer lo que nos parece correcto por la razón equivocada es pecado. Caín y Abel son buenos ejemplos de cómo la motivación es importante. Ambos ofrecieron sacrificios a Dios. Abel lo hizo en la fe, confiando en la promesa misericordiosa de Dios del Salvador. “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella” (Hebreos 11:4). El sacrificio de Abel expresó su amor por Dios, que lo amó. El corazón de Caín careció de fe; su corazón se llenó de odio y celos. Sus sacrificios fueron inaceptables a Dios.

¿Por qué hacemos lo que hacemos? Tal vez tenemos la satisfacción personal de un trabajo bien hecho. Tal vez nos gusta recibir una palmadita en la espalda de vez en cuando. O podría ser que nos gusten las recompensas financieras que trae el trabajo duro. Lo que hemos mencionado hasta ahora no nos da puntos con Dios. Tan fácilmente nuestras acciones pueden ser egoístas e interesadas. Por lo tanto, queremos estar seguros de que nuestras motivaciones sean agradables a Dios.

El apóstol Pablo, hablando de la motivación que debería caracterizar nuestra vida cristiana, escribe: “El amor de Cristo nos constriñe” (2 Corintios 5:14). Nadie nos ha demostrado mayor amor que Cristo. Nadie nos dio todo de la forma que él lo hizo. Con sus palabras y actos de redención nos ha asegurado nuestro destino eterno. A través de Cristo sabemos

quiénes somos y hacia dónde vamos. Y hoy sabemos lo que queremos hacer vivir para servicio de él. “Él por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:15). Verdaderamente, Cristo nos ha liberado para el servicio.

Dios nos ha dado a su Hijo para ser nuestro Salvador y Cristo ha puesto su vida, no para que nos crucemos de brazos y no hagamos nada. Él nos ha liberado: de las exigencias de la ley, del castigo del pecado y del poder de Satanás, a fin de motivarnos y capacitarnos. Ahora queremos servirle, y este deseo dado por Dios nos mueve a la acción. El amor de Cristo por nosotros hace que nuestro servicio sea gozoso.

La motivación, como la fe, están escondidas en los recovecos del corazón humano, y sólo Dios sabe con certeza por qué las personas actuamos de la manera que lo hacemos.

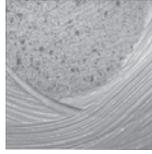
Para la gloria de Dios

Cuando Jesús nos animó: “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16), él no estaba hablando de algunos servicios extraordinarios que debemos realizar, sino de la vida cristiana diaria. Esto será suficiente para provocar a otros a alabar a nuestro Padre celestial.

Nosotros no debemos hacer lo que hacemos para nuestra propia gloria. Buscar la gloria propia es producto de la carne pecaminosa. Sin embargo, nuestro propósito en la vida es que Dios y su gracia, sean alabados. Esto incluye las cosas más comunes de la vida. “Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31). Cuando somos tentados a ser orgullosos por nuestros aparentes logros, la Biblia nos recuerda: “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

El pecado ha impregnado tanto nuestro ser que nada de lo que hacemos puede ser perfecto, aun cuando realizamos conscientemente un servicio para Dios. Los más fieles servidores en la iglesia de Cristo se dan cuenta de que todavía tienen la carne pecaminosa que cada día les da problemas. Podemos identificarnos con las palabras de Pablo: “El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:18,19). Sí, es una lucha constante con nuestra carne pecaminosa para servir a Cristo fielmente. Incluso nuestro mejor servicio a Dios está empañado por el pecado.

Entonces, ¿cómo puede aceptar Dios cualquiera de nuestros servicios? “Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Romanos 9:16). Por su gracia Dios nos ha llamado a la fe y al ministerio. Por su gracia nos mantiene en la fe y acepta nuestro servicio. Pues cuando Cristo nos limpió de todos nuestros pecados, nos hizo justos delante de Dios. Dios ya no ve nuestros actos de amor como si estuvieran llenos de imperfecciones. Éstos han sido santificados por aquel cuyo nombre es santo, el Espíritu Santo. Debido a todo lo que Cristo ha hecho, Dios ya no considera las manchas de los pecados de nuestro servicio. De hecho, nuestros actos de amor son ahora tan puros que nos acompañarán en la eternidad. “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen” (Apocalipsis 14:13).



8

La libertad en la iglesia

Algunas personas desafiarían esa declaración: “La libertad en la iglesia”. Según ellos, no hay libertad en la iglesia. Ellos ven a la iglesia como una institución que carga a las personas con todo tipo de normas y reglamentos. De hecho, algunos incrédulos nunca se unirían a una iglesia porque piensan que al hacerlo estarían perdiendo su libertad. Un adolescente le dijo con franqueza a un misionero que él no quería ser instruido y bautizado porque entonces tendría que dejar de tener relaciones sexuales con su novia.

La iglesia

Antes de tratar la libertad en la iglesia, deberíamos tener una clara comprensión de lo que es la iglesia según las Escrituras. Primero, la iglesia no es un edificio, aunque frecuentemente hablamos del edificio en el que efectuamos

los servicios de adoración como nuestra iglesia. Tampoco es, en sí, una congregación, aunque algunos miembros de una congregación cristiana pueden ser miembros de la iglesia de Cristo. Tampoco es, estrictamente hablando, la suma total de todas las personas que pertenecen a las iglesias que dicen ser cristianas.

La iglesia, como la define la Biblia, se compone de todos los creyentes en Jesucristo como su Salvador. En el primer Pentecostés, “el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hechos 2:47). Mientras damos por sentado que todos los que pertenecen a nuestra congregación son miembros de la iglesia de Cristo, no sabemos con absoluta certeza quiénes son los creyentes, porque no podemos mirar en su corazón donde mora la fe. “El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7). Por esta razón, la iglesia de Cristo es invisible. Sin embargo, cuando escuchamos a una persona confesar la verdadera fe cristiana, damos por sentado que son auténticas sus palabras y acciones.

La Palabra edifica la iglesia

Aun así, sabemos dónde está la iglesia en la tierra. Jesús dio a sus discípulos órdenes de marchar cuando les dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15); “haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19). Por 2000 años los seguidores de Cristo han estado difundiendo las buenas nuevas. Dondequiera que el evangelio de Jesús es predicado sobre la tierra, ahí se encuentra su iglesia. Pues Dios ha prometido: “Así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y será prosperada en aquello para lo cual la envié” (Isaías 55:11). Dios desea que todos vengán al conocimiento de la verdad y sean salvados. El propósito por el cual él nos envía a predicar el evangelio es para que los

pecadores puedan oír la palabra de Dios, ser hechos creyentes en él y ser salvados.

La palabra de nuestro Dios es el enfoque de la iglesia. Oímos la Palabra predicada; enseñamos la Palabra a nuestros hijos; difundimos la Palabra en nuestra comunidad y en todo el mundo. Y aún más importante, Dios quiere que seamos fieles a su Palabra, al no añadirle ni quitarle. Jesús ha prometido: “Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Juan 8:31,32). Esta libertad que hemos descrito en los capítulos anteriores es la libertad que está basada en la verdadera Palabra de Dios.

Cuando hablamos de la libertad en la iglesia, no queremos decir que: podemos congregarnos, llamarnos cristianos, y luego hacer lo que nos place. Dios nos ha dado su ley y su evangelio para nuestra fe y nuestra vida. Él ha dejado muy claro que en la iglesia su Palabra, y sólo su Palabra, debe ser enseñada y obedecida.

Adiáfora

Pero hay muchas cosas que hacemos en la iglesia que no están prescritas en la Biblia; a esto se denomina *adiáfora*. *Adiáfora* son cosas que Dios directa o indirectamente en la Biblia ni ordena ni prohíbe. El apóstol Pablo está hablando de éstas cuando escribe: “Todo me es lícito” (1 Corintios 10:23). De nuevo, el “todo” se refiere a los asuntos que Dios no ha prescrito en su ley para guiar nuestras acciones.

Por ejemplo, Dios no nos dijo: en qué momento o en qué día de la semana hay que celebrar los servicios religiosos. Tampoco ha dicho que tengamos juntas congregacionales cada mes o cada tres meses, ni aun si las debemos tener. Aunque nos ha dicho: “Apacienta mis ovejas”, no nos ha instruido en qué forma debemos llevar a cabo este mandato general. Todo lo anterior es *adiáfora*.

¿Cuáles son algunos otros asuntos de adífora que nos permiten ejercer nuestra libertad cristiana? Permítanos usar como ejemplo algunas de las más frecuentes experiencias que tenemos en la iglesia.

A lo largo del año tenemos una variedad de servicios religiosos. Tenemos por lo menos uno cada domingo, algunos durante la semana, algunos por la noche, algunos durante el día, y suelen durar alrededor de una hora. Ciertamente en la Biblia no se encuentra un mandamiento estableciendo qué días y a qué hora debemos celebrar nuestros servicios.

La ley ceremonial

Ese no ha sido siempre el caso entre los hijos de Dios. Después de que Dios sacó a los israelitas de la esclavitud en Egipto, Moisés los llevó al monte Sinaí. Ahí Dios dio su ley a Moisés, y Moisés la transmitió al pueblo. Incluido en sus muchos mandamientos había instrucciones detalladas en cuanto a cuándo debían adorar y lo que sus sacerdotes tenían que hacer. Por ejemplo, Dios les dijo que quería que lo adoraran en el séptimo día de la semana, el sábado, también conocido como el día de reposo. Ese día iba a ser un día de descanso para sus cuerpos y almas. La palabra *sábado* significa descanso.

Para los israelitas la ley sabática y todas las ordenanzas del Antiguo Testamento en cuanto a la adoración fueron recordatorios constantes del Mesías prometido. Una vez que Cristo vino y cumplió con lo que las Escrituras habían profetizado acerca de él, Dios libró a su pueblo de estas leyes ceremoniales del Antiguo Testamento. La Biblia nos informa acerca de la libertad que la iglesia del Nuevo Testamento tiene. “Por tanto, nadie os critique en asuntos de comida o de bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o sábados. Todo esto es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Colosenses 2:16,17).

Dado que Cristo ha venido, el propósito de aquellas leyes del Antiguo Testamento se ha cumplido. Por ejemplo, Dios ya no prohíbe a su pueblo comer carne de cerdo. Además, Dios nos ha dado la libertad de elegir los días y las horas en que podemos reunirnos para oír su Palabra. La iglesia primitiva ejerció su libertad cristiana y eligió el primer día de la semana para su culto ordinario.

Nuestra adoración

Otro ejemplo de la libertad que tenemos a través de Cristo es la manera en que adoramos a Dios. A pesar de que nuestras liturgias se basan en diversas porciones de las Escrituras, Dios no prescribe para nosotros los servicios de adoración y alabanza que se deben realizar en la iglesia y cuando. Es por eso que tenemos una variedad de servicios y no siempre se sigue la misma liturgia en cada servicio. Esto puede ayudarnos a estar más atentos a lo que estamos escuchando y diciendo en los servicios de la iglesia, y por tanto los distintos servicios llegan a ser más significativos.

Cuando los falsos maestros estaban causando disturbios en la iglesia primitiva, insistiendo en que la iglesia tenía que mantener las ceremonias del Antiguo Testamento, Pablo escribió una carta a las congregaciones que había fundado en Galacia. Ellos estaban experimentando un serio problema doctrinal porque los falsos maestros les estaban robando su libertad cristiana, enseñándoles que la ley de Dios debe ser obedecida para la salvación. Estos cristianos estaban en gran peligro de perder su fe en Cristo, quien obedeció toda la ley de Dios en lugar de ellos. Entonces su fe hubiera yacido en sus propias obras y no en la gracia de Dios. Pablo escribió: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gálatas 5:1).

Hoy en día, nosotros, los creyentes que somos salvados sólo por la gracia de Dios a través de la fe en Cristo, estamos disfrutando de la libertad que Cristo ha ganado para nosotros cuando escogemos los días de nuestro culto y utilizamos clases diferentes de liturgias en nuestros oficios.

Las formas de ministerio

La iglesia del Antiguo Testamento, tenía una forma de ministerio que Dios había regulado estrictamente, el ministerio llevado a cabo por sus profetas y sacerdotes. Hoy no tenemos sacerdotes que hagan sacrificios por nosotros, porque el propósito de sacerdocio del Antiguo Testamento fue cumplido por Cristo cuando él se sacrificó por los pecados del mundo. Lo que se ha mantenido y sigue vigente es el ministerio de la palabra de Dios. Para que la iglesia lleve a cabo la responsabilidad de predicar el evangelio de salvación a los pecadores, Dios mismo “constituyó a unos apóstoles; a otros profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros” (Efesios 4:11). Cristo llamó a algunos de estos mensajeros directamente, como a los apóstoles. Otros los llama a través de sus creyentes, como a menudo lo hacemos en nuestras reuniones congregacionales.

Aunque sabemos algunas de las cosas que los primeros líderes de la iglesia hicieron en sus diversos ministerios, Dios no nos ha dado una descripción de funciones para su trabajo. Por el contrario, ha dado a su iglesia del Nuevo Testamento la libertad para formar la clase de ministerio que se adapte mejor a ella en una variedad de tiempos y circunstancias. Por ejemplo, aunque los maestros son mencionados en el funcionamiento de la iglesia primitiva, la Biblia no se podía estar refiriendo a los maestros de educación primaria como los que tenemos en las escuelas de nuestras iglesias porque, por lo que sabemos, no había escuelas de este tipo en los tiempos apostólicos.

A pesar de que el cargo público del ministerio fue creado por Dios, las formas exteriores del ministerio no lo eran. Hoy establecemos esas formas del ministerio que nosotros creemos servirán mejor a las necesidades espirituales del pueblo de Dios y el trabajo de su iglesia. Por lo tanto, una serie de oficios han sido establecidos para el ministerio en nuestras congregaciones y nuestro sínodo como: pastores, profesores de la escuela primaria y secundaria, maestros de escuela dominical, profesores en nuestros colegios y seminarios, administradores, y muchos otros.

Dones para Dios

Otra diferencia entre la iglesia antes de la época de Cristo y la de después es la cuestión de nuestros dones que damos al Señor. En el Antiguo Testamento, Dios les dijo a los israelitas cuánto deberían dar, de manera que los sacerdotes y levitas pudieran recibir ayuda. Se llamó el diezmo, la décima parte de lo que ellos ganaban. Una vez más, esta es otra de las antiguas ordenanzas judías que Dios ha abolido. En cambio, somos libres para llevar al Señor la cantidad que elijamos como fruto de nuestra fe y para el avance de su reino. El amor que Cristo tiene por nosotros nos mueve a dar generosamente. “Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos” (2 Corintios 8:9). Cristo se hizo pobre cuando renunció a todo por nosotros, incluso su propia vida. Ahora somos ricos en el perdón misericordioso de Dios. En respuesta al amor que Cristo nos dio, la Biblia nos anima: “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza ni por obligación, porque Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:7).

La libertad y no la confusión

Al otorgar esas libertades para que la iglesia pueda llevar a cabo sus asuntos, Dios no está dando permiso a cada uno hacer lo que le plazca. Eso sólo promovería en la iglesia la confusión y el desorden. Por ejemplo, aunque el mandato de predicar el evangelio es dado a todos los cristianos, no todos en la iglesia son llamados a proclamar la Palabra el domingo por la mañana. Más bien, Dios llama a alguien a través de la congregación para ese propósito especial. Imagínese lo que sucedería si un número de personas comenzaran a discutir sobre quién dirigiría el servicio religioso en un domingo por la mañana. Tal conducta sería un abuso de nuestra libertad cristiana. Las Escrituras nos ofrecen un principio general a seguir: “Hágase todo decentemente y con orden” (1 Corintios 14:40). Nuestros servicios de adoración deben hacerse en orden.

El amor fraternal

También, debemos funcionar como la iglesia de Cristo con una preocupación amorosa por los demás. El amor fraternal nos anima a no insistir que nuestra manera sea la única manera de hacer algo o aun la mejor, cuando se trata de adíáfora. El ejercicio de nuestra libertad cristiana, correctamente hecho, no interrumpe la unidad cristiana, sino que la fomenta. Pues el Señor quiere que procuremos “mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3).

A continuación hay un ejemplo práctico de cómo los miembros pueden demostrar su amor el uno para con el otro. Una congregación creciente percibe la necesidad de ampliar las instalaciones de la iglesia. Esta congregación también sostiene una escuela luterana de enseñanza primaria que está a punto de reventar. Los miembros preguntan: “¿Cuál programa de construcción debe ser primero: la iglesia o la escuela?” Un comité es designado a estudiar el asunto, y los

miembros del comité hacen conocer sus conclusiones a la congregación junto con su recomendación. El debate comienza. Un grupo estima que dado que el servicio de adoración es el centro de todas las actividades espirituales, el edificio de la iglesia debe construirse primero. Otro grupo considera que el futuro de la congregación se encuentra en los niños, por lo que su educación cristiana debe ser la principal preocupación.

¿Quién tiene razón? Ambos, ya que lo que están debatiendo es una adiáfora. La decisión finalmente se tomará por mayoría de votos. ¡Qué tragedia si se permite que ese voto cause una permanente ruptura en la congregación! Por el contrario, el sentimiento de un hombre en una reunión similar expresó el amor cristiano: “No estoy de acuerdo con la decisión, pero voy a apoyarla.” Según él, por amor a Dios y a los demás miembros, se debe evitar cualquier división que pudiera ocurrir.

Además, si una congregación está tratando de decidir si debe iniciar su propia escuela, puede ser que sentimientos fuertes sean expresados de ambos lados del asunto. Pero una vez la decisión ha sido tomada, debería ser la oración de todos los miembros que no se alberguen malos sentimientos. Lo que hagamos en la iglesia se debe hacer en el espíritu del amor cristiano para la gloria de Dios.

Algunos podrían caer en la tentación de probar los límites de la adiáfora. Podrían preguntarse: “¿Dónde dice la Biblia que debemos hacer esto?” o “¿Dónde dice la Biblia que se nos prohíbe hacer esto?” En realidad, ellos se están preguntando: “¿Cuánto está permitido?” Pero ellos hacen la pregunta equivocada. La principal pregunta debería ser: “¿Glorificará mejor esto a Dios?” Nuestro deseo debe ser “que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos” (1 Pedro 4:11).

La libertad no debe ser objeto de abuso

Aunque algunos asuntos ni sean ordenados ni prohibidos en la Biblia, hay otras cosas que los cristianos deben considerar. En la iglesia apostólica surgió un problema porque algunos de los miembros compraban y comían carne que había sido sacrificada a dioses paganos. En sí, no había nada malo en comer esa carne, pero algunos de los miembros débiles fueron perturbados por esta práctica. Ellos no podían olvidarse que la carne había sido utilizada en los sacrificios paganos, y tenían problemas para comer esa carne. Así que Pablo instruyó a los cristianos: “Todas las cosas a la verdad son limpias, pero lo malo es comer algo que haga tropezar a otros. Mejor es no comer carne ni beber vino ni hacer nada que ofenda, debilite o haga tropezar a tu hermano” (Romanos 14:20,21).

Al alentar a los cristianos a no comer la carne que se ofrecía a los ídolos, Pablo enuncia un principio general: No hacer nada que pueda hacer que el cristiano, que es débil en su fe y comprensión, pueda caer en pecado o de la fe. Si una persona tiene alguna duda en cuanto a si algo está bien o mal, y lo hace de todos modos, pero no de fe, él peca, porque “todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Romanos 14:23). Por ejemplo, puede ser que un pastor se abstenga de visitar el bar local ya que un miembro que tiene problema con el alcohol lo puede ver y decirse: “Si lo hace el pastor, yo también puedo”, sabiendo perfectamente bien que el consumo de una bebida alcohólica más a menudo lo llevaría a una posible embriaguez. El pastor se abstiene, sabiendo que tal persona estaría en grave peligro de perder su fe.

La necesidad de ejercer la libertad

Pero hay otras veces cuando la iglesia debe insistir en el ejercicio de su libertad cristiana. Eso sucedió durante la Reforma. Los reformadores luteranos y los teólogos de la

iglesia católica romana, tenían serias diferencias doctrinales las cuales estaban relacionadas directamente con el mensaje del evangelio. La iglesia católica enseñaba entonces, y aún hoy, que un pecador no es salvado solamente por la fe en Cristo, sino que aún tiene que realizar buenas obras para entrar en el cielo.⁹ Sin embargo la Biblia enseña: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).

En aquel entonces había también diferencias entre luteranos y católicos con respecto a cuáles asuntos realmente eran adiáfora. En un momento de la controversia, algunos luteranos consideraron que podrían comenzar a resolverse sus diferencias con la iglesia romana al cederse a las exigencias de los católicos y adoptar ciertas ceremonias y ritos católicos que no eran prohibidos en la Biblia. Pero los fieles confesores insistieron en que en tiempos de controversia doctrinal, cuando los que guardaron la palabra de Dios fueron perseguidos, fue para ellos un error renunciar a su libertad cristiana en tales asuntos. Según ellos, ya no era adiáfora, si el evangelio estaba en juego.

Esa posición bíblica se registra en nuestras confesiones luteranas: “En el tiempo de la persecución, cuando se nos exige una confesión de nuestra fe clara y firme, no debemos ceder a los enemigos del evangelio en lo que se refiere a estas cosas indiferentes... Pues en tal caso ya no están en juego cosas indiferentes, sino la verdad del evangelio; se trata de conservar la libertad cristiana y de evitar que se sancione la idolatría manifiesta y se cause ofensa a los débiles en la fe. En todo esto no debemos ceder en absoluto, sino que debemos confesar con la mayor claridad, y padecer por causa de ello, lo que Dios envía y lo que él permite que nos inflijan los enemigos de su palabra.”¹⁰

Adiáfora y las traducciones de la Biblia

Un ejemplo contemporáneo de la aplicación de la adiáfora puede ser el asunto de la traducción de la Biblia. Nuestras congregaciones utilizaron durante muchos años la versión de Reina-Valera; y algunas aún la usan. Aunque fue escrita en el castellano de otra época, era una traducción confiable. Algunos sentían en estos últimos años que la iglesia podría ser servida mejor si una traducción contemporánea de la Biblia fuera utilizada en nuestra literatura cristiana, que ayudara especialmente en la enseñanza de la palabra de Dios a nuestros niños. Después de un estudio cuidadoso de muchas traducciones de la Biblia en el mercado, la Nueva Versión Internacional fue escogida para ser usada en algunas de las publicaciones de nuestra iglesia. No obstante, cada congregación puede decidir cuál traducción quiere utilizar.

En algunas iglesias, las congregaciones han permitido al pastor tomar la decisión con respecto a qué traducción él leería en el atril. En otras congregaciones la asamblea de votantes ha tomado la decisión. Esto es completamente un asunto de la libertad cristiana.

No obstante, digamos que una controversia se presenta en una congregación referente al uso de una traducción de la Biblia. La congregación se divide. Un grupo siente que la congregación debe continuar utilizando la versión Reina-Valera; otro grupo quiere utilizar la Nueva Versión Internacional. De nuevo, las diversas traducciones son discutidas por la congregación de modo que una decisión agradable a Dios pueda ser tomada. Puesto que el asunto es adiáfora, un número de diversas decisiones pueden ser tomadas, y cada una sería del agrado de Dios. En tal caso, se puede tomar el voto y cualquier decisión que la congregación adopte, los miembros la deben de respetar.

En algunos casos, sin embargo, unos miembros pueden ser débiles en su comprensión y dudar que el cambio a una

diferente traducción sea la decisión correcta. Por causa de esos miembros, la congregación puede decidir permanecer con la traducción tradicional, por lo menos de momento. Esta decisión será seguida por un tiempo de instrucción acerca de las traducciones de la Biblia en general, y de las traducciones contemporáneas en particular. Tal instrucción será hecha especialmente para las personas que sean débiles en su comprensión de las traducciones de la Biblia.

Sin embargo, si después de tal instrucción algunos dicen que es incorrecto utilizar todo menos cierta traducción de la Biblia, la congregación ya no está tratando con miembros que son débiles en su comprensión, sino con los que están persistiendo en el error. Entonces, como antes hicieron los padres de la iglesia, debemos explicar que ya no es adiáfora. Entonces está en juego la verdad, y la traducción que la congregación ha decidido utilizar será la empleada por la congregación.

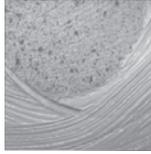
Resumen

Los siguientes principios escriturales debemos tener presente en asuntos de adiáfora con respecto a la iglesia:

1. La iglesia disfruta de la libertad de toda clase de ley ceremonial. Por consecuencia, ésta es libre de establecer sus propias formas de: organización, adoración, y ministerio.
2. La iglesia debe ejercitar su libertad cristiana de una forma que no perturbe su unidad y que glorifique a Dios.
3. La iglesia debe abstenerse de usar su libertad cristiana cuando tal libertad pueda causar que el cristiano débil peque.
4. La iglesia debe negarse a utilizar su libertad cuando la verdad de la palabra de Dios está en juego.

El apóstol Pablo resumió la manera correcta y el espíritu apropiado, para ejercitar nuestra libertad cristiana cuando

escribió: “Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica. Nadie busque su propio bien, sino el del otro” (1 Corintios 10:23,24).



9

La libertad para la vida diaria

“Papá, ¿puedo usar el auto esta noche?” preguntó el joven de 16 años que acababa de recibir su licencia de conducción.

El padre amaba a su hijo y sabía que él había mostrado buenas habilidades de conducción y juicio. Pero se preguntaba: ¿cómo sería cuando su hijo condujera en la noche y recogiera a sus amigos? ¿Estaría el muchacho tentado a actuar tontamente detrás del volante? ¿Tendría un accidente? ¿Cómo debe responder el padre? No es una decisión fácil de tomar, y no podemos conseguir la respuesta hojeando las páginas de la Biblia.

El evangelio y la ley

Es cierto que cuanto más estudiamos la Biblia, mejor entendemos la voluntad de Dios para nuestra vida. Dios quiere que escuchemos su Palabra, donde se revela su incondicional amor para nosotros. Él quiere que aprendamos

de su Hijo a quien él envió al mundo para salvarnos. Y nosotros sí somos creyentes que Cristo nos ha redimido y ha asegurado nuestro lugar en el cielo.

En respuesta a su amor, Dios quiere que vivamos de tal manera que refleje nuestro amor para él. Así él nos ha dado su ley para dirigirnos en nuestra vida diaria como cristianos. Cuando tenemos que tomar decisiones respecto al bien y al mal, la primera pregunta que debemos hacernos es: “¿Qué quiere Dios que yo haga?” Y a menudo encontramos la respuesta en su ley santa. Su Palabra inmutable hace tales decisiones relativamente fáciles para el cristiano.

Adiáfora

Pero hay muchas veces en nuestra vida cuando tenemos que tomar decisiones y la Biblia no ofrece respuesta. Por ejemplo, Dios dijo a sus creyentes en el Antiguo Testamento lo que ellos podían comer y no podían comer. Pero la libertad que disfrutamos los creyentes del Nuevo Testamento incluye la libertad para elegir cualquier clase de alimento que nutra nuestros cuerpos. La única regla para nuestro comer y beber es que se debe hacer con moderación.

Algunos pueden asumir que ellos como cristianos tienen rienda libre de hacer como a ellos les plazca, en cualquier cosa que Dios no ha mencionado en su Palabra. Nada está más lejos de la verdad. Eso podría llevar a las decisiones egoístas que apelan a la carne pecaminosa y no están de acuerdo con la voluntad de Dios. Más bien, Jesús tiene un buen consejo que ciertamente aplica en general a cada faceta de nuestra vida cristiana. “Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas” (Mateo 10:16). Dios nos ha dado mente. Debido a la caída, ésta es pecaminosa por naturaleza, pero desde nuestra conversión, nuestra mente ha sido santificada también. Tal mente razonable nos ayuda a tomar decisiones sanas que agradarán a nuestro Señor. Y hay principios

escriturales que guiarán nuestros pensamientos y decisiones, en asuntos acerca de los cuales Dios no ha dicho específicamente sí o no.

Hemos hablado acerca de la adiáfora en el capítulo anterior. Ahí aplicamos los principios a las decisiones que una congregación a menudo tiene que tomar. Ahora veremos como esos mismos principios se deben aplicar a nuestra vida, como individuos cristianos que algunas veces tenemos que tomar decisiones difíciles.

En 1 Corintios 6:12, el apóstol Pablo escribió: “Todas las cosas me son lícitas, pero no todas me convienen”. Aquí el apóstol se está refiriendo a asuntos que Dios en su ley ni ha ordenado ni prohibido. Pablo no está hablando de cosas que le beneficiarían personalmente, sino que está hablando por el bien de aquellos con los que tiene asociación y contacto. Habrá ocasiones en las que disfrutaremos la libertad que tenemos en Cristo, y haremos lo que pensamos que es correcto. Y habrá otras ocasiones en que debemos tener en cuenta el efecto que nuestras palabras y acciones pueden tener en otros.

Ofender

Pablo se refiere a esto cuando advierte: “Pero procurad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles” (1 Corintios 8:9). El apóstol no habla de una caída involuntaria que aún le permite a alguien: levantarse, sacudir el polvo y seguir adelante, sino que está hablando acerca de algo mucho más serio. La palabra griega aquí traducida como *tropezadero* significa trampa mortal, una especie de trampa que atrapa los animales y los mata. En el reino espiritual se refiere a un obstáculo que podría fácilmente dar lugar a una caída de la fe.

El apóstol nos está diciendo cómo debemos tratar a aquellos que son débiles en su fe. Ellos todavía no han

adquirido la madurez de comprensión de todo lo que Dios tiene que decirles en su Palabra. No pueden estar seguros de si algo esta bien o mal a los ojos de Dios. Por lo que fácilmente podrían ofenderse en algo que decimos o hacemos, una ofensa tan seria que podría hacerlos abandonar la fe y perderse eternamente.

En su segundo viaje misionero, Pablo fundó una congregación en la ciudad de Corinto. Más adelante, en sus cartas a esta congregación, él abordó algunos problemas graves que se habían presentado después de que él los había dejado. Una de las dificultades tenía que ver con el tipo de alimentos que los miembros estaban comiendo.

Algunos de los mejores filetes de Corinto fueron comprados en el mercado que vendía la carne que había sido utilizada previamente en la adoración de ídolos. Dios no prohibió el consumo de esa carne, pero algunos de los cristianos estaban perturbados por los que estaban comiendo esa carne, ya que sabían que había sido utilizada para sacrificios paganos. Por lo tanto Pablo alentó a los cristianos más maduros a que se abstuvieran de comprar y comer la carne sacrificada a los ídolos, para no ofender a los débiles. Pablo no quería pecar contra la conciencia errada de sus hermanos y hermanas en la fe. Él no quería que el débil abandonara la fe cristiana.

En una ocasión mi familia pudo haber ser culpable de ofender a la nueva esposa de nuestro sobrino. Ella era de descendencia judía y convertida recientemente al cristianismo. Invitamos a la pareja a cenar con nosotros, y mi esposa les sirvió carne asada de cerdo. Hasta el día siguiente se nos ocurrió que podríamos haber causado una ofensa. En la debilidad de la fe, nuestro huésped no pudo haber estado seguro de que era correcto para ella comer esa carne. Ella la comió, pero quizás lo había hecho con una conciencia débil y preocupada. La Biblia enseña que lo que no se hace con fe es

pecado. Aprendimos más adelante que nuestra opción del menú no la ofendió, así que no se hizo ninguna ofensa.

Habría sido ciertamente incorrecto que intentemos convencer a la esposa de nuestro sobrino a comer la carne si ella la hubiera rechazado. Puede ser que hayamos intentado demostrarlo del Nuevo Testamento que Cristo satisfizo todas las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento y que por lo tanto no hay nada malo en el consumo de cerdo. Y si ella lo hubiera comido, sin entender completamente y estando convencida que era adiáfora, ella habría pecado contra su conciencia, y nosotros habríamos sido culpables de ofender.

Debilidad de la fe

La Biblia dice lo siguiente en cuanto a estos asuntos: “Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones. Uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, solo come legumbres” (Romanos 14:1,2).

La Biblia no nos anima a pensar en nosotros mismos como cristianos fuertes y en los demás en nuestro compañerismo como los cristianos débiles. Esa actitud huele a altanería y orgullo. Todos tenemos nuestras debilidades, más de lo que estamos dispuestos a admitir. Todos nosotros, incluso el más fiel, ha cedido ante la carne pecaminosa y ha hecho cosas que más adelante nos dimos cuenta que estaban mal.

Abraham es llamado el padre de todos los creyentes. Fue realmente un hombre de Dios; aun así él tuvo debilidades en la fe. Cuando Abraham tomó a su familia a Egipto, pasó a Sarah como si fuera su hermana porque tenía miedo de lo que el faraón le haría a fin de obtener a Sarah como su esposa. En otra ocasión intentó ayudar a Dios a cumplir su promesa de un hijo, teniendo un hijo con la sierva de Sarah, Agar. Y sin embargo, la Biblia nos dice: “Por la fe Abraham, a pesar de su avanzada edad y de que Sara misma era estéril, recibió fuerza para tener hijos, porque consideró fiel al que le había hecho la

promesa” (Hebreos 11:11, NVI). Aunque Abraham tenía momentos de debilidad, él seguía siendo un hombre de fe.

Consumo de bebidas alcohólicas

Un cristiano también puede tener una conciencia que yerra. Él puede confiar en Cristo como su Salvador, pero pensar que ciertas cosas son pecaminosas cuando, de hecho, no lo son. Por ejemplo, algunas iglesias cristianas enseñan que el consumo de bebidas alcohólicas es pecado. Si sabemos que una persona se opone a las bebidas fuertes, no debemos hacer alarde de nuestra libertad cristiana, complaciéndonos cuando está presente. Al contrario, si es huésped en nuestra casa, nosotros no escogeremos servir algo que lo pueda ofender.

O tome el ejemplo de una persona que es un alcohólico. Él sabe que la Biblia no prohíbe beber alcohol, y así con el paso de los años se ha complacido. De hecho, él ha sido culpable de embriaguez repetidas veces y se ha hecho adicto al alcohol. Pero ahora él es un “alcohólico en recuperación”, viviendo en el arrepentimiento diario de un cristiano. A pesar de que él sabe que la Biblia no prohíbe beber, no es adiáfora para él, ya que incluso una bebida puede conducir al pecado de embriaguez. No queriendo “ser dominado por nada” excepto Cristo (1 Corintios 6:12), él, con la ayuda de Dios, se abstendrá de beber. De esta manera él está viviendo su libertad en Cristo.

En la presencia de estas dos personas, podemos escoger hacer exactamente lo mismo que ellos hacen, es decir, abstenernos de consumir alcohol. Para nosotros esto es adiáfora; para ellos no lo es. Para el uno, beber sería pecar contra su débil conciencia; para el otro, beber lo puede conducir al pecado de embriaguez.

Apuestas

Muchas formas de apostar han sido legalizadas en los últimos años. La lotería ha invadido los Estados Unidos. En el pasado, el bingo había sido restringido para algunas instituciones de caridad, pero últimamente el bingo ha aparecido por todas partes del país, especialmente en reservaciones indígenas.

Por extraño que pueda parecer, la Biblia no afirma categóricamente que los juegos de azar sean malos. Y los cristianos se ven tentados a aprovecharse de ese silencio por parte de Dios. Si bien las diversas formas de juegos de azar no están prohibidas en las Escrituras, Dios publica advertencias. De hecho, dos de los Diez Mandamientos empiezan con las palabras: “No codiciarás”. La codicia puede fácilmente poseer el corazón y puede adoptar muchas formas. Las Escrituras advierten: “Raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Timoteo 6:10). Y uno de esos males puede ser los juegos de azar. Esta “divertida actividad” puede convertirse en una adicción.

Cuando yo trabajaba para pagar mi educación, vendiendo a domicilio en el área suburbana de Chicago, un sábado me senté junto a un hombre en una barra de comidas. Él estaba muy nervioso porque el servicio no era tan rápido como él quería. Me dijo que estaba de prisa para llegar al hipódromo de Arlington. La semana anterior, sus apuestas habían dado resultado y él estaba ansioso de ganar más dinero.

En otra ocasión, yo estaba en la oficina de un abogado, recibiendo asesoría sobre la compra de nuestro primer terreno de la iglesia, cuando timbró el teléfono. Después de que el abogado colgó, dijo que era uno de sus clientes que estaba tratando de dejar su hábito de apuesta. Él llamó a decir que una vez más había perdido hasta la camisa. Para tales individuos, los juegos de azar no son adíafora. Así como en el

caso de un drogadicto, sus apuestas controlan y arruinan su vida.

Cuando la tentación de participar en juegos de azar viene, hacemos bien en preguntarnos: ¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Es una buena administración de lo que Dios me ha confiado?

Nuestro cuerpo es un templo

¿Qué tal el fumar? Por costumbre, ha sido considerado como adíáfora. Pero en años recientes se ha aprendido más sobre ello. La profesión médica ha demostrado que fumar, así como el humo de segunda mano, puede ser perjudicial para nuestra salud. Mientras no podemos decir que fumar en sí mismo es pecado, como cristianos San Pablo nos recuerda: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que no son vuestros?, pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues a Dios en vuestro cuerpo” (1 Corintios 6:19,20). Estas palabras aplican a todas las facetas de nuestra vida cristiana. Debemos ser conscientes de ellas al considerar adíáfora.

El recordatorio de que hemos sido comprados con la santa y preciosa sangre del propio Hijo de Dios, nos llevará a honrar a Dios con la manera en que tratamos nuestros cuerpos. El pecado nos ha corrompido y nos ha hecho débiles y sujetos a la enfermedad. Pero nuestros cuerpos han sido redimidos a gran precio. Y honramos a Dios con nuestros cuerpos cuando tenemos cuidado de nuestra salud de un modo razonable y sano. La moderación es la palabra clave aquí.

¿Cómo hacemos para saber si algo que no es mencionado en la Biblia es bueno para nosotros o no? Hágase esta simple pregunta: “Después de hacerlo, ¿voy a poder dejarlo?” Cuando usted puede dar un honesto “sí” a aquella pregunta, entonces para usted esto es adíáfora.

Insistir en la libertad cristiana

Puede haber ocasiones cuando insistiremos en ejercitar nuestra libertad cristiana, cuando la verdad del evangelio está en juego. Por ejemplo, un cristiano débil se vuelve un cristiano en error cuando él no sólo se abstiene de usar las bebidas alcohólicas sino que insiste en que beber es un pecado. Dado que la Biblia no lo prohíbe, no podemos dejar la impresión de que estamos de acuerdo con su error. Cuando esto pasa, ejerceremos nuestra libertad cristiana y tomaremos una copa de vez en cuando, aunque él se pueda ofender por esto. Nosotros no estamos ofendiendo, sino dando testimonio de nuestra libertad cristiana.

Algunas personas se ofenderán, especialmente cuando proclamamos el evangelio. Los judíos se ofendieron con el mensaje de Jesús y de los apóstoles quienes fueron salvados por la sola gracia de Dios y no por sus buenas obras. Ellos, los judíos, se mantuvieron obstinadamente en la mentira que la obediencia a la ley los hacía justos para con Dios. Para ellos la predicación de la cruz llegó a ser un tropiezo, una trampa mortal, que finalmente en el infierno destruyó el cuerpo y el alma.

No podemos impedir que la gente se ofenda por lo que enseñamos o la clase de vida que llevamos. No somos culpables cuando los equivocados se ofenden por lo que creemos y lo que hacemos, de acuerdo con la palabra de Dios. Una vez más se nos recuerda la exhortación de Pablo: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de la esclavitud” (Gálatas 5:1).

El amor, el principio guía

Como cristianos siempre tendremos que hacer elecciones difíciles. Pero hay una palabra que Dios quiere que nosotros usemos para guiar nuestras acciones: AMOR. Tenemos la tendencia a pensar sólo en nosotros mismos y lo que será

bueno para nosotros. En los últimos siete mandamientos, Dios nos enseña la manera de mostrar amor por nuestro prójimo. Pero él no prescribe normas para cada una de nuestras acciones. En lugar de ello, la Biblia dice una verdad general: “Nadie busque su propio bien, sino el del otro” (1 Corintios 10:24). Ciertamente, Dios quiere que nosotros tengamos cuidado de nuestras propias necesidades. No debemos hacer ésta nuestra preocupación principal de modo que abandonemos a otros o no los pongamos primero. Dios quiere que siempre tengamos presente el bienestar de nuestro prójimo. Por eso los siete últimos mandamientos se resumen con las palabras: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. La pregunta que debemos hacernos no es: “¿Qué quiero hacer yo?”, sino “¿Qué va a beneficiar a otros?” Pues, “el amor es sufrido... no busca lo suyo” (1 Corintios 13:4,5).

La palabra *amor* puede ser un término bastante impreciso. Nosotros a veces debatiremos sobre el mejor modo de mostrar el amor. No obstante: cuando oramos a Dios por su ayuda, cuando ponemos a otros adelante de nosotros, cuando somos motivados por el amor de Cristo por nosotros, comenzaremos a mostrar el amor apropiado por otros.

Una manera importante de demostrar tal amor es instruir pacientemente al débil. Cuando una persona tiene un entendimiento débil y erróneo de la Biblia, nosotros no podemos realizar un acto de amor más grande para él que dirigirlo a las verdades de la palabra de Dios. La Biblia le dará una comprensión más rica de la voluntad de Dios y el poder del Espíritu reforzará su fe cristiana. Aprenderá que algunas cosas que él pensó que Dios permite, de hecho, son pecaminosas. Y se dará cuenta que algunas cosas que él pensó eran incorrectas, de hecho, no son pecado en absoluto. Actuando como instrumentos de Dios, podemos ayudar a nuestros hermanos en la fe a superar tales debilidades en su fe.

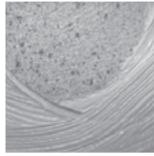
Resumen

Los anteriores son sólo algunos ejemplos de adiáfora. Nosotros no podríamos mencionarlos todos ni tratar de anticiparnos a todo lo que pueda surgir en nuestra vida. Pero está claro de las Escrituras, que Dios quiere que usemos nuestra libertad cristiana sabiamente en aquellas áreas donde él no nos ha dado instrucciones específicas.

En resumen, los siguientes principios bíblicos en cuanto a adiáfora pueden ser tenidos en cuenta:

1. Deberíamos renunciar a nuestra libertad cristiana cuando ésta pueda ofender a un cristiano débil, es decir, una persona que tiene una consciencia dudosa o equivocada.
2. No deberíamos ejercitar nuestra libertad cristiana cuando amenaza con esclavizarnos.
3. Deberíamos ejercitar nuestra libertad cristiana cuando alguien insiste en que algo es pecado cuando no lo es.
4. El amor cristiano es el principio guía en nuestras relaciones con los demás.

Al tener estas benditas verdades presentes, ejerceremos nuestra libertad cristiana de la manera en que Dios la destinó para ser usada.



10

La libertad disfrutada

La doctrina de la libertad cristiana es una paradoja. En su tratado “La libertad de un cristiano”, Lutero declaró lo siguiente:

Un cristiano es un señor absolutamente libre de todos, no sujeto a nadie.

Un cristiano es un criado absolutamente obediente de todos, sujeto a todos.¹¹

La vida cristiana es también una paradoja. La Biblia nos describe como “entristecidos, pero siempre gozosos” (2 Corintios 6:10).

Aunque somos hijos de Dios y seguidores de Cristo, en nuestra vida no todo es color de rosa. No sólo tenemos privaciones y angustias que son comunes a toda la gente, sino también tenemos una cruz que cargamos por ser cristianos. Sentimos el odio que el mundo tiene para el evangelio, cuando confesamos nuestra fe con nuestras palabras y acciones.

El pesar por nuestros pecados nos afecta cada día. A veces nosotros podemos sentirnos hasta sin valor y encontrar difícil perseverar. En tales tiempos deberíamos concentrarnos en: la libertad que tenemos por Cristo, libertad de la carga penosa de la ley, libertad de la culpa de nuestros pecados, de la esclavitud de Satanás, y del miedo constante de la muerte. Aquellas libertades han sido ganadas por Cristo para que nosotros las disfrutemos. Ser libre en Cristo nos da nuevo comienzo cada día y trae alegría a nuestra vida.

Alegría por nuestra salvación

Podemos experimentar muchas alegrías temporales de la vida: una promoción en el trabajo, el nacimiento de un hijo o hija, recibir una herencia, ver a nuestros hijos tener éxito en la vida o el gozo de la compañía de amigos. Pero ninguno de estos nos da nuestra mayor alegría. Al contrario, con David exclamamos: “Mi corazón se alegrará en tu salvación” (Salmo 13:5). Esto es la salvación que fue eternamente planeada para nosotros y llevada a cabo por la misión de Cristo en la tierra. A través de su salvación, hemos sido liberados del control del pecado, ya que hemos sido libremente perdonados por Dios. Además somos libres de las garras del diablo, es decir, que ya no estamos bajo su control. Por la salvación de Cristo vemos su tumba vacía y sabemos que también algún día nuestra tumba estará vacía. A través de su libre y plena salvación, no estamos frustrados tratando de justificarnos ante Dios obedeciendo sus mandamientos. Y en el estímulo de la palabra de Dios, encontramos el placer de vivir según su santa voluntad. La contemplación de estas verdades trae alegría a nuestro corazón y vida.

Alegría por la Palabra

David también nos conduce en la expresión de otra alegría. “Yo me alegré con los que me decían: ¡A la casa de Jehová

iremos!” (Salmo 122:1). Asistir a la iglesia no es una tarea difícil cuando contemplamos lo que ocurre en el servicio religioso. Ahí oímos del amor incondicional de Dios por nosotros. En el sermón aprendemos una y otra vez del gran sacrificio de Cristo a favor de nosotros. Este es el mismo evangelio antiguo que es nuevo para nosotros, cada vez que oímos del amor de Jesús. Confesamos nuestros pecados y recibimos el perdón de Dios, y tenemos el privilegio de cantar alabanzas de Dios y hablarle con nuestras oraciones. Aquellos que se deleitan con la palabra de Dios anhelan asistir a la iglesia donde nos unimos a los demás creyentes en el culto a nuestro Dios y Salvador.

Alegría en el compañerismo

Un vínculo especial está formado por el Espíritu Santo entre los que se reúnen en la iglesia. Ahí hemos formado una maravillosa relación con nuestros amigos creyentes, y disfrutamos de su compañerismo cristiano. Ahí tenemos la oportunidad de animarnos y edificarnos en la fe los unos a los otros. A través de este vínculo espiritual somos capaces de compartir las cargas unos con otros, y ofrecer nuestras oraciones para aquellos que las necesitan. En nuestra congregación, somos capaces de formar amistades que son especialmente fuertes y duraderas, debido a nuestra confianza común en Cristo.

Como pastor yo siempre sentía que había un acercamiento entre mis miembros y yo, el cual era difícil de describir. Un pastor siempre tiene presente a sus miembros. Después que salí de una congregación a la que había servido desde su fundación, yo pensaba casi a diario en uno de los miembros e imaginaba lo que él o ella estaban haciendo. Sé cómo se sintió el apóstol Pablo cuando él escribió a los fieles con que había comenzado en Filipos: “Siempre en todas mis oraciones ruego

con gozo por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio desde el primer día hasta ahora” (Filipenses 1:4,5).

Un pastor puede observar fácilmente un vínculo de amistad entre sus miembros. Las preocupaciones que expresan el uno por el otro, la ayuda que ellos dan el uno al otro en tiempo de necesidad, el modo que ellos se refuerzan el uno al otro en la fe, y la alegría que ellos experimentan en la compañía de sus hermanos cristianos, refleja aquel lazo de la fe que únicamente se encuentra entre cristianos. Cuando nos regocijamos en el Señor, también encontramos la alegría en la compañía de sus creyentes.

Alegría en dar

Una de las quejas más comunes que la gente tiene en contra la iglesia es que siempre pide dinero. Un miembro de la iglesia tuvo ese punto de vista. Su pastor le amonestó por no escuchar la palabra de Dios y recibir el sacramento, pero ella permaneció impenitente, tratando de defenderse reclamando: “La iglesia siempre pide dinero”. Ella no había podido ver que sus ofrendas a la iglesia hubieron sido una expresión de su amor por el Salvador.

Nuestro viejo Adán, sin embargo, es igual de tacaño. Sólo nuestra nueva persona en Cristo considera cualquier petición para apoyar el trabajo de la iglesia y su misión como un aspecto importante de vivir la fe. Dios nos ha dado la oportunidad de expresar la alegría que tenemos porque somos libres por Cristo, dejándonos decidir el “cuánto” y el “cuándo” dar. Él quiere que demos: a él, a su iglesia y a otros, libremente y de buena gana. ¿No hemos dado las gracias a Dios por la oportunidad de llevarle nuestras ofrendas? ¿No hemos hallado alegría en la expresión de nuestro amor por él quien nos amó primero? Esa es la libertad disfrutada.

¿Alguna vez usted ha tenido la sensación de que sólo usted y algunos otros estaban haciendo todo el trabajo en la

congregación? En lugar de sentir lástima por nosotros mismos, deberíamos estar agradecidos por las muchas oportunidades de servicio que Dios nos da. En vez de llevar a cabo ciertos deberes con un corazón cargado porque otros podrían ayudar y no lo hacen, deberíamos encontrar la alegría en el tiempo que damos para él quien dio todo por nosotros. Los dones y talentos especiales que tenemos él nos ha dado para utilizar para su gloria y para el bienestar de los demás. Cualquiera que sea la responsabilidad que tenemos en la iglesia, la disfrutamos porque hemos sido librados en Cristo.

Alegría en dar testimonio

¿Disfruta usted dar testimonio a otros acerca de su fe? Aquí en la tierra todos los cristianos hemos sido llamados a ser testigos de Jesús. La Biblia nos da la siguiente palabra de ánimo: “Y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo aquel que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3:15). Tenemos la esperanza segura y cierta de la salvación, porque Dios nos ha hecho su promesa en las Escrituras. Y nuestro Dios es Dios que es capaz y dispuesto a cumplir sus promesas.

No debemos esconder esa esperanza, sino que debemos compartirla con los demás. Debemos estar listos para dar testimonio a otros. Sabemos el plan de Dios de la salvación y somos creyentes en que Dios quiere llevar a todos los pecadores al arrepentimiento y salvarlos. Nosotros sí *podemos* dar testimonio de nuestra fe a aquellos que nos escucharán. ¿Tiene miedo? Todos nosotros lo tenemos en un momento u otro. Pero cuando hablamos la verdad de Dios en amor y el evangelio abre los ojos y el corazón de alguien, “hay gozo delante de los ángeles de Dios” (Lucas 15:10). Nada debería hacernos más felices, excepto por supuesto, la salvación de nuestra propia alma. Tanto el testigo como el convertido, se

llenan de alegría, pues otro pecador ha sido puesto en libertad por el testimonio de la palabra salvadora de Dios.

Alegría en el mundo impío

¿Disfrutamos realmente de nuestra libertad cristiana cuando cada día nuestros ojos ven y nuestros oídos oyen, tantas malas noticias? Todos los días se escucha de toda clase de maldad y corrupción. El pecado no es diferente hoy de lo que siempre ha sido.

Las páginas del Antiguo Testamento están llenas de historias del pueblo de Dios quien lo abandonó a él por causa de la idolatría de sus vecinos paganos. En Corinto cuando San Pablo predicó el evangelio contendió con toda clase de inmoralidad. Cuando Lutero visitó Roma se asombró por la maldad del clero. Hoy nos horrorizamos cuando vemos que muchos falsos maestros engañan a tantas personas.

Pero una señal de los últimos tiempos nos da alegría: el evangelio está siendo predicado en todo el mundo. Hace poco, la cortina de hierro fue levantada, y hemos tenido la oportunidad de enviar nuestros misioneros a partes de Europa que estuvieron cerradas hace años. Algunos de aquellos que habían sido esclavos políticos, la mayor parte de su vida, han aprendido que las buenas nuevas de Jesucristo los ha librado del pecado y los ha salvado. Siempre podrán disfrutar esa libertad siempre y cuando perseveren en la fe, sin importar cuál sistema de gobierno esté sobre ellos.

Nuestro Dios está en los cielos y hace lo que le place. Hoy en día nuestro Señor Jesucristo está sentado a la diestra de Dios, gobernando el mundo para nuestro beneficio. Eso nos da consuelo y alegría, sin importar cuán terribles lleguen a ser las condiciones en el mundo.

Estas condiciones empeorarán conforme disminuye el número de días en este mundo. Jesús nos está preparando para lo peor, cuando advierte que se incrementará el odio por el

evangelio y por sus mensajeros. Si hemos de ser perseguidos por nuestra fe, los apóstoles nos han mostrado la manera de enfrentarlo. Fueron encarcelados por predicar la palabra de Dios, fueron golpeados, amenazados y puestos en libertad, pero ellos salieron “gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hechos 5:41).

Alegría en el hogar

¿Ha encontrado usted la alegría en su hogar y en su matrimonio? Tal vez la pregunta evocará pensamientos de algunas malas experiencias, ya que ni siquiera los mejores hogares cristianos se salvan de serios problemas. Sin embargo, cuando ambos cónyuges comparten la fe común en Cristo y viven cristianamente cada día, ellos experimentan paz, satisfacción, y alegría. Una pareja cristiana es una fuente diaria de ánimo del uno para con el otro, y ellos saben cómo orar la Quinta Petición: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”, porque su vida y su relación están lejos de ser perfectas. La esposa recuerda el mandato bíblico: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador”, y el marido oye que Dios dice: “Amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a él mismo por ella” (Efesios 5:22-25). Ellos saben y son creyentes que Cristo los ha librado del pecado, y esto los motiva a amarse el uno al otro, tal como marido y mujer deben.

Para el cristiano que no está casado o cuyo cónyuge no es creyente en Cristo, todavía habrá alegría en saber que el único amigo fiel que una persona puede tener es Jesús. Él es el compañero constante. Su firme amor es la fuente de fortaleza en la vida que puede tener muchas decepciones.

Yo conozco a una esposa y madre cristiana, que se casó con alguien que no era miembro de la iglesia. Repetidamente ella pidió a su marido asistir a la clase de información bíblica del pastor, sin obtener respuesta. Finalmente, ella se dio por vencida. Luego, un día él vino a casa y anunció: “Me voy a la iglesia este domingo. Voy a ser confirmado.” Como él trabajó horas extras, su esposa nunca se dio cuenta de que él había estado asistiendo a la clase del pastor. Ahora ellos están en la iglesia con regularidad, asistiendo a clases de Biblia y participando activamente en el trabajo de la iglesia. Hoy hay verdadera alegría en aquel hogar.

Gozo en la crianza de los hijos

Damos gracias a Dios que nos ha dado a nuestros hijos y los ha hecho suyos a través del bautismo. Ellos son tanto nuestros hijos como de Dios. Él no sólo quiere que nosotros los vistamos y alimentemos, sino también nos ha llamado a enseñarles a honrar y respetar su Palabra. Algunos de los momentos más importantes que los padres tienen con sus hijos son cuando les enseñan acerca de su Salvador, les ayudan a entender y aprender su catecismo, y por la noche dicen juntos sus oraciones. Aunque tal formación y tal instrucción, cuando se hacen año tras año, parezcan algo rutinario, aquellos niños no olvidarán lo que sus padres han hecho por ellos.

Una pareja cristiana tenía un hogar cristiano modelo. El Señor los había bendecido con abundancia de cosas materiales y seis hijos. Ellos dieron a sus hijos una educación cristiana en casa y en la escuela. Cuando sus hijos crecieron y establecieron sus propios hogares, ellos no olvidaron lo que sus padres habían hecho por ellos espiritualmente. Cuando cumplieron 50 años de casados, todos sus hijos y nietos cantaron de memoria las cinco estrofas del himno “Now the

Light has Gone Away” (“Ahora la luz se ha ido”), un himno que su madre y abuela, les habían enseñado.

Los padres son felices: cuando sus hijos son sanos, cuando a ellos les va bien en la escuela, cuando ellos muestran respeto para sus mayores y cuando ellos son acertados en lo que hacen. Pero nada trae mayor alegría a padres cristianos que ver que sus hijos han mantenido la fe y, por su parte, lo están enseñando a sus hijos. Nuestra alegría en la libertad que Cristo ha ganado por nosotros, es una alegría que puede ser compartida y multiplicada a través de nuestra familia. Y este compartir comienza en casa.

Alegría en la vejez

La vejez trae días que son buenos y otros que no son tan buenos. Muy a menudo evaluamos el día por la forma como nos sentimos. La medicina moderna ha extendido nuestra vida, pero también ha incrementado la cantidad de tiempo que pasamos en el hospital y en el consultorio del doctor. Y aun así, cada día lo medimos como otras 24 horas de la gracia de Dios.

Al envejecer tenemos la oportunidad de hacer cosas que teníamos poco tiempo para hacer cuando éramos jóvenes. Pasamos más tiempo meditando en la Palabra y en las promesas de nuestro Señor. La vida toma una perspectiva un poco diferente cuando envejecemos. Cada vez más, los pensamientos son celestiales, con una comprensión creciente de que los asuntos mundanos relativamente no tienen importancia.

Después de que uno se jubila, él o ella todavía puede encontrar muchas oportunidades de servicio, pero ninguno es más importante que el dar testimonio de la libertad que tenemos en Cristo. Oramos: “Aun en la vejez y las canas, Dios, no me desampares, hasta que anuncie tu poder a la

posteridad, tu potencia a todos los que han de venir” (Salmo 71:18). El Señor no nos abandonará cuando envejecamos. Si tenemos unos días más, podemos usarlos para decir a nuestros hijos y nietos que Dios maravillosamente ha usado su poder para vencer a todos los enemigos espirituales. Cuando envejecemos más, nos damos cuenta que no hay mejor herencia que podamos dejar a nuestros descendientes que el evangelio de Jesucristo. Muchos de nosotros recordamos a padres y abuelos, que por palabra y ejemplo, proclamaron a nosotros la alegría de la libertad y la plena salvación. Si ellos nos dejaron herencia de cosas mundanas, éstas están aquí hoy y pasarán mañana, pero la confesión de su fe y su testimonio de la verdad de la palabra de Dios, han hecho una impresión duradera en nosotros. Damos gracias a Dios por nuestros antepasados, quienes fueron los primeros que nos enseñaron que la libertad en Cristo era realmente todo. Y cuando es nuestro turno, debemos recibir con gozo la oportunidad de dar testimonio de nuestra fe.

Entonces la vejez no consiste en sentarse a esperar la muerte. Incluso los postrados en cama son capaces de ofrecer sus oraciones al trono de gracia, oraciones que ellos saben que su Padre divino oír y contestará. El salmista tiene un modo interesante de describir como productivos los años de la vejez: “Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes, para anunciar que Jehová, mi fortaleza, es recto y que en él no hay injusticia” (Salmo 92:14,15). En el tiempo de la vida cuando podemos ser tentados a pensar que hay poco para nosotros por hacer, Dios nos describe como árboles que todavía dan el fruto, como personas que aún están “vigorosas y verdes”, ya que somos capaces de proclamar a cualquiera que escuche que el Señor es la Roca de nuestra salvación.

Si nos toca vivir en una comunidad de jubilados o un asilo de ancianos, las oportunidades de testificar de Cristo, están a nuestra puerta. Un maestro de escuela primaria luterana

jubilado se mudó a un edificio de apartamentos reservado para ancianos. Pronto él conducía una clase bíblica ahí. Una de sus vecinas que asistió quería saber más. Por un par de meses, él le desplegó el plan de Dios de salvación, exponiendo el evangelio de Lucas. Un día ella confesó su fe en Jesucristo y pidió ser bautizada. Después de consultar con su pastor, ellos estuvieron de acuerdo que quién la había instruido debería hacer el bautizo. Entonces él la bautizó, y otro pecador fue puesto en libertad por el testimonio de un cristiano anciano. Nuestra vida de servicio al Señor sólo termina cuando él así lo determina.

La esperanza de alegría perfecta

Y cuando se haya terminado nuestra vida aquí, vamos a experimentar la perfecta alegría. Estaremos con el Señor para siempre. Es difícil para nosotros imaginar la hora y el lugar donde no habrá nada que apague nuestra alegría cristiana. Aunque somos creyentes en Cristo, mientras estamos en esta tierra experimentamos los dolores de cabeza y las angustias de la vida. Pero eso cambiará.

Pronto diariamente ya no estaremos preocupados por nuestros pecados y los de los demás. Pronto no tendremos que luchar contra las astutas tentaciones del diablo; pronto ya no pensaremos de nuestra última hora en la tierra; pronto nos daremos cuenta a plenitud cuán perfecta y completamente Cristo nos ha librado de todas las cosas pecaminosas y temporales.

La Biblia sólo nos ha dado un vistazo de lo que será la vida eterna. ¿Cómo pueden palabras terrenales describir suficientemente las cosas celestiales? Pero el Espíritu Santo ha inspirado bastantes palabras en las páginas de las Escrituras para darnos el entendimiento de que un día estaremos viviendo en un nuevo cielo y una nueva tierra con nuestro Dios y Salvador, en la felicidad eterna. Con un cuerpo

glorificado veremos a nuestro Señor glorificado. Hoy lo conocemos por la fe; mañana lo veremos cara a cara para toda la eternidad. En el cielo estaremos llenos de gozo en la presencia de Dios, y experimentaremos placeres con él que nunca terminarán (Salmo 16:11).

Un ave construye un nuevo nido cada año. Allí pondrá sus huevos, incubará sus polluelos, y los alimentará hasta que puedan volar solos. Pero aquella criatura sabe que su nido es sólo un hogar temporal. La tierra es sólo nuestro hogar temporal; aquí estamos sólo de visita; nuestro verdadero hogar es el que Cristo ha preparado para nosotros por su obra redentora.

Cristo ha ganado para nosotros lugar permanente en el cielo, de modo que podamos disfrutar de su compañía para siempre. ¡Qué libertad perfecta y alegre, nos espera allá!

Notas finales

- ¹ *Great Movie Themes* (Milwaukee: Hal Leonard Corporation, 1995). Traducción libre del inglés.
- ² Leon Uris, *Exodus*, p. 626. Traducción libre del inglés.
- ³ *Milwaukee Sentinel*, Febrero 28, 1995. Traducción libre del inglés.
- ⁴ Martín Lutero, *What Luther Says: An Anthology*, compilado por Ewald M. Plass (St. Louis: Concordia Publishing House, 1959), Vol. 1, p. 491. Traducción libre del inglés.
- ⁵ Además de Juan 15:13,14, tenga en cuenta los siguientes pasajes de la Biblia: “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguien tuviera el valor de morir por el bueno. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:6-8). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).
- ⁶ Roland H. Bainton, *The Martin Luther Christmas Book* (Philadelphia: The Westminster Press, 1948), p. 38.
- ⁷ En su catecismo oficial, la iglesia católica romana establece: “La iglesia, a quien la transmisión y la interpretación de la revelación son confiadas, no obtiene su certeza de todas las verdades reveladas de las Sagradas Escrituras solamente. Tanto las Sagradas Escrituras como la tradición deben ser aceptadas y honradas con igualdad de sentimientos de devoción y reverencia” (*Catechism of the Catholic Church* [Washington: United States Catholic Conference, 1994], par. 82). Traducción libre del inglés.
- ⁸ La religión mormona “excluye el uso de bebidas alcohólicas, el tabaco y ‘bebidas calientes’ (que oficialmente se han interpretado como el té y el café). En una reciente encuesta de la juventud, el pecado #1 fue Quebrantar la Palabra de Sabiduría [una parte importante de las escrituras del mormonismo]; la inmoralidad sexual fue #5... Un mormón debe mantener la Palabra de Sabiduría para poder ser digno templo” (Mark J. Cares, *Speaking*

the Truth in Love to Mormons [Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1993], p. 279). Traducción libre del inglés.

- ⁹ En el Concilio de Trento, la iglesia católica romana oficialmente condenó la doctrina bíblica de que somos salvados por la gracia de Dios solo a través de la fe en Cristo Jesús, sin ningún esfuerzo de nuestra parte. “Si alguien dice que la justificación de la fe no es nada más que la confianza en la piedad divina, que remite los pecados por Cristo o que es sólo por esta confianza que somos justificados, sea anatema [maldito]” (Martin Chemnitz, *Examination of the Council of Trent*, Part I. [St. Louis: Concordia Publishing House, 1972], p. 551). Traducción libre del inglés.
- ¹⁰ Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo X: 6, *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, editado por Dr. Andrés A. Meléndez (St. Louis: Editorial Concordia, 1989), p. 530.
- ¹¹ Martín Lutero, *Luther's Works*, American Edition, editado por Jaroslav Pelikan y Helmut T. Lehmann (St. Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1958–1986), Vol. 31, p. 344. Traducción libre del inglés.

Para lectura adicional

- Becker, Siegbert W. “Christian Liberty.” Ensayo en el cuadragésimo séptimo bienal de la Convención Evangélica Luterana Sínodo de Wisconsin. *Procedimiento*, Agosto, 1983.
- “The Ecclesiastical Rites That Are Called Adiaphora or Things Indifferent.” Fórmula de Concordia, Epítome y Declaración Sólida, Artículo X. *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*. Traducido y editado por Theodore G. Tappert, pp. 492-494, 610-616. Philadelphia: Fortress Press, 1959.
- Lutero, Martin. “La Libertad de un Cristiano” *Obras de Lutero*. American Edition. Vol. 31. Editado por Jaroslav Pelikan y Helmut T. Lehmann. St. Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1958–1986.
- Reim, Edmund. “Our Christian Liberty and Its Proper Use.” *Nuestra Gran Herencia*. Vol. 3. Editado por Lyle W. Lange. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991.

Índice de textos bíblicos

Génesis

1:31—22
2:17—13,62
3—12
3:5—12
3:12,13—12
3:15—14
4:16—52
4:23,24—14
5:3—13
6:5—57
18:25—22
19—74
39:9—84

Deuteronomio

4:2—90
15:12—17

1 Samuel

16:7—100

Job

1:8—80
1:21—80

Salmos

2:11—88
13:5—126
16:11—69,135
51:5—50
71:18—133
92:14,15—134
103:20—74
122:1—127

Isaías

1:18—26
50:8—22
53:5—48,49
55:11—100

Jeremías

34:9—17

Mateo

3:17—37
 4:4—84
 5:16—97
 5:28—56
 7:15—90
 10:16—114
 10:28—43,64
 11:28-30—44,89
 14:1-12—70
 15:6—90
 15:9—91
 17:5—37
 18:21-35—81
 19:21,22—52
 22:30—74
 25:41—50, 63
 25:46—63
 27:46—64
 28—74
 28:19—100

Marcos

7:21,22—56,77
 14:7—92
 16:15—100
 16:16—25,79

Lucas

2—74
 4:18—24
 15:10—95,129
 16:19-31—64
 19:8,9—54
 22:27—88

Juan

3:6—50

3:16—15,25,38,53

4:29—55
 6:44—18
 8:31,32—101
 8:31-33—35
 8:31-36—53
 8:34—51
 8:44—77
 11:25,26—67
 14:19—67
 15:13,14—66
 15:16—29

Hechos

2:47—100
 5—43
 5:29—43
 5:41—131
 7:54-60—70
 26:5—34

Romanos

1:17—40
 3:19—35
 3:24—22
 4:6—27
 4:25—21
 5:12—50,63
 5:17—65
 5:18—23
 5:20—31
 5:20-6:2—41
 6:6—51
 6:16—34
 6:23—63
 7:18—56,57,77
 7:18,19—36,98
 7:22—44
 8:22—62

8:39—84
 9:16—98
 10:3—27
 13:1—93
 14:1,2—117
 14:20,21—108
 14:23—108
 16:17—90

1 Corintios

2:9,10—17
 6:12—115,118
 6:19,20—120
 8:9—115
 10:23—101
 10:23,24—112
 10:24—122
 10:31—97
 12:3—29
 13:4,5—122
 14:40—106
 15:10—28
 15:17—66
 15:20—67
 15:54—68

2 Corintios

5:14—96
 5:15—96
 5:17—57
 5:19—23
 6:10—125
 8:9—105
 9:7—106

Gálatas

3:10—35,38
 3:13—54

4:4,5—36
 5:1—104,121
 5:4—39
 5:13—43
 5:17—58

Efesios

2:1—18
 2:2—76
 2:8—30
 2:8,9—109
 4:3—106
 4:11—104
 4:24—57
 5:22-25—131
 6:10-18—82
 6:11—12

Filipenses

1:4,5—128
 1:21—71
 1:23—71
 2:13—19,97
 3:9—28
 3:21—69

Colosenses

1:16—74
 2:16,17—103
 2:20-22—91
 3:4—69

1 Timoteo

6:10—119

2 Timoteo

3:16—15,18

Hebreos

1:14—74
2:14,15—79
4:9,10—69
11:4—96
11:11—118

Santiago

4:7—85

1 Pedro

2:16—43
3:15—129
4:11—108
5:8—75,79

1 Juan

2:15—76
3:8—76-78
3:15—56

Judas

6—12,63,75

Apocalipsis

14:13—98
20:15—63
21:4—69

Índice temático

- Abel 13,51,52,96
aborto 42
Adán 10-14,18,50,62,65,78
adiáfora 7,101,102,106,107,
109-111,114,115,117,
118,120,123
amor cristiano 107,123
Ananías y Safira 43
ángel(es) 12,50,63,73-76,95
apuestas 119,120
árbol de la vida 13
árbol de conocimiento del bien
y del mal 1113,50,62
- Bautismo, significado de 59,60
- Caín 13,14,23,51,52,96
carne pecaminosa
36,39,50,57,58,76,
77,97,98,114,117
cielo 12,26,28,35,39,52,54,
61,68,69,73,74,82,83,97,
109,114,135,136
compañerismo 90,117,127,128
conversión 18,19,29,40,56
59,76,114
Corinto 67,116,130
Credo Apostólico 42,95
cristiano
débil 112,121,123
en error 121
Cuarto Mandamiento 37,91
- Damasco 28
David 50,52,69,126,127
día de juicio 50,67
día de reposo
(ver Sábado)

- diablo 12,50,63,76-80,82,83,85,
 126,135
 Diez Mandamientos
 (ver Mandamientos, los
 Diez)
 diezmo 105

 Edén, huerto de 11,12,62
 Egipto 16,102,117
 embriaguez 108,118
 Escrituras, las Sagradas 15,18,
 19,63,135
 esperanza 14,66,68,129
 Espíritu Santo
 18,19,29,30,37,40,
 57,65,98,120,127,135
 eternidad 25,64,69,98,135
 Eva 10-14,18,50,62,75,82
 evangelista 40
 evangelio 19,26,29,38,48,79,83,
 88,100,101,104,106,109,
 113,121,126-131,134

 fariseo 27,35,90
 fe 7,18,26-31,39-41,43,54,
 57-59,66,67,78-81,83-85
 88,89,93,96-98,100,101,
 103-105,108-11,115-
 118,122,126-131,133-
 135
 Filemón 48
 fumar 120

 Galacia 38,103
 Gálatas 39
 gentiles 38
 glorificado 10,69,135
 Gosén 16

 gracia 10,22,25,28-31,39-41,
 55-58,65,79,81,89,97,98,
 104,105,109,121,122,133,
 134

 Hijo de Dios 37,78

 ídolo 116
 iglesia 24,33,34,41,43,80,89-
 95,97,99-112,127-129,
 131,132
 iglesia apostólica 108
 iglesia católica romana 33,
 34,90,109
 imagen de Dios 10,12,13,62
 infierno 25,43,50,53,63-
 66,75,80,
 121
 iniquidad 49
 israelitas 16,27,38,102,105

 Jeremías 17
 Job 80,81
 José, esposo de María 65
 José, hijo de Jacob 84
 Juan el Bautista 24,70
 Judas 23
 justicia 18,23,27,28,40-
 42,57,60,65,83,95
 justificación 7,21-25,31
 universal 25

 ley 25,27-29,33-42,44,45,50
 54,89,90,92,93,97,101-
 104,113-115,121,126
 ley ceremonial 102,103
 libertad cristiana 102,106, 109-
 112,118,121,123

- libre albedrío 18,65,75
 Lincoln, Abraham 21
 liturgia 103
 Lutero, Martín 19,29,34,40,
 42,70,85,88,92,125,
 130

 maestro 38,82,134
 maldición 29,35,36,38,39,51,
 53-55,57,81
 Mandamientos, los Diez 40,41,
 52,91,92,119
 María, madre de Jesús 37
 María, Marta y Lázaro 67
 medios de gracia 95
 Mesías 27,102
 moderación 114,120
 Moisés 16,41,44,102
 mormón 33,34-39
 movimiento ecuménico 90

 naturaleza doble 56-58
 naturaleza pecaminosa 13-
 15,18,36,43,
 48,50,55-59,77,88,92
 Nazaret 24
 Nicodemo 23,38,53
 Nueva Versión Internacional 110
 nuevo ser 57

 ofensa 110,115-117,121
 Onésimo 48
 orgullo pecaminoso 27,90

 Pablo 22,23,26,28,34,36,38-41
 43,44,47,48,51,56,57,60,
 67,71,76,77,82,91,96,97,
 101,103,104,108,112,115,
 116,121,127,130
 paradoja 125
 paraíso 13,40
 pastor 39,40,42,92,95,108,
 110,127,128,132,135
 pecado 10-14,22,24-27,29,31,36,
 37,40-42,47-60,62,63,65,
 66,68,69,75-78,81,83,84,
 89,91-93,96-98,108,112,
 116,118,120,121,123,126,
 130,131
 Pentecostés, día de 100
 Potifar, esposa de 84
 Proclamación de Emancipación
 21
 profeta 17,22,48

 Quinto Mandamiento 37,92
 Quinta Petición 131

 Reforma 109
 Reina-Valera 110
 rescate 38
 resurrección 66-70

 Sábado 24,102,103
 sacerdote (sacerdocio) 34,104
 Santa Cena 94
 santificación 7
 Sarah 117
 Satanás 11-14,24,29,39,48,73-
 82,84,85,97,126
 Sedequías 17
 Segundo Artículo 42,95
 Segundo Mandamiento 92,93
 Sexto Mandamiento 92
 Sinaí, monte de 102
 Sodoma y Gomorra 74

Tercer Artículo 19

testimonio, dar 91,129,133

tierra prometida 16

transgresión 24,44,48

unidad cristiana 106

viejo Adán 15,56-58,60,77,128

Zaqueo 54

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† ÁNGELES Y DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† **LA LIBERTAD CRISTIANA**

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIASTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LEY Y EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.wels.net/mlp